

SNAP

CAROL SNOW



AGRADECIMIENTOS

Página | 2

Les agradecemos su apoyo incondicional, su contribución, dedicación e interés en sacar adelante este proyecto, haciendo que las traducciones y correcciones tuvieran la mejor calidad. Igualmente se le agradece a todos aquellos que demuestran su interés leyendo nuestras traducciones.

TRADUCCIÓN:

- | | |
|-----------------|--------------------|
| ~ Virtxu | ~ Dani |
| ~ Masi | ~ Kuami |
| ~ Selune | ~ Paovalera |
| ~ Sera | ~ Aya001 |
| ~ andre27xl | ~ Sheilita Belikov |
| ~ GioEliVicRose | |

CORRECCIÓN:

- | | |
|--------------|-----------------|
| ~ Kuami | ~ Alice Vampire |
| ~ María José | ~ Selune |
| ~ Feldy | ~ Mona |
| ~ MarzeDoyle | |

RECOPIACIÓN:

- ~ Kuami

DISEÑO:

- ~ Virtxu



FORO PURPLE ROSE



INDICE

Sinopsis	Pág. 5	Página 4
Capítulo 1	Pág. 6	
Capítulo 2	Pág. 7	
Capítulo 3	Pág. 11	
Capítulo 4	Pág. 20	
Capítulo 5	Pág. 32	
Capítulo 6	Pág. 36	
Capítulo 7	Pág. 38	
Capítulo 8	Pág. 49	
Capítulo 9	Pág. 54	
Capítulo 10	Pág. 68	
Capítulo 11	Pág. 85	
Capítulo 12	Pág. 90	
Capítulo 13	Pág. 94	
Capítulo 14	Pág. 104	
Capítulo 15	Pág. 108	
Capítulo 16	Pág. 116	
Capítulo 17	Pág. 121	
Capítulo 18	Pág. 125	
Capítulo 19	Pág. 137	
Capítulo 20	Pág. 143	
Capítulo 21	Pág. 160	
Capítulo 22	Pág. 167	
Capítulo 23	Pág. 175	
Después	Pág. 183	
Sobre la autora...	Pág. 187	



Sinopsis

Traducido por Virtxu **Página | 5**

Corregido por kuami

Madison Sabatini creía saber quién era: una estudiante de segundo año, casi con un futuro brillante. La nueva fotógrafa en el periódico de su escuela. Una adicta a las compras, con un pelo genial y un armario fabuloso. Luego, en un instante, todo cambió.

Ahora está atrapada en Sandyland, un sombrío pueblo de playa en medio de la nada, donde viven con sus padres en la suite, de un hotel de mierda. En vez de pasar el verano con sus amigos en casa, está saliendo con la pelo rosado de Delilah, una artista que trabaja en una tienda llamada Foto Psíquica, y un chico del skate llamado Duncan que no es totalmente su tipo. Excepto, que tal vez lo es...

Decidida a sacar el mejor partido a las cosas, Madison se lanza a su única pasión: la fotografía. Pero cuando comienzan a aparecer extrañas figuras en sus fotos; personas que no estaban allí cuando ella tomó las fotografías, personas que más tarde se enteró que estaban muertas, comienza a cuestionar todo, sobre quién es ella... y quién desearía poder ser.



Capítulo 1

Traducido por Virtxu **Página | 6**

Corregido por María José



Ni siquiera era una fotografía muy buena. La iluminación era pobre, por una cosa. La luz del mediodía no es la ideal, pero el problema no era la luz de arriba, sino la niebla que ahogaba la playa con una espesa blancura. No había sombras, ni profundidad, nada más que una falta de vida blanquecina.

Y luego estaba el problema de un punto focal. No había ni uno solo. Una hilera de piedras se levantaba en un lado. Junto a una escalerilla de cemento con una señal que decía, *“mantenerse alejado de las rocas”*. Un tramo de arena, estrecho en primer plano, se ampliaba más allá hacia una borrosa playa, la gente distante parecía como puntos débiles, no los toques de color que había imaginado. Allí estaba el mar, por supuesto, un tramo sin color tan aburrido que sólo se podía adivinar la línea que separaba el agua del horizonte.

Por último, estaba la anciana que permanecía de pie al lado de las rocas, arruinando por completo todo lo que la belleza de la escena tenía que ofrecer. En albornoz y zapatillas, que no añadían nada de ambiente a la playa en absoluto. Además, estaba mirando a la cámara, a mí, como si la hubiera interrumpido de alguna manera, no como si fuera a la inversa.

No, no era una fotografía muy buena. La habría borrado de mi cámara sin pensarlo, excepto por una cosa.

Cuando tomé la fotografía, la anciana no estaba allí.



Capítulo 2

Traducido por Dani

Corregido por María José



Antes de llegar a Sandyland, cosas raras como estas no sucedían. Si mis fotografías tenían un aspecto distinto a la realidad, era porque había estado experimentado con las opciones de la cámara o las había echado a perder en el ordenador.

Antes de llegar a Sandyland, la vida tenía sentido. Ni si quiera se suponía que estuviéramos aquí. Nuestros planes familiares originales, “familiares” que quiere decir yo y mis padres, eran tomar un crucero por Hawai, donde podría fotografiar a los bailarines de fuego, las puestas de sol y a las tortugas en vez de espeluznantes señoras merodeando alrededor en la niebla.

¡Hawai! ¡Cuatro islas en dieciocho días! ¡Y mis padres cancelaron el viaje! Está bien, sé que eso suena totalmente como una malcriada, como “Pobre de mí, me han estafado dos semanas y media en un crucero”, pero las vacaciones era el momento que mis padres y yo hacemos cosas juntos. Era nuestro tiempo de unión. En las vacaciones anteriores habíamos forjado fuertes lazos familiares en las Bermudas, México, y el sur de Francia. El resto del año simplemente vivimos nuestras vidas por separado en los mismos espacios comunes.

Lo más loco es que estaba emocionada acerca de ir a Sandyland. Originalmente iba a venir mi padre solo. Algún tipo que conocía lo encontró hace un par de semanas en un trabajo en la ciudad, nada importante, sólo algo de trabajo de construcción, y él iba a quedarse en un hotel barato. Mi padre es un contratista de obras, —está especializa en casas por encargo— y desde que la economía se estancó, su negocio ha estado menos—que—fabuloso. “*La economía está apretada*” se había convertido en el mantra de mi madre, seguido de cerca por “*Tú no sabes lo bien que lo tienes.*”



Eso era cuando ella decía algo del todo. Mi familia nunca fue exactamente lo que llamarías muy conversadora, pero últimamente los silencios habituales habían estado acompañados de las miradas hostiles (de mi madre) y aclarados de garganta en disculpa (de mi padre). Mi reacción era quedarme en mi habitación tanto como era posible y tratar de no pensar sobre eso.

Pero el trabajo de mi papá siempre ha venido a rachas. Algo aparecería. Entonces mi madre me llevaría al centro comercial por algo desesperadamente de ropa nueva necesaria, me daría algo dinero para gastar, y reinstalaría mi servicio de teléfono cancelado (¿Eso? Realmente me deprimía).

Cuando le dije a mi mejor amiga, Lexie Larstrom, que mi padre se iba a ir por trabajo algunas semanas, me dio esta mirada verdaderamente extraña.

Entonces dije; —¿Qué?

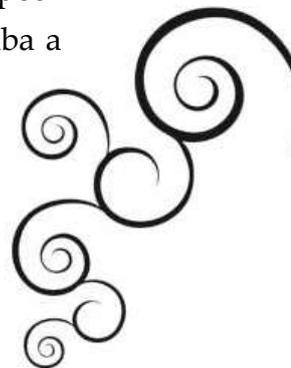
Y ella dijo; —¿No crees que es raro, que tu padre se vaya a la playa y te deje a ti y a tu madre aquí? —La familia de Lexie tenía una casa en el lago, y su padre nunca se iría allí solo.

Entonces comencé a pensar. *¿Sería alguna clase de separación o periodo de prueba? ¿Estoy a punto de convertirme en una Niña de padres Divorciados? ¿Tendré permanecer de pie en la corte y decir a cuál de mis padres quería más? ¿Me harían ir a un consejero para así poder hablar sobre mis sentimientos?*

Entonces, el jueves por la noche, mi madre vino a mi habitación y me dijo; —Entonces, ese pueblo en la playa, ya sabes, dijimos que Papá podría ir solo, pero vamos a ir con él. Así que deberías hacer el equipaje. Nos vamos el domingo. Papá comienza a trabajar el lunes.

Ella no sonrió, pero por supuesto mi madre no era exactamente del tipo risueño, así que simplemente me sentí aliviada porque no tendría que ir a un consejero y hablar sobre mis sentimientos. Además, estaba feliz de ir a algún lugar, cualquier lugar, incluso aunque no fuera Hawai (sniff), porque nuestra ciudad, Amerige, se volvía realmente calurosa en verano, y Lexie seguía yéndose al lago y dejándome aburrida y sola.

Ni siquiera se cruzó por mi mente que el verano en Sandyland podría ser peor que el verano en Amerige. Ciertamente no se me ocurrió que mi vida estaba a punto de ponerse patas arriba.



Acabo de terminar mi primer año en la Amerige High School, donde yo estaba tirando hacia A en el programa de honores. (Bueno, está bien, casi—solo A. No vamos a hablar sobre Álgebra avanzada II.) Al final del año escolar, Melissa Raffman, la jefa de redacción del periódico escolar, *The Buzz*, me había elegido para que estuviera en el equipo de fotografía. *The Buzz* tenía su propia oficina y presupuesto, acompañado de una reputación por atraer a los mejores estudiantes y los premios más prestigiosos. Prácticamente todos querían trabajar en *The Buzz* porque se vería muy bien en las aplicaciones para la universidad (no es que fuera muy calculadora, ejem).

Tenía amigos. Mi propio baño, mi propia TV de pantalla plana, y un Mac color naranja. Tenía una piscina, una básica, sin ningún tobogán o cueva como la de los Larstrom, pero mejor que nada. Tengo un buen cabello: grueso y castaño, cortado en punta, terminando entre mis omóplatos.

Las cosas no eran perfectas, por supuesto. Mi vida amorosa estaba en el retrete desde que Rols Reinhardt, mi primer casi novio, me había dejado públicamente por la sanguijuela de Celia Weaver. (El lado positivo, era que le había ganado el puesto de fotógrafa del periódico a Celia.) Para el verano, el único chico que me estaba prestando algo de atención era el rostro pálido Porrero¹ de Kyle Ziegenfuss, a quien le había clases privadas en el programa de mi escuela, en el programa de liderazgo.

Pero aún así. Las cosas estaban bastante bien, considerando todas las cosas. El día en que nos íbamos, mi madre me despertó temprano, como, a las nueve, me dio una barra de cereal, y me dijo; —Empieza a moverte. Tiré mi cámara, mi iPod y mi billetera dentro de un bolso de playa y me tambaleé fuera de la casa. Había empaquetado todo lo demás la noche anterior, utilizando la oportunidad para revisar mi ropa de verano, la mayor parte de ella era demasiado pequeña, demasiado apagada, o por otro lado demasiado apestosa.

Mientras pasábamos rápidamente por la autopista, mi padre detrás del volante de su “bebé” un Cadillac Escalade negro, no tenía preocupaciones más grandes que:

—¿El hotel tiene una piscina? —(No.)

—¿Está en la playa? —(No.)

¹ **Porrero:** Fumador de porros o de marihuana



—¿Podemos detenernos en Starbucks? —(Sin respuesta.)

El viaje nos llevaría dos, quizás tres horas. Sandyland era un lugar agradable, mis padres prometieron: pequeño, bonito y tranquilo. El hotel está en el camino a la playa. Ese es el porqué seguían diciendo. —Es agradable. Sólo tiene que esperar. Te gustará.

Debí haber sabido que esto iba a apestar.



Capítulo 3

Traducido por Sheilita Belikov

Corregido por kuami



“Agradable”, no es cómo yo calificaría a Hogar Dulce Hogar. Y digamos que "hotel" es un poco exagerado, también. Si tuviera que elegir una palabra para describirlo, me quedo con "craptacular²". No dije eso, sin embargo, porque cada vez que me quejo de algo, mi madre dice; —Esperas que todo te sea entregado en bandeja de plata. —Lo que en realidad es bastante divertido si tenemos en cuenta que mi madre, que está realmente en la decoración, una vez coleccionó bandejas de plata, allá por su fase Victoriana.

Así que en lugar de eso sólo dije; —Bueno, esto es, eh...

Mi madre terminó la frase por mí; —Horrible.

Me eché a reír. Pensé que se reiría también, y tendríamos esta agradable y pequeña fiesta criticacona entre madre e hija, pero en cambio ella sólo arrugó la nariz y se dirigió al baño.

La habitación del motel, oh, perdón, "suite" era oscura: moqueta marrón, sofá marrón, colcha marrón, cortinas gruesas. El espacio era largo y estrecho, con sólo una pequeña ventana de cristal esmerilado cerca de la puerta principal y una puerta corrediza de vidrio en el otro extremo, más allá de la cocinita marrón.

Además, algo que no podía ubicar olía a mohoso y sucio. Contra la pared, un escritorio laminado marrón tenía un cartel apuntalado: ¡Estancia de mascotas gratis! Eso fue todo: la habitación olía como a perros.

² Craptacular: Decepcionante.



Una vez que trajimos todas nuestras cosas, pregunté; —¿Queréis ir a la playa? (Más agradable, pensé, que decir: —No pasemos un segundo más de lo necesario en este apestoso agujero de mierda).

Mi madre me dijo que no, porque tenía que ir a la tienda de comestibles, y mi padre dijo que no, porque, bueno, él no dijo nada, en realidad; solamente se acostó en la cama (marrón) y encendió la (voluminosa, obsoleta) televisión.

No me molesté en cambiarme la ropa que me había puesto esa mañana: short negro, una ajustada camiseta a rayas negras y rosas, y sandalias naranjas. Mi cabello lucía un poco grasiento, pero no era como si me fuera a encontrar con nadie que conociera. Colgué el estuche de mi cámara sobre mi hombro y me hice pasar por un árbol³.

Según lo anunciado, la playa estaba directamente por la calle. Por desgracia, la calle estaba a una larga milla y media. Primero tuve que caminar más allá de la rampa de salida de la carretera (convenientemente situada justo al lado del motel), un McDonald's, una plaza comercial, y una gasolinera destartalada. Las cosas se pusieron más agradables una vez que llegué a la escuela secundaria y la piscina de la ciudad. Finalmente llegué a la calle principal. Habían pequeños edificios de color pastel con toldos: restaurantes con nombres adorables como Burrito Bandido y La Crepería de Priscilla⁴ y tiendas que venden camisetas, toallas, tablas de bodyboard⁵, y juguetes de plástico para la arena.

Entré en un negocio de chocolates (perdón, *tienda*) y una tienda de antigüedades, una tienda de surf tenía unas realmente lindas bermudas de color naranja en la ventana. Cruzando la calle estaba un lugar llamado, Foto Psíquica. En serio, lo comprobé dos veces. Podría haber sido peor: al principio pensé que era Foto Psicópata. La marquesina era negra con lunas plateadas y estrellas. La fachada de la tienda era púrpura.

Al final de la calle vislumbré el color azul y seguí caminando hasta que llegué a la extensa playa pública. El aire cerca del agua era más fresco de lo que esperaba, casi húmedo. El cielo tenía un ligero tono gris: una niebla estaba llegando en abundancia.

³ **Me hice pasar por un árbol:** Es quedarse a la sombra, y no molestar.

⁴ **La Crepería de Priscilla:** Es un lugar donde hacen creps, tortitas rellenas.

⁵ **Bodyboard:** Tablas de bodyboard



Eché mis sandalias naranjas en mi bolsa de playa y caminé sobre la áspera arena. Se sentía caliente y relajante en mis pies suaves. No tan cálida y suave como la arena de Hawái, pero agradable. A mi alrededor los colores brillantes de las sombrillas fluían de la arena como piruletas. Los niños pequeños en trajes de baño floreados jugaban a la orilla del agua, cavando, saltando y chillando. En el agua, los niños mayores cabalgaban hasta la orilla agarrándose de sus tablas de bodyboard.

Esto se acercaba a aceptable.

Saqué mi cámara de su estuche de lona negra. Era una prolija Canon plateada que cabía perfectamente en mi bolsillo o cómodamente en mi mano. La pantalla cuadrada que cubría la mayor parte del reverso era lo suficientemente grande para sostener mi mundo: capturándolo y editándolo, haciendo zoom para acercar o virando lejos. Con sólo pulsar un botón, puedo congelar escarcha. Con otro, puedo borrar un momento no deseado.

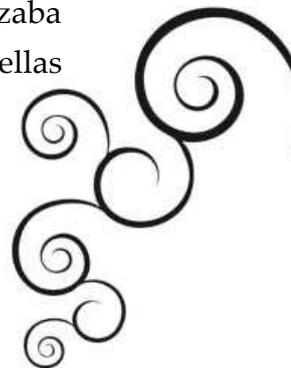
Tomé algunas fotos de las sombrillas, y luego caminé por la arena hasta el mar. Pequeñas olas rompieron cerca de la orilla, enviando agua helada a penetrar los dedos de mis pies. Una rama de alga marina se enroscó alrededor de mi tobillo como una serpiente. La arranqué.

Más allá de las olas grandes, dos grandes pájaros están encaramados encima de un flotador amarillo. ¿Pelícanos? ¿Garzas? Tal vez sólo gaviotas. Levanté mi cámara e hice zoom, precisamente cuando un par de niños alcanzaban el flotador y espantaban a los pájaros. Disparé el capturador de todos modos.

(Hora: 3:34 P.M. Calidad de imagen: patética.)

El sonido rítmico de las olas me tranquilizó. Tomé una respiración profunda y mantuve el aire salado en mis pulmones. Era frío, limpio y penetrante. Se sentía tan bien que inhalé aún más la siguiente vez, hasta que me sentí casi ebria de oxígeno. Tal vez estas vacaciones no serían tan malas.

Después de tomar unas pocas (mediocres) tomas del rompimiento de las olas, di un paseo por la arena. Me sentí estúpida con mi ropa oscura y deseé haberme cambiado, no es que ninguna de las otras prendas que había empacado fuera gran cosa. La playa se volvió más y más angosta. Una roca rompeolas se alzaba en el lado de tierra, con un montón de casas grandes sobre ella. Uno de ellas



tenía un segundo piso adosado en construcción. Otra había sido derribada para dar paso a una casa enteramente nueva.

Tomé fotos de las rocas y de las escaleras de hormigón que llevaban a las casas. Estaba en posición para tomar una gaviota que estaba sobre un letrero de mantenerse alejados de las rocas cuando algo me perforó el pie. Me tropecé hacia adelante. La cámara salió volando de mi mano como en cámara lenta y aterrizó en la arena con un deprimente ruido sordo. Me abalancé hacia ella, haciendo una mueca de dolor (había pisado una concha). Apenas me atrevía a respirar. Una vez que soplé la arena de las grietas alrededor de la lente, tomé una respiración profunda, pulsé el botón de foto, y comprobé la pantalla.

Nada.

Oprimí el botón de encendido para ver si la lente se retractaría. Nada.

Olvidé el aire dulce, la brisa suave, y las aves acuáticas. Estas vacaciones iban a ser una mierda

Una campana tintineó cuando abrí la puerta morada de Foto Psíquica. Ya había otro cliente en la pequeña tienda: una mujer con una visera de paja estaba parada frente a la impresora de fotografías digitales, entrecerrando los ojos ante la pantalla.

A pesar del nombre extravagante, la tienda parecía casi como un lugar de fotos normal: una vitrina llena de cámaras, estantes de rollos fotográficos, imágenes bañadas de color en las paredes. Pero las paredes eran del mismo púrpura que el exterior, y los lados del mostrador de servicio tenían incrustaciones de pedrería, tapas de botellas, y conchas. Para mi decepción, no había bolas de cristal o cartas de tarot.

Una chica alta y angulosa estaba detrás del mostrador. Tenía el pelo más extraño que jamás había visto: lacio y apenas pasaba bajo sus hombros, era castaño con negro, rubio, y rosa, sí, rayas rosas. Hizo al enredo sucio sobre mi cabeza parecer normal.

Ella asintió con la cabeza diciendo hola.

Yo le lancé una media sonrisa a cambio.

—No lo digas, —dijo.



—¿Discúlpame? —¿Acaso esperaba que comentara sobre su pelo? No era tan grosera.

—Ya lo sabes. —Ella suspiró y cerró los ojos. Sus pestañas eran pálidas, como lo era su piel. Un reguero de pecas corrían sobre el puente de su nariz. No tenía curvas y no llevaba maquillaje. Si no fuera por el pelo alocado, yo hubiera supuesto que era una chica de doce años extremadamente alta.

Detrás de mí, sonaron las campanas de nuevo, y un hombre entró. Era de mediana edad, con una barriga redonda y blanda y una camisa amarilla que dice *PESCADORES, HACER UNA GRAN CAPTURA*.

Él le sonrió a la chica detrás del mostrador. —Te diría para que estoy aquí, pero supongo que ya lo sabes.

Ella mantuvo su rostro inexpresivo. —¿Puedo ayudarle?

—Tengo un rollo para dejar.

Ella cogió una pluma y sacó un sobre amarillo de detrás del mostrador. —¿Su nombre?

La sonrisa había vuelto, esta vez más grande. —¿No lo sabes ya?

Ella le lanzó una mirada.

—¿Y bien? ¿No eres psíquica?

Ella golpeteó su pluma sobre el mostrador. Tenía anillos de plata en todos los dedos, incluso los pulgares. —Rose va a hacer lecturas esta tarde. Tiene algunas vacantes por si le gustaría pedir una cita.

—Nah, sólo las fotos. —Le entregó el rollo.

Lo metió en un sobre amarillo. —Sus impresiones estarán listas mañana por la tarde.

Sus cejas se elevaron rápidamente. —Pero el letrero exterior dice que son fotos en una hora.

Ella se encogió de hombros. —Lo psíquico es en una hora. Las fotos toman un día.

Eso la confundió lo suficiente para que se callara.



—¿Esperas para descargar fotos? —me preguntó después de que el hombre se fuera.

Negué con la cabeza. —¿Hacen reparaciones? Se me cayó mi cámara en la arena. —Mi sudaban las manos ante la sola idea de entregar mi Canon.

En la impresora digital, la mujer pulsó un botón y murmuró algo. En la pantalla dos niños estaban parados como soldados frente al mar. Hizo zoom para acercar, alejar, acercar de nuevo.

—Nuestro técnico está afuera en el mar, —la chica me dijo, como si eso tuviera perfecto sentido—. Sin embargo, puede verla mañana a primera hora.

—Mañana está bien, supongo. —Puse mi cámara en el mostrador.

La mujer en la impresora suspiró con frustración. —Si te doy mi tarjeta de memoria, ¿puedes sólo imprimir las fotos!

—Claro, —dijo la chica—. Puede recogerlas a las... —Miró el reloj detrás de ella—. Cinco.

Una vez que la mujer se fue, le pregunté: —¿Así que para fotografías digitales, realmente son fotos en una hora?

La chica sonrió. Sus dientes eran muy blancos, sus colmillos ligeramente torcidos. —Son fotos en una hora para todo. A menos que hagas bromas psíquicas. Entonces se tarda más tiempo.

Ella definitivamente tenía más de doce años.

—Pero ¿tú no eres la psíquica? —Pregunté con cuidado.

—Nuestra interna intuitiva es Rose. Hace sus lecturas en el cuarto de atrás.

—Bueno, eso es genial, —dije, sin saber qué más decir.

La chica retomó una bolsa de plástico transparente, echó mi cámara dentro, y cerró el cierre zip. —¿Tienes un número al que pueda llamar cuando esté lista?

—Voy a pasar en mi camino a la playa mañana, —dije, con mis ojos sobre mi cámara aprisionada.

—Kay. —Ella chasqueó la pluma—. ¿Nombre?



—Madison Sabatini. —Deletreé mi apellido para ella porque la gente siempre se equivoca.

—Hasta mañana, Madison.

Mi día incluso casi se pone más asqueroso cuando salí a la acera. Un chico en un patinete se dirigía directamente hacia mí y me hubiera atropellado si no se las hubiera arreglado para bajarse de un salto en el último minuto. Tropezó brevemente antes de recuperar el equilibrio. Esquivé el camino de su tabla no tripulada, que siguió zumbando por la acera.

Me quedé paralizada, el corazón acelerado, respirando con dificultad, y miré al chico patinador. Él me devolvió la mirada, como si estuviera completamente asombrado de ver a alguien saliendo de una tienda en Main Street en mitad del día. Sus ojos eran de un verde asombroso.

—Lo siento, —dijo finalmente.

—Debes ir por tu tabla, —dije.

Él asintió una vez y luego echó a correr por la calle.

Este pueblo era malditamente estrafalario.

Cuando llegué de nuevo a “al resort” (ja, ja, ja) mi padre todavía estaba tendido sobre la cama viendo algo de historia en la televisión. Esta era una forma muy familiar de encontrarlo, a excepción de vuelta en casa, estaba por lo general en su silla de doble ancho en el estudio (una sala, que mi madre insistió en que llamáramos "La Biblioteca"). Él estaba realmente sacando el máximo partido de nuestras vacaciones en la playa.

Mi madre, por su parte, estaba tratando de encontrar la manera de hervir el agua. No, en serio. Estaba en la cocinita (también conocida como "dos hornillos y un microondas") mirando con atención el interior de una pequeña olla como si guardara el secreto de la vida.

—¿Qué estás haciendo? —Pregunté, sin estar segura de querer saberlo.

—Preparado macarrones con queso.

No podría haber estado más sorprendida si hubiera dicho; —Cartografía del genoma humano. —Mi madre *no* cocina. Cocinar era desordenado. Cocinar



quitaba tiempo de colgar cortinas y arreglar cojines y ver HGTV⁶. En casa, cocinar podía rayar nuestros electrodomésticos de acero inoxidable. ¿Y en vacaciones? ¿Hola?

—¿No vamos a salir a cenar pronto de todos modos? —Eran casi las cinco.

Ella negó con la cabeza. —No esta noche.

¿Una noche atrapada en una habitación con mis padres? Traté de no gemir. Fallé.

Mi siguiente sorpresa súper especial fue cuando traté de deshacer las maletas.

—Oye, papá, ¿dónde pusiste mi maleta? —No hubo respuesta—. ¿Papá? ¿Y mi maleta?

Aún en la cama marrón, volvió la cabeza y parpadeó. —¿Qué aspecto tiene?

—Parece como una maleta, —le dije—. Ya sabes, ¿cuadrada, de lona, tiene un mango? ¿Y dentro? Tiene estas cosas de tela llamadas *ropa*.

—No le hables a tu padre de esa manera, —espetó mi madre. (Ella le habla de esa forma todo el tiempo—.) ¿No está en la habitación? —preguntó mi padre.

—Si estuviera en la habitación, ¿no te parece que ella la hubiera visto? —mi madre dijo gruñendo. (¿Ven?)

Mi maleta no estaba en la habitación. Y no estaba en el coche. Tras un poco de discusión, todos coincidimos sobre en donde exactamente la había dejado, en el pasillo fuera de mi habitación. En su lugar mi padre había recogido la bolsa llena de mi ropa vieja y que ya no me queda bien, que yo había dejado en la cocina, lista para que mi madre la dejara en el almacén del Ejército de Salvación⁴.

Me entró el pánico por un momento antes de darme cuenta que se trataba de una oportunidad.

—Pasé por una tienda de surf en el centro de la ciudad hoy, tenían algunos trajes de baño lindos en la ventana.

⁶ HGTV: Es un canal de decoración.

⁷ **Ejército de Salvación:** El Ejército de Salvación es un movimiento internacional, Su misión es predicar el Evangelio de Cristo Jesús y tratar de cubrir las necesidades humanas en su nombre, sin discriminación alguna.



Cuando mi madre no respondió, cargué hacia adelante. —Podemos ir allí mañana. O tal vez hay un centro comercial cerca.

Mi madre todavía no dijo nada. Lo tomé como un sí.



Capítulo 4

Traducido por andre27xl

Corregido por Feldy

Ladrones de cuerpos.

Eso fue lo que pensé cuando me desperté a la mañana siguiente y vi a mi mamá bulliciosa en nuestra pequeña cocina, de nuevo. ¿No había tiendas de rosquillas en este pueblo? ¿Nada de Starbucks⁸? ¿Quién era esa mujer agarrando comida no procesada?

—¿Hiciste el desayuno? —grazné desde el mueble, estirando la camiseta extra grande de mi padre que había utilizado como pijamas.

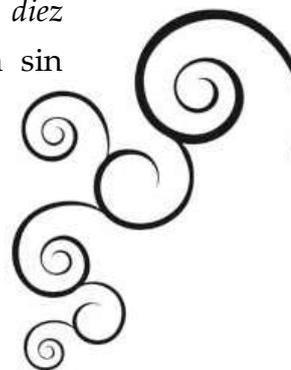
—Hay cereal en el armario. Y leche en el refrigerador.

De acuerdo, todavía era mi madre.

Apenas pude dormir la noche anterior. Mi padre roncaba, mi madre farfullaba, y el sofá—cama tenía montones de muelles en punta que pinchaban a través de la delgada, polvorienta, y de poca calidad espuma que pasaba por un colchón. A primera hora finalmente plegué la “cama” (utilizo el término vagamente) y regresé al sofá y dormí entre los cojines rayados. Ahora mi cuello dolía por reposar en una extraña posición y mi cabeza zumbaba por falta de sueño.

Caminamos hacia la playa en lugar de tomar el Escalade porque “era un paseo” (no lo era) “es bueno hacer ejercicios” (habla por ti misma), y “te ahorras los diez dólares del parking” (Que mi madre se gasta en revistas de decoración sin

⁸ Starbucks: Es el nombre de una cadena de restaurantes y cafeterías.



pensar). Vestida con mis shorts negros y con una camiseta rosa y negra rayada, cargaba mi bolso de playa y mi tabla de surf, mientras mi madre colgaba su cartera y bolso lleno de toallas sobre su hombro. Mi padre remolcaba el resto: un pesado termo, tres sillas plegables, un parasol, y una bolsa de plástico lleno de libros, revistas, protectores solares, y un surtido de cosas pesadas. No se quejaba, pero su cara se volvió roja, y el sudor mojó su camiseta de una forma poco atractiva.

Dicen que las parejas se comienzan a parecer a medida que el tiempo transcurre. O quizás son las personas y sus mascotas. Pero lo que es raro acerca de mis padres es que mientras más mayores son, más diferentes eran. En nuestra casa en Amerige una foto instantánea enmarcada colgaba de las escaleras del pasillo. Tomada un mes después de que comenzaran a salir, mostraba a mis padres sentados en un sofá tomados de las manos, sus cabezas juntas. Ambos tenían un cabello negro y espeso enmarcando sus rostros y gruesas, oscuras cejas sobre unos grandes y felices ojos. Apenas podía reconocer a alguno de los dos. Mi madre se había vuelto rubia hace un tiempo, no la podía recordar de otra manera, y sus cejas habían sido depiladas en perfectas medialunas y teñidas para que combinaran con su cabello. Las llamo "Los Arcos Dorados". El cabello de mi padre estaba medio canoso, medio oscuro, como si no pudiera decidir de qué manera quería que estar.

Sus diferencias no eran sólo en el pelo. Mi madre se volvió más delgada y vieja. Era más delgada que yo (lo cual era realmente fastidioso). Mi padre, por otro lado, parecía que hubiese comido demasiadas comidas rápidas en sus obras en construcción. Lo cual había hecho. Hasta su cara era gorda. Unas agradables arrugas bajaban de sus ojos, aunque; me gustaba eso. Mi madre tenía una arruga entre sus Arcos Dorados que se profundizaba cuando algo le molestaba.

Cuando llegamos a la calle de los restaurantes (eso es una broma, habían sólo, como, tres lugares), pregunté; —Así, ¿dónde vamos a cenar esta noche?

Sólo pensar en comida me hacía feliz. Por el momento estaba teniendo una fantasía bastante intensa sobre nachos.

—Ya compré perritos calientes, —dijo mi madre, la línea entre sus se cejas profundizó suavemente.



—Oh. Estás bromeando ¿verdad? Cambié de lado mi carga. La tabla de surf se estaba volviendo muy pesada. —No es que tengamos que ir a ningún lugar caro. Podemos comer burritos o algo así.

La línea entre las cejas de mi mamá se volvió más profunda, lo cual significaba que no estaba bromeando. Mi papá no dijo nada, sólo se quedó allí rezumado sudor.

Eso colmó el vaso. —¡Estas vacaciones apestan! —Dejé caer la tabla de surf en la acera y tiré mi bolso de playa sobre ella, casi golpeando a un niño que pasaba—. ¿Por qué estamos aquí si no vamos a hacer nada? ¡Podríamos habernos quedado en casa!

Tragué fuerte para evitar llorar. Había ahorrado eso para cuando mi madre me regañara sobre lo muy malcriada que era y cómo todos teníamos que hacer sacrificios y sobre cómo la mayoría de las quinceañeras matarían por pasar este tiempo en la playa, blah, blah, blah.

Pero no me regañó. En su lugar, se agachó para recoger mi bolso de playa y lo colgó en su hombro libre. Luego le tendió mi tabla a padre, quien de alguna manera se las arregló para amarrar la cuerda de entre las sillas de playa.

Continuamos desanimados por la calle, con nuestras cabezas inclinadas, y las bocas torcidas hacia abajo. Me sentí algo avergonzada por montar una escena, pero todas estas vacaciones eran un fiasco. Habría estado de acuerdo con quedarnos en casa. Al menos entonces tendría una piscina, más mi propia TV, un ordenador, y una verdadera cama. La falta de sueño me ponía irritable. Además, si nos hubiéramos quedado en casa tendría mi ropa. ¿Realmente estaba dispuesta a pasar un día en la playa sin un traje de baño?

Y mis padres estaban actuando muy raro, quiero decir, más extraño de lo usual. A medida en que nos acercábamos al Distrito de Compras (tienda de fotografías, tienda de licores, emporio de playeras, tienda de surf), me estremecí con miedo, por lo que, no sabía.

Me detuve frente a la tienda de surf.

—¿Quieres entrar? —dijo mi madre, finalmente.



Asentí y empujé la puerta para abrirla. La tienda estaba oscura y fría, llena de trajes de baño, camisas para surf, lentes de sol, joyería de conchas de mar, y chapaletas. Inmediatamente me sentí mejor.

Como la comida, comprar me hacía sentir más feliz. Los shorts naranja hawaianos que había admirado el día anterior no estaban en mi talla, pero había un bikini súper lindo, con remolinos naranjas, blancos y verdes, y unos shorts que tenían una raya diagonal que cruzaba el delantero de la prenda, combinaban a la perfección. Los shorts me quedaban un poquito holgado, lo cual era bueno porque podía comer una hamburguesa de queso doble en la playa sin necesidad de desatármelos.

—¡De acuerdo, entonces! —gorjeé, saliendo del probador y tendiéndole las cosas a mi mamá—. ¡Eso fue fácil! Necesitaba un nuevo traje de baño, de todas maneras; los que tenía en casa estaban todos estirados.

En su camino hacia el mostrador de la tienda, mi madre sacó las etiquetas de los precios. A unos pasos de la cajera, se detuvo muerta. —¿Viste cuánto cuesta?

—No. —Respondí honestamente.

—¿Tienes ropa con descuento? —preguntó a la delgada chica y cabizbaja que llevaba una camiseta turquesa sin mangas, sentada en un taburete detrás del mostrador. La chica era un par de años más mayor que yo, con un piercing en el labio y otro en la ceja.

La chica negó con la cabeza.

—¿Hay algún Target en el pueblo? —preguntó mi madre a la chica—. ¿O un Wall—Mart? (¿Wall—Mart? ¿Hola?)

La chica negó de nuevo. —Están, como a, 40 minutos de distancia—. El zarcillo en su labio tembló.

—¿Puedes darnos la dirección?

—¡Mamá! ¡Me gusta éste! —Mi voz se quebró.

Se volteó para enfrentarme. —Son ciento treinta dólares por estas tres piezas.

—¿Y? —Era culpa de mis padres que yo estuviera en la playa sin un traje de baño.



Desde la puerta, mi padre habló. —Sólo compra el bikini. Está bien.

—¡No está bien! Está...

—¡Sólo toma el maldito traje!

Así que obtuve el bikini. Y los shorts hawaianos. Eso debería haberme hecho feliz. Sin embargo, en lo único en lo que podía pensar era en la forma en que mi padre le gritó a mi mamá. Ella le chasqueaba todo el tiempo, pero él nunca le había hablado así. Nunca.

La dependienta hizo la cuenta como si nada hubiera pasado, lo cual para ella, supongo, no era nada.

Este no estaba resultando un buen viaje familiar para fortalecer lazos.

Foto Psíquica estaba cruzando la calle.

—Necesito revisar mi cámara. —Mantuve mis ojos en el suelo—. No es necesario que entres.

Había un banco verde justo fuera de la tienda, pero mis padres se mantuvieron de pie, encorvados por toda la basura de la playa y... ¿Qué? ¿Frustración? ¿Culpa?

Entrando en Foto Psíquica, sentí una extraña sensación de paz y tranquilidad, lo cual atribuí a alejarme de mis padres. La chica alta con el pelo rayado, que usaba un Jean naranja estilo pescador, estaba de pie al lado de un álbum de fotos de exhibición hablando con otra chica, bueno, mujer, que vestía unos shorts blancos y un top ajustado negro. El cabello largo rojizo marrón languidecía descuidadamente en su cabeza, pequeños rizos se arremolinaban alrededor de su rostro. Sus ojos pálidos grises eran casi extremadamente grandes en su cabeza, dándole a ella una mirada hambrienta. Aparentaba tener alrededor de los veinticinco años, quizás un poco más joven. Tenían que ser hermanas.

La chica alta me medio saludó. —Hey. Estaba a punto de chequear tu cámara. —Abrió inmensamente sus ojos claros como si estuviera en un trance y agitó sus manos frente a su cara—. Debo ser adivina.

La mujer pelirroja que usaba el top negro ajustado frunció el ceño. —No es gracioso.



—Esta es mi madre, Rose, —me dijo la chica alta—. Está haciendo lecturas hoy, en caso de que quieras saber si eras, como, un gato en una antigua vida.

Tomé toda mi fuerza de voluntad no gritar, “¿Esa es tu madre?” En cambio, las miré como una idiota.

Rose pensó que estaba reaccionando a la cosa del gato. —No hago regresiones a vidas pasadas, no tengo suficiente entrenamiento. Y no creo en las reencarnaciones entre especies, como Delilah bien sabe. —Disparó una rápida, molesta mirada a la chica —Delilah— antes de continuar—. Pero las energías son excepcionalmente fuertes hoy —la luna llena y la estación— así que si tienes algunos chakras que pienses estén bloqueados o si tienes asuntos inconclusos que se están manifestando así mismos en...

No sé qué más dijo. Estaba muy ocupada sumando y restando en mi cabeza. Digamos que Delilah tiene dieciséis, y su madre tenía veinte cuando la tuvo. Eso la haría tener... ¿treinta y seis años? Ni de broma.

De acuerdo. Digamos que Delilah tenga catorce, y su madre la tuvo a los dieciocho. Eso pondría a Rose con treinta y dos años: aún así era demasiado mayor. Pero quizás Delilah era especialmente alta y una niña precoz de diez años y Rosé fue madre a los quince. Esperen, ¡esa es mi edad!

—... así que en cualquier minuto ahora, —dijo Delilah, caminando hacia el mostrador.

— ¿Ah? —No tenía ni idea de lo que había estado diciendo.

—En realidad él es un pescador, —dijo.

—¿Quién? —Quizás mis chakras en verdad necesitaban un desbloqueo.

—Larry. El chico que hace nuestras reparaciones. Está en el cuarto de atrás, pescando trabajo en tu cámara ahora mismo.

—¿Has estado en el cuarto de atrás hoy, Dee? —Dijo Rose, su voz de repente tembló—. ¿Sentiste la energía?

Las pestañas de Delilah se batieron con irritación. —No soy una psíquica, mamá.



—No tienes que serlo. —Me miró con sus grandes ojos grises. Habían formas graciosas en sus irises, como copos de nieve—. ¿Dee te habló acerca de mi trabajo con experiencias transformadoras?

Negué con la cabeza. Delilah y yo no habíamos cubierto experiencias transformadoras en nuestros previos noventa segundos de conversación.

—Todos vemos al mundo diferente, a través de nuestros filtros personales. —Explicó Rose—. Igual que una cámara, cambias el filtro sobre la lente, y cambias lo que ves, ¿cierto?

Yo asentí. Ahora ella estaba llegando a algo. Había estado ahorrando dinero para mi cámara: una de las complicadas con lentes que podías cambiar para disparos a largas distancias. Mis padres habían dicho que pagaban la mitad. Sería menos portátil que mi pequeña Canon, pero la calidad de la imagen sería mejor. Podría llevarla a los conciertos del coro, las obras de teatro de la escuela, los eventos deportivos —todas las cosas que había estado cubriendo para El Buzz— Ahora que todos iban a estar viendo mis fotografías, tenían que ser buenas. No le había prestado mucha atención a los filtros, que eran discos tintados de vidrio que se enroscaban a los lentes. Tenía que estar pendiente de ellos.

—La mayoría de los filtros de la gente están sucios o nublados, —continuó Rose—. Así que ven al mundo así de sucio o nublado, y aún peor se ven a sí mismos tan sucios y nublados como los filtros.

—No te puedes ver a ti mismo a través de tu propia cámara, —murmuró Delilah. (En realidad, mi cámara tenía una característica donde podías poner la pantalla de visión a un lado y tomar un auto—retrato, pero no dije nada.)

Delilah se sentó en un asiento tras el mostrador, el cual, noté por primera vez, estaba cubierto de todo tipo de —no hay ninguna manera bonita de decir esto— basura: tapas de botellas, sorbetes, conchas rotas, partes de latas y madera...

—Así que lo que estoy haciendo, —dijo Rose, ignorando a Delilah—, es ayudar a las personas a que cambien sus filtros y vean posibilidades para una nueva vida.

—¿Quieres decir como terapia? —pregunté.



—¡Dios, no! —Su cara se torció con disgusto—. Terapia es sobre, como, hablar y antidepresivos. Una experiencia transformadora es acerca de la energía. Cuando una persona se somete a una transformación, la cambia por siempre, ellos en realidad liberan sus viejas energías y se convierten en una persona diferente. —Quizás era sólo por la luz, pero la escarcha en sus ojos parecía danzar.

Delilah se aclaró la garganta. —Voy a ver cómo le va a Larry.

Recordé que mis padres todavía estaban esperando fuera así que saqué mi cabeza por la puerta. —Esto va a tomar unos minutos más, —les dije—. Pueden adelantarse a la playa, yo los alcanzo.

Ofrecí cargar algunas de las pesadas cosas, pero dijeron que podían con ello. Me encogí de hombros y volví dentro para encontrarme con Larry.

No se parecía para nada a un reparador de cámaras. No parecía un pescador, tampoco. Vestía una camiseta negra Harley—Davidson, con un pañuelo azul amarrado a su cabeza. Tenía barba sobre su quijada, gruesas cejas, y una cruz colgando de una oreja. Sólo sus ojos de cachorrito color marrón lo salvaban de pensar que era un motorista aterrador.

—¿Eres la chica que ha estado jugando a atrápalo con su cámara? —Tenía mi cámara y frunció el ceño.

Me sonrojé de vergüenza. —En realidad, estaba tomando unas fotos, y me resbalé con una concha de mar. Generalmente amarro la correa de mi cámara alrededor de mi cintura. No sé qué pasó. Supongo que se resbaló y...

Cuando me di cuenta de que estaba riendo, me callé. —¡Larry! —gritó Rose.

Le guiñó a ella. Realmente nunca había visto a nadie guiñarle a alguien sin parecer tonto, pero Larry había roto los estereotipos. Rose lo pinchó juguetonamente en su camino hacia la parte de atrás.

En la puerta, se volteó a verme. —¿Cuál era tu nombre de nuevo?

—Madison.

Asintió como si le hubiera dado la respuesta correcta, inclinó su cabeza hacia un lado, y mordió su labio. Su piel blanca era igual de traslúcida como la de su hija,



su nariz llena de pecas. —Tengo la sensación que estaremos viendo más de ti, —dijo.

Una vez que Rose se fue, Larry me tendió la pequeña cámara plateada, que se sentía más liviana de lo usual y extrañamente caliente, como si hubiera estado llevando sol. —Estás de suerte, —me dijo—. Sólo necesitaba limpieza.

Presioné el botón de encendido, y la pantalla parpadeó a la vista con un timbre tranquilizador. —Como magia, —dije.

—No, nada de magia. —Larry señaló la pequeña pantalla, que mostraba a mi madre podando un arbusto de rosas en frente de nuestra casa en Amerige. Solíamos tener jardineros, pero mis padres los despidieron para ahorrar dinero. Ahora la mitad de nuestro jardín estaba sobre crecido y la otra mitad más o menos muerto. Las rosas se veían bien, al menos.

Los dedos de Larry eran cuadrados en los bordes, sus uñas estaban muy cortadas. —¿Sabes cómo funcionan las cámaras digitales?

Negué con la cabeza. Por mucho que amase la fotografía, nunca había pensado acerca del aspecto técnico.

—Tienes tus objetivos aquí, —dijo Larry, señalando el frente de la cámara—. El lente ve la luz de una imagen, justo como el lente de tu ojo. Dentro de tu cámara, hay un chip hecho en la superficie de silicio cubierto de millones de pequeños puntos llamados píxeles.

Larry tomó la cámara de mi mano. —Cuando tomas una foto, los píxeles se excitan, y cambian la energía de la onda de luz en fotoelectrones.

Sonreí educadamente. Esto era medio aburrido, y realmente quería llegar a la playa.

El flash de la cámara dio en mi cara, y aullé.

—Disculpa, —dijo Larry, devolviéndome mi cámara—. No quise asustarte.

—Está bien. —Mi corazón se aceleró. En la pantalla de la cámara me veía pálida y perdida, como un fantasma de mi yo usual. Borrar.

—Después de que tomas una foto, la cámara guarda la carga eléctrica, —dijo Larry—. Luego ésta convierte la carga en un número, ya sabes, un dígito.



Cuando no dije nada, Delilah dijo; —Como una ‘fotografía digital’

—¡Oh! —dije—. Lo entiendo. —Me imaginé billones de pequeños píxeles en mi cabeza, todos brillando a la misma vez.

Después de que Larry regresara a la parte trasera de la tienda, Delilah h sacó una hoja de papel amarillo de debajo del mostrador y lo colocó junto a la basura.

Marcó un montón de números en la caja registradora. —Serían... cincuenta y tres dólares en total.

La miré, horrorizada. Con todo el drama familiar, había olvidado que necesitaba dinero para la reparación. ¿Qué estaba pensando, al enviar a mis padres lejos? No es que amara la idea de pedirles que pagaran algo ahora. Mi cartera estaba en la habitación. ¿Cuánto había allí?

—No tengo el dinero, —dije, finalmente—. Al menos no conmigo.

Desinflada y avergonzada, puse la cámara en el mostrador, al lado de un montón de tapas de Snapple. —Regresaré más tarde. —Tragué fuerte, pero el sabor de la miseria se mantuvo. Quizás mis padres y yo podríamos distribuirnos el pago de la reparación.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en el pueblo? —preguntó—. Un par de semanas. —Dios, eso sonaba como un largo tiempo. Me estudió—. Sólo tómala, —dijo después de una larga pausa.

—Puedes pagarme la próxima vez que vengas al centro del pueblo.

¿Era en serio? Revisé su cara. Lo era. —Gracias. —Traté de sonreír.

La playa estaba más fría y nublada que el día anterior, aunque la niebla hacía poco para amortiguar los sonidos de las crecientes olas, los motores de los barcos, y a las gaviotas bulliciosas. Martillos golpeando hacían eco de una renovación de condominios frente al mar. Un campamento de niños con trajes de baño rojos llenaba la arena y el agua. La niebla borraba sus bordes. Se veían como algo salido de un sueño.

Estaba demasiado frío para nadar, pero siguiendo mi victoria en la tienda de surf, no tuve más opción que ponerme mi nuevo traje de baño y los shorts hawaianos. Una vez que regresé del baño (el cual olía a aguas residuales y no



tenía jabón en los dispensadores), tiré la bolsa de la tienda de surf llena de mis oscuras ropas en la arena al lado de mis padres, los cuales se acurrucaron en sus sillas de playa, las toallas sobre sus regazos, mirando el agua. Hablando de energía negativa.

—Voy a tomar algunas fotos. —Di un pequeño paso antes de añadir casualmente—. El costo de la reparación de mi cámara costo cincuenta y tres dólares.

Una gaviota aterrizó en los pies de mi madre. La espantó lejos. —¿Cuál es tu punto? —Preguntó finalmente.

Jugué con mi cámara. —No tenía dinero conmigo. Pero dijeron que podía regresar más tarde...

—Y esperas que paguemos por la cámara que tú rompiste. —La arruga entre sus cejas estaba inmensa. Al lado de ella mi padre cerró sus ojos.

—No dije eso. —Adiós para el pago de su mitad—. Pero quizás necesito que me presten algo de dinero. Les pagaré de vuelta cuando estemos en casa en un par de semanas.

—Quizás no estaremos yendo a casa para entonces, —le dijo al océano.

—¿Perdón?

—Tu padre, el trabajo aquí... va a ver si se puede quedar un poco más.

Me tensé. —¿Qué tanto? Porque tengo esa clase de fotografía la segunda semana de agosto, además Lexie va a regresar del lago. Y también, Melissa —ya sabes, la editora del Buzz— habló acerca de tener a todos para una parrillada en algún momento este verano, y...

—No todo es acerca de ti, Madisson, —mi madre me interrumpió, sus labios formando una mueca molesta.

—No dije que lo fuera. —Mis manos se juntaron.

—¿Piensas que estoy feliz? —Dijo—. ¿Piensas que quiero estar aquí? Ahora mismo estamos tratando de sobrevivir.

Pestañeeé de asombro. —¿Sobrevivir? ¡Estás sentada en la playa! —Iba a decir más, pero un grupo de niños pasó a nuestro lado. Miré la arena.



—No tenemos dinero, —mi madre gruñó una vez que los niños pasaron—. ¿No entiendes qué tan mal están las cosas?

—¡Para! —declaró mi padre, finalmente abriendo sus ojos.

—¡No, tú para! —Dijo ella, volviendo su furia hacia él.

—¡Paren los dos! —Grité, —aunque mi padre haya dicho, como, veinte palabras en los pasados seis meses. Y luego me volteé y corrí lejos porque, francamente, ya había tenido suficiente.

Después de todo quizás el divorcio no es tan mala idea, pensé, con un sollozo atorándose en mi garganta al instante en que las palabras se formaron en mi cerebro.



Capítulo 5

Página | 32

*Traducido por Selune
Corregido por marzeDoyle*

Qué mierda tener una monumental pelea con tus padres en vacaciones, cuando se supone que tú no puedes encerrarte en una habitación o esquivar la tormenta en casa de tu mejor amigo. Una vez que llegué al estacionamiento, me coloqué a la izquierda en la calle de arena que corre paralela al agua hasta que llegué a otro estacionamiento... Entrando en una sección diferente de la playa. Oh, sí, soy una chica mala.

La niebla se cernía sobre la arena, gruesa y misteriosa. Tiré algunas fotos a los niños con trajes de baño de color rojo, estaba tan molesta que se sentía como si alguien más estuviera apretando el botón. Aún así, seguí presionando el botón continuamente porque me daba algo que hacer. Al principio de la roca del muro de contención, tomé una imagen de la barandilla de metal verde. Capturé un baile de aves acuáticas a la orilla del océano. De vuelta en la playa pública, los chicos de los trajes de baño rojos parecía un ejército de fantasmas. Les enfoqué y tomé varias fotos.

Mientras caminaba por la arena junto a las rocas, el agua helada cortaba mis pies. Apenas los sentía. La cámara seguía firmemente atada a la muñeca: no había pagado, aún esta reparación, sin embargo desde luego no podía permitirme otra. La arena se detuvo en un sobresaliente de roca, con las olas golpeando en su cara como abofeteándola y un zumbando. La ancha playa pública parecía muy lejana, los chicos de rojo una mancha difusa, la estrecha franja de playa desierta entre nosotros. Parecía el fin del mundo. Casi podía imaginar lo que se sentía al ser la última persona sobre la tierra. Si yo gritaba o lloraba o reía, nadie me oiría. Nunca me había sentido tan sola.

Me senté en las rocas durante un tiempo, haciendo caso omiso de las señales que advertían que me quedara fuera, casi con la esperanza de una ola gigante que me engullera. No era probable; el oleaje era muy manso. Una vez que me



quedé demasiado fría, me dirigí de nuevo a la playa principal y mis padres, que parecían un tanto aliviados y nerviosos cuando me vieron.

—¿Puedo tener la llave de la habitación? —Murmuré.

—Estábamos a punto de regresar, —dijo mi madre, levantándose de su silla y sacando algunas cosas de la bolsa de la playa. **Página | 33**

Nosotros tres recogimos todo sin mirarnos unos a otros y caminamos hacia la habitación en silencio. Cuando llegamos a nuestra puerta, mi madre buscó en su bolso hasta que encontró la llave. Ella dijo:

—Tu padre tiene que hacer un viaje rápido a Amerige la próxima semana. Traerá de vuelta tu maleta. —Mi padre puso su mano sobre mi hombro y la mantuvo allí hasta que yo le miré.

—Lo siento, —susurró.

Asentí con la cabeza. Realmente no había nada más que decir. Para la cena de esa noche, mi madre hizo perritos calientes ennegrecidos. "Ennegrecidos" suena mejor que "quemados", que es lo que realmente eran. La salsa de tomate era de marca de la tienda. El Kétchup de marca de la tienda es una mierda. Yo podría vivir con la ropa de Target (en realidad, algunos de ellos son muy bonitos), maquillaje barato, y mi madre está cocinando. ¿Pero pedirme renunciar a Heinz? Eso estaba cruzando la línea.

No hablamos mucho durante la cena, que no era inusual ya que en casa solemos comer en habitaciones separadas: mi madre en la cocina, mi padre en el estudio (oh, perdón, La Biblioteca) y, yo en mi habitación con mi agradable ordenador. Me pareció extraño, sin embargo, estar en una sala (con mi madre en la mesa, mi padre en la cama, yo en el sofá) y sin decir nada:

—¿Hay mostaza? —(Papá)

—No —(Mamá) y luego a mí, después de un realmente, realmente, realmente largo silencio; —Voy a conseguir un trabajo aquí. Para que lo sepas.

Después de la cena, me di una ducha, que resultó ser una sorprendente estresante experiencia. Cuando me lavé el pelo con lo que juro era un champú en spray con aroma, alguien en otra habitación vació un aseo, y el agua escaldó mi espalda. Me pasé el resto de la ducha ajustando y reajustando la temperatura y presionándome a mí misma lo más cercano a la pared de azulejos y del flujo



de ducha cuando tanto como me era posible. *Quiero ir a casa*, me quedé pensando. *Por favor, déjame ir a casa. ¿Cuánto tiempo más planeaban mis padres quedarse?* Nunca habían respondido a la pregunta. Si mi madre estaba realmente yendo a conseguir un trabajo, me lo podía creer cuando lo viera, nos haría estar atrapados aquí durante al menos un mes. *¿Quién la iba a contratar por menos que eso? La escuela se inicia a principios de septiembre, en...vamos a ver...cincuenta y cuatro días. Al menos estaría en casa para entonces.* (Las cosas tenían que ser malas si estaba contando los días hasta empezar décimo grado.) Seguro que me daría al menos una semana (¿dos semanas, dos y media?) Para hacer cosas en casa antes de ir a la escuela.

A continuación, usando una de las grandes camisetas de mi padre, que era de color naranja y decir a Dennis el suministro del edificio, tomé mi cámara y saqué una manta. Más allá de la puerta corrediza de vidrio, una larga serie de pequeñas plataformas concretas se extendía a lo largo de la longitud del edificio, cada patio "decorado" con dos sillas de plástico blancas y una mesa de plástico a juego, la mayoría de los cuales estaban cubiertos con toallas de playa y trajes de baño húmedos. Más allá, una colina empinada de tierra salpicada de hierba desaliñada bloqueaba la autopista. El humos de coches pesaban en el aire. Sentí envidia de los coches zumbando por el otro lado de la brecha de tierra. Si tan sólo pudiera alejarme de aquí. Envolví la manta a mí alrededor, me instalé en una silla de plástico ligeramente húmeda, y giré mi cámara, que brillaba como una pantalla de cine en miniatura en mis manos. La cámara se llenó de disparos de Amerige: un par de grupos de liderazgo cenando en The Cheesecake Factory, un grupo de amigos riéndose en las mesas de almuerzo escolar, una noche en el cine. Estaba en algunas de las fotos, sonriente junto con todo el mundo. Ese mundo parecía tan lejos.

Había un montón de fotos tomadas el día antes de que nos fuéramos, cuando había ido a nadar con las niñas Larstrom. Lexie, Brooke, Kenzie y todas tenían el pelo largo y rubio que se ponía blanco en el verano, ojos azules, nariz puntiaguda, y los cuerpos delgados, enjutos. Parecían la misma persona en distintas edades. Mi color era exactamente el opuesto: cabello castaño, ojos marrones, piel ligeramente bronceada. Me parecía a Lexie en negativo.

Ahí estaba Brooke saltando a la piscina. Estaban los largos dedos de Lexie, las uñas pintadas para parecer mariquitas. Oh, bueno. Incluso si fuera a casa ahora, no podía estar con Lexie, su familia había ido a su casa del lago ayer. A continuación, moví rápidamente para las fotos que había tomado en la



actualidad. A lo lejos, el trueno retumbaba. Tiré de la manta más fuerte a mí alrededor. Las capturas de playa no eran muy buenas. A veces las fotografías se veían mejor que en vivo. A veces en vivo se veía mejor que las fotografías. Los niños con bañador rojo habían aparecido tan etéreos a través de la niebla, como figuras en una pintura impresionista. En las fotos, simplemente se veían borrosos. La niebla no hizo mucho por las otras imágenes que había tomado, ya sea, de los carriles y los pasos y las aves. Todo lo que hizo fue bloquear el sol y hacer que todo se viera plano y aburrido.

Y entonces llegué a la última foto, la que había tomado mirando hacia atrás desde el saliente de rocas. La escena se parecía a la que recordaba: una estrecha franja de arena rodeada por el muro de piedra, que se extendía a través de la niebla, hasta llegar al borroso público de la playa y los pequeños puntos de las personas.



Capítulo 6

Traducido por Masi

Corregido por marzeDoyle

Cuando algo no encaja en tu idea de cómo funcionan las cosas, tienes una explicación. Algo como:

Estaba distraída, así que simplemente no me di cuenta de la mujer que estaba allí. Durante la caminata por la playa que había sido realmente molesta, y todos saben que la mente puede jugar malas pasadas.

Pero era emocional, no estaba ciego. No sólo era que la mujer estuviera cerca, a unos diez metros de distancia, ella estaba vestida extrañamente para ir a la playa, con una bata rosa y unas sucias zapatillas blancas. Su piel era casi amarilla, y era tan flaca que sus mejillas estaban hundidas. Sólo su pelo se veía bien: blanco brillante, espeso y rizado, como si acabara de ser arreglado. No había manera de que pudiera habérmela perdido. De ninguna manera.

Así que cambié hasta la explicación racional número dos.

Alguien más tomó la fotografía. Mi madre me pedía que le prestara la cámara en algunas ocasiones (finalmente había dejado de preguntarme dónde poner la película). Tal vez uno de mis padres tomó la foto cuando me fui a darme un baño a la playa.

Sólo había un pequeño problema con esta teoría: cuando había estado bañándome, mi cámara había estado conmigo, en la bolsa de playa. Además, acordaba haber echado esa foto, y estaba segura de que había estado sola.

Eso me dejó con una explicación final, un poco desconcertante, pero aún racional.

Algo sucedió durante la reparación. Con esto quiero decir algo técnico o, más concretamente, algo técnico que no entendía. Siempre había asumido que la doble exposición sólo ocurría con la película, pero tal vez era posible que una



cámara digital tomara una foto en la parte superior de otra. ¿Qué fue lo que Larry había dicho acerca de la energía, los electrones y los dígitos?

Nunca había visto a la mujer de la bata rosa, pero tal vez estaba en la tienda de fotografía durante la reparación, y la cámara se apagó, y la tarjeta de memoria se mezcló. O algo así.

Sí, eso era. La gente va de compras con sus batas de baño todo el tiempo.



Capítulo 7

Traducido por GioEliVicRose

Corregido por Alice_vampire



A la mañana siguiente, no me había olvidado de la anciana, exactamente, pero vi su presencia en la fotografía como algo extraño al azar. Francamente, tenía demasiadas preocupaciones en mi vida real como para pensar mucho en ella. Mi preocupación más inmediata: Sólo había estado en el pueblo dos días, y ya le debía dinero a alguien.

La puerta morada de Foto Psíquica, estaba abierta a pesar de que tenía grabada una señal que decía “por favor mantenga la puerta cerrada”. Una vez más, sentí el extraño sentimiento de bienestar cuando entré, como el aire se llenó del más débil y suave zumbido, como con una frecuencia fuera de mi campo de audición.

Un hombre en traje de baño floreado se situó junto a la impresora. —¿Así que me basta con pulsar este botón? —le preguntó a Delilah. Su voz era alta para ser de un hombre.

—Sí.

—¿Y entonces...?

—Puedes enfocar más, acercar o alejar, al igual que la última vez. —Ella estaba sentada en un taburete, absorta en algo en el mostrador.

—¿Qué pasa si no me gusta esta foto? ¿Tengo que imprimirla? —parecía preocupado.

—No —murmuró, con los ojos todavía abatidos.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Presiona siguiente.



Tiré de la puerta que se cerró detrás de mí. La campana sonó.

Delilah levantó la vista. —Hola, —ella metió un mechón de pelo detrás de su, doble, perforada oreja.

—He traído el dinero. —Había encontrado sesenta dólares en mi cartera, sólo suficiente para cubrir la reparación.

Crucé el mostrador. Allí estaba el tablón de madera que había visto el día anterior, sólo que ahora estaba pintado de dos tonos de verde. Delilah había pegado filas de objetos redondos a la pizarra y decorado con lunares y remolinos. Y pajillas sueltas esparcidas alrededor.

—Eso es... interesante, —le dije—. En buen sentido.

—Es una granja de paletas. ¿Lo entiendes? —ella giró la tabla para poder tener una mejor visión, con ojos entornados como si estuviera poniendo a prueba mi reacción.

Me quedé mirando el tablero, y los objetos redondos parecían tener en una nueva forma. —Sí, lo entiendo.

Raro: cuando he visto las sombrillas en la playa, pensé que parecía un campo de paletas. Parecía como que tal pensamiento al azar en el momento, algo así como que a nadie más le ocurriría. Si yo creyera en todo esas cosas de psíquicos, tal vez tendría que preguntar... Oh, no importa.

—Me tomó varias semanas recolectar suficientes tapas de Snapple⁹, —dijo Delilah, rozando uno con la punta del dedo. Sus uñas estaban pintadas azul añil, y llevaba puestos todos sus anillos de plata de nuevo.

—He considerado hacerlo con un poco de té Arizona Iced¹⁰, pero me decidí por la uniformidad en el diseño.

—¿Por qué no comprar un vaso de Snapple? —le pregunté.

Delilah arrugó la nariz. —Eso sería hacer trampa, incluso si pudiera darme el lujo de un Snapple, que no puedo. Mi enfoque en este momento es el arte reciclado.

⁹ **Snapple:** Es una especie de refresco de fruta, con los tapones de metal.

¹⁰ **Té Arizona Iced:** Se refiere a utilizar las tapas de un refresco de té



—¿Has encontrado el arte?

Me miró la cara de nuevo, considerándome otra vez, antes de continuar. —Encontré un montón de objetos, en la calle, en la playa, y luego lo transformé en arte. Tapas de botellas, viejas servilletas, monedas aplastadas por la vía del ferrocarril, ese tipo de cosa. El año pasado me encontré con una muñeca Barbie sin cabeza en la arena. Era como si me estuviese esperando.

—¿Quieres decir... basura?

—Más bien reciclaje. Pero me gusta pensar que más una cacería de tesoro. Encontrar los materiales es la primera parte del proceso creativo.

Sentí una chispa de reconocimiento. —Sabes, eso es algo así como la fotografía. Nunca se sabe lo que te vas a encontrar. Tú no haces la toma. La descubres.

—Exactamente, —dijo.

—¿De qué color es tu pelo natural? —le solté, olvidando que no debes preguntar cosas así a personas que apenas conoces. Por alguna razón, sentía como si conociera a Delilah de años pero simplemente no la había ubicado. Como si, hubiéramos ido a preescolar juntas o a gimnasia o a las Chicas Scouts o algo así y estábamos esperando el momento en que averiguara en donde nos habíamos conocido.

Ella miró su flequillo con rayas. —He estado dañando mi cabello tanto tiempo, que ni siquiera puedo recordar de qué color solía ser.

Metí una mano en mi bolsa de playa, saqué mi billetera a cuadros, y extraje tres billetes de veinte. —De todos modos, aquí está el dinero que te debo.

Ella abandonó a su arte y arrastrando los pies fue hasta un montón de documentos amarillo hasta que encontró mi factura. —Eso va a ser... veintinueve dólares y veinte centavos.

Negué con la cabeza. —Eran cincuenta y tres. —No quería que descubriera el error más tarde y creyera que la había engañado.

Su boca se torció. Además de las pecas que recorrían su nariz, había una constelación débil por encima de su boca. Se parecía algo así como la Osa Mayor.

—Esa fue la estimación. Este es el costo real.



Eché un vistazo a la hoja amarilla. La cantidad original había sido obviamente borrada.

—No quiero meterte en problemas, —le dije, aunque veintiún dólares sonaba muy, muy bueno para mí.

Ella arqueó una de sus pálidas cejas, como plumas. —Yo no sigo.

—¿Tu madre no se enojara?

Ella tocó la bocina. —Divertido.

Yo realmente no sabía lo que quería decir con eso, pero le entregue el dinero, de repente teniendo miedo que ella dijera que había sido broma y, por supuesto que le debía más dinero.

El tipo con el traje de baño floreado se encontraba todavía en la impresora. —Acabé con el zoom y de recortar. ¿Y ahora qué hago? —Él se frotó la parte posterior de su cuello como si estuviera defendiéndose de un fuerte dolor de cabeza.

—Si quieres guardar la imagen, pulsa “Guardar”. —Delilah tomó mi cuenta y me devolvió unas monedas.

El hombre miró de nuevo. Tenía una cara amable debajo de la luz, y el pelo en una capa fina como la de un bebé. —Y entonces ¿qué hago?

—Presiona siguiente —dijo Delilah amablemente—. Al igual que en las últimas veinte veces, murmuró en voz baja.

La campana sonó en la puerta, y un chico alto, de piel color naranja entró. Su cabello ondulado era de color naranja brillante y se quedó sólo por debajo de la barbilla, mientras su rostro era sonrosado salpicado de pecas. Sus pantalones, cortados a mitad de la pantorrilla, eran de color naranja, también. Él parecía una andante puesta de sol. Por lo menos la camiseta era blanca. El monopatín bajo el brazo era de un decepcionante gris.

—¿Mamá está aquí? —le preguntó a Delilah.

—En la parte posterior. Preparándose para una lectura.

Rodó los ojos. —¿Encendiendo velas y quemando incienso?



—No, sin incienso —dijo Delilah—. Desde que le dio a esa mujer un ataque de asma la semana pasada.

—Mal karma —dijo el muchacho.

—Totalmente.

—¿Puedo alejar la imagen? —el chico de la máquina le preguntó con su alta de voz—. ¿O sólo se puede acercar?

—Puedes alejarte una vez que te acerques, —el chico pelirrojo, dijo—. Pero no se puede alejar de la toma original.

—¿Por qué no?

El muchacho se secó un poco de sudor de la sonrosada frente. —No hay nada que puedas alejar. Sólo tienes lo que ya está en la imagen.

Los ojos del hombre se abrieron como si él hubiera dicho el secreto de la vida. —Tienes razón —dijo con asombro.

—Madison, este es mi hermano —me dijo Delilah. —¿Samson?

Delilah frunció el ceño. —Ja, ja, gracioso.

—Has escuchado eso antes, —deseando tomarlo de nuevo.

—Incluso más que las bromas psíquicas.

—Soy Leonardo —dijo el muchacho—. ¿Detrás de la artista?

El movió sus cejas de color naranja. —La tortuga.

Eso me hizo reír. —¿Quién es mayor?

—Yo —dijo Leonardo—, por un año y medio.

—Yo tengo quince años —dijo Delilah.

—¿En serio? Yo también.

Ella asintió con la cabeza como si ya supiera eso. —Mucha gente piensa que tengo doce años.



—No pensaba eso, —dije, demasiado rápido. Miré el cabello naranja de Leonardo y el cabello con mechas y extensiones de Delilah—. ¿Es el color de tu cabello natural? —adiviné.

Ella alzó una de sus pálidas cejas y metió uno de sus mechones detrás de su oreja. —¿De quién crees que es el color natural? —ella se volteó hacia Leonardo—. ¿Qué estás haciendo?

Cambió su monopatín hacia su otro brazo. —Yo y Duncan vamos a la playa a patinar. Creo que voy retrasado.

—Duncan y yo, —dijo ella.

Leonardo rodó sus ojos. —Como sea.

—¿Quién es Duncan? —pregunté, sabiendo que no era mi problema.

—Nuestro hermano virtual —dijo Delilah.

Asentí como si eso tuviera completo sentido para mí, incluso si me preguntara: ¿Un holograma? ¿Un amigo imaginario? Ninguna de las dos me sorprendería demasiado.

La campana de la puerta sonó de nuevo y una mujer bastante joven, con una camisa suelta de playa de estampados amarillos con un pez azul que hacia conjunto con el hombre en la impresora.

Ella puso sus manos en la espalda del hombre. —¿Por qué te estás tardando tanto? Me estaba preocupando. —Un bolso de playa de paja colgaba en su hombro.

—Estas cosas de las fotos es complicado, —respondió mirando la pantalla.

—En realidad no, —ella sonrió con paciencia y apretó algunos botones. Su cabello era del mismo color arena que el de su marido.

Pensé en mi cámara. No tenía pensado decirle a nadie sobre la anciana en la foto de la playa porque me parecía muy del canal Sci Fi. Pero probablemente era por algunos baches técnicos. Tal vez Delilah y Leonardo podrían explicarme.

A medida que sacaba la cámara y proponía el caso, trate de sonar casual. —Después tener mi cámara de nuevo ayer, tomé algunas fotos en la playa (Y



encontré una cosa extraña. Quiero decir, puede que no sea raro, pero nunca lo he visto antes...

Encendí la cámara y encontré la imagen de la anciana mujer de la bata de baño rosa. Delilah y Leonardo la miraban mientras les decía lo que había sucedido.

—Tienes razón —dijo Leonardo cuando hube terminado de explicar—. Es extraño.

—¿Pudo haber sucedido algo durante la reparación? —preguntó—. Como, ¿tal vez que alguien tomara una prueba para ver si la cámara funcionaba bien?

—¿En la playa? —dijo Delilah—. No, —ella arrugó la pecosa nariz, arrugando la constelación por encima de su labio—. ¿Alguna vez has visto a esta señora, Leo?

—No, —arrugó la nariz en la misma forma—. Pero ella luce... brillante.

—¿Quieres decir listo? —le pregunté.

Él negó con la cabeza. —No, quiero decir brillante, como la luz, ¿ves? Todo a su alrededor es oscuro y brumoso. Pero ella se ve como si estuviera de pie sobre un pedazo de sol.

Estaba en lo cierto. Normalmente presto mucha atención a la iluminación de mis fotografías, pero me había asustado tanto por la presencia de la mujer que no me había dado cuenta de que parecía haber salido de una captura diferente, mejor iluminada. Que me envió de vuelta a la explicación número tres: dificultades técnicas.

—Debe haber algo raro pasa con mi tarjeta de memoria, —dije—. Como, tal vez la última vez que descargue las fotos en mi ordenador, la cámara se infectó con algún tipo de virus.

—Eso no tiene sentido —dijo Delilah.

—Quizás ella es un fantasma, —sugirió Leonardo. En ese momento la campana de la puerta sonó, y yo esperaba que la mujer de la bata de baño rosa entrara en la tienda.

Por el contrario, era un chico de mi edad, más bajo que Leonardo, delgado y robusto. Su mirada vagamente familiar. Bronceado, con la piel dorada y brillantes ojos verdes. Tenía el pelo castaño y de ondulado—salvaje, con las puntas más aclaradas por el sol. Un pequeño aro de oro colgado en cada lóbulo



de la oreja. Su ropa era de la típica estándar de un chico skater¹¹: camisa suelta, camiseta oscura y pantalones largos.

Era muy guapo si te gusta de ese tipo.

—Amigo, —le dijo a Leonardo—. He estado esperando por ti, como, una hora.

—Complicaciones —dijo Leonardo.

El chico de ojos verdes me miró, se detuvo en mí y agrandó los ojos. El rubor se precipitó en la cara y entonces me di cuenta de que lo había visto antes.

—La niña en la acera —dijo, sin dejar de mirarme. Por supuesto: él era el muchacho que casi me había arrollado con su monopatín.

—Hola. —Miré al suelo, mi cara caliente por razones que no podía entender. Él era el que debería de estar avergonzado, no yo. Porque sin duda que era todo lo que sentía: vergüenza.

—Madison, este es Duncan —dijo Delilah—. Nuestro hermano virtual.

Entonces él no era un amigo imaginario.

—Tú conociste a su padre —me dijo Delilah—. ¿Recuerdas a Larry? ¿Quién te arregló la cámara?

—Entonces Larry y tu mamá... —dije.

—Él es su novio —dijo Delilah—, o más bien ex—novio. Cambia cada semana.

Dijo Duncan; —Mi padre dijo que se había terminado pero él cambia de parecer cada vez que se cambia de ropa, así que nunca se sabe.

—Larry tiene problemas por resolver, —dijo Delilah—. Y mi madre tiene problemas de compromiso.

—Pero ella se comprometió a trabajar en sus problemas de compromisos, —intervino Leonardo—. Y jura que todavía no tiene una decisión sobre Larry, —con su monopatín bajo el brazo, abrió la puerta—. Vámonos.

De repente, las paredes se estremecieron con el trueno. —Así vais a la playa, —le dije.

¹¹ **Skater:** Grupos de personas que les gusta ir en monopatín.



Los ojos verdes de Duncan brillaban. —¿Estás bromeando? Este es el mejor momento para estar allí.

Yo estaba a punto de seguir a Leonardo y Duncan por la puerta cuando me di cuenta del ordenador en el mostrador, parecía solitario e inutilizado.

—¿Estaría bien si reviso mi correo electrónico muy rápido? —le pregunté a Delilah.

Ella se encogió de hombros. —Claro.

Espero que no creyera que era una grosería de mi parte pedir, de esta forma, pero seriamente me sentía incomunicada.

En MySpace, tuve un comentario de Rolf Reinhardt, el chico con el que casi tuve, una especie de cita en primavera.

¡Oí que te hiciste el buzz! ¡Impresionante! yo también—. Reportero Deportivo.

Yo había oído de Rolf estaba en el periódico, pero no le había dicho nada acerca de ello. Hice clic en su página (la foto del perfil mostraba a Bob Esponja, que no era ni graciosa ni original) y me felicité a mí misma de no comprobar si había publicado algunas nuevas fotografías. Pero, bueno, di una mirada a su situación sentimental: ¡solo! ¡No podía ser! ¡Él y Celia había roto ya!

No es que me importara.

Corrí a través de una veintena de comentarios posible regreso antes de finalmente sentenciar con un simple. —**Grax!!**

Yo tenía un nuevo mensaje, que me pareció una buena cosa hasta que vi al pálido Kyle Ziegenfuss, la cara hinchada en la toma del perfil, sus ojos entrecerrados, como si acabara fumar marihuana. Que probablemente lo había hecho.

Madison hola, solo m pasab x aquí y pra decr hola, he pasdo 1 buen verano, pero aburrido, que sts haciendo ste verano, yo sólo tengo una resak llammm si quiers hablr en algún momnto, kyle.

Kyle y yo no éramos amigos, pero él no entendía bien eso. En Amerige High, yo era un —guía para estudiantes— en ese programa de tutoría llamado Nobleza. Lema: —Superar los desequilibrios académico, mientras que se construyen amistades—. Sí, era igual. Como The Buzz, eso me ayudaría a ingresar a la



universidad (de nuevo: no es que esa sea mi motivación). Básicamente, el programa empareja a un chico inteligente con un niño tonto por lo que el chico inteligente podría hacer que el chico tonto sea más listo y el tonto podría hacer que el chico inteligente sea más sensible o algo así. Y sé que, tonto, suena muy duro, pero es el término Kyle utiliza siempre, y, bueno, tienes que admirar su franqueza. Kyle estaba clasificado con; dificultad para el aprendizaje, que era diferente de ser estúpido. Pero en serio era lento, en la forma de hablar, moverse, y de pensar. Tal vez sólo fuera desmotivación. Lo más probable, todo eso de fumar marihuana (que había comenzado cuando tenía doce años) había estropeado su cerebro. Era un tipo bastante agradable, aunque, y yo no quería dañar sus sentimientos, así que siempre respondía a sus mensajes.

Hola Kyle, Grax x pasart x aquí! Yo estoy más lejos q la mayoría ste verano.

Spero q stes pasado un grndioso momnto.

Madison.

Por lo menos pasar el verano en Sandyland significaba que no tenía que preocuparme por Kyle. Presioné —enviar— y lancé un suspiro.

—¿Malas noticias? —preguntó Delilah.

—No, simplemente está este chico, y... —traté de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Novio?

—¿Kyle? —me estremecí—. Dios, no. Él sólo piensa que estamos más cerca de lo que realmente estamos, y no quiero herir sus sentimientos, pero... —negué con la cabeza—. Da igual. No tengo que tratar con él hasta septiembre.

—¿Septiembre?

—Cuando regrese a la escuela.

Ella dijo; —Pero en septiembre tú estarás... —y entonces ella se detuvo.

—¿Qué? —le pregunté.

—Nada. —Ella miraba el mostrador, y empecé a sentir un poco de miedo, como si quizás Delilah pudiera ver mi futuro. Pero eso era ridículo. Ni siquiera estaba en la familia psíquica, no es que yo creyera en nada de eso...



Al salir de la tienda, escuché el zumbido de la impresora.

—¿Ves? Eso fue fácil, —dijo a la mujer de pelo rubio a su esposo. Y luego, a Delilah—. ¿Cuánto cuesta que adivines mi futuro?



Capítulo 8

Traducido por paovalera

Corregido por Alice_vampire



Durante los siguientes días.
Llovió.

Yo aprendí más sobre tiburones de lo que alguna vez quise. Y mi madre consiguió un trabajo.

Comencemos con la lluvia. Después de una noche lluviosa, con truenos que hacían temblar las paredes y rayos que iluminaban toda la habitación, el cielo se había tornado gris, húmedo y deprimente, desvaneciendo la esperanza de no estar en el dulce hogar con olor a perro húmedo. Esta era el tipo de ayuda que arruinaba las caminatas y tomar fotografías. El tipo de lluvia que desvanecía las esperanzas y acortaba las vacaciones.

No es que estuviéramos en vacaciones.

En el estacionamiento del motel, los padres corrían de un lugar hacia otro cargando los coches y mini Vans mientras sus niños estaban temblando entre las puertas abiertas de las habitaciones con los rostros húmedos.

Extrañar mi hogar me hizo enfermar con una terrible gripe. Mis músculos dolían y mi estomago gruñía. Quería mi cama, mi ordenador, mi pared cubierta de fotografías. Quería mi cocina, mi estudio y mi sala de estar.

Quería mi vida.

No podíamos ver una película o ir de compras o hacer algo que generalmente hacia en un típico día lluvioso, porque en caso de no haber escuchado a mis padres las primeras cincuentas veces, "no hay mucho dinero" y "todos debemos hacer sacrificios." (Arg!) No es que me importe: el cine más cercano estaba a kilómetros de distancia, y la tienda de surf era la única que valía la pena ser



visitada. Ni siquiera había una librería en el lugar, y ya había terminado de leer los únicos dos libros que traje.

Entonces pasé el tiempo escuchando música en mi iPod, tomando fotografías de una fruta desgastada en un tazón purpura, y viendo "Semana del tiburón" en Discovery Channel. Parte del programa estaba dedicado a lo raro que son los ataques de los tiburones, con las escenas ocasionales de sus dientes. Suficiente para convertirme en una persona de lagos en vez de una de océano.

Mi padre, sentado en el borde de su cama en camiseta y shorts —al menos se había quitado su bata de baño—, miraba cada minuto del programa. Se suponía que él estaría trabajando, por eso era por lo que estábamos aquí de todas maneras, pero estaba lloviendo demasiado fuerte para construir.

En caso de que los tiburones no fueran lo suficiente terroríficos, más tarde pasaron investigaciones de casa embrujadas en la programación. Fantasmas rasgando las mejillas de los niños. Cerniéndose sobre las camas. Golpeando las tuberías, rompiendo platos, soplando aire frío.

—¡Salgan de la casa! —murmuré a la televisión. *Si estas personas estaban tan asustadas ¿por qué no hacían el equipaje y se iban?*

¿Por qué nosotros no lo hacíamos?

Durante los comerciales, jugué con mi cámara. La mayoría de mis capturas de Sandyland eran las típicas capturas playeras: el oleaje, el flotador amarillo, marcas en la arena. Una y otra vez, me volví a la mujer con la bata de baño rosa. Todavía estaba allí. Y todavía no tenía sentido.

Quizás ella sea un fantasma.

Leonardo había dicho eso. Los fantasmas no son reales. Todos saben eso, hasta las personas en la TV. Si los fantasmas fueran reales, esas personas saldrían de las casas.

Comprar alimentos fue lo más sobresaliente de mi primer día lluvioso; eso es lo más bajo que me he hundido. Fuera del mundo de la comida habían varias maquinas, entre esas un poni que funciona con monedas, un bote azul de caridad para ropa y zapatos. Después de haber usado mis pantalones cortos negros y mi camiseta de rayas negro y rosa me gustaría tirarlos en ese bote azul. Pero desgraciadamente, eso me dejaría desnuda.



Dentro de la tienda, había mucho frío. Además, las luces fluorescentes parpadeaban. Mi madre llevaba el carro de compras mientras yo usaba mis memorables habilidades matemáticas —que pesar de que eran imperfectas— en comparación con la tienda. Apenas hablamos. Cuando ella murmuró. —Supongo que es hora de sacar los cupones, —tomé toda la fuerza, que tenía para no responderle —como, si eso lo arreglara todo.

En el pasillo de salud y belleza, ella estuvo un tiempo mirando las cajas de tinte para el cabello antes de elegir una llamada "Rubio ceniza". Y luego me dejó pasmada cuando me preguntó; —¿Quieres teñirte tu cabello, también?

Esto era una oferta de paz. He estado queriendo hacerme unos reflejos desde primero de año. Busqué un paquete para reflejos y luego me detuve. Reflejos rubios parecían muy escandalosos para mi humor actual.

En lugar de eso, agarré una caja de tinte negro, mirando a mi madre, esperando que me detuviera. Pero no dijo nada.

En nuestro camino a la caja registradora pasamos por el puesto de flores, que era básicamente un mostrador con ramos de flores artificiales y globos que decían 'Feliz cumpleaños' y 'Felicidades por tu jubilación'.

Mi madre pagó por los alimentos en efectivo. Durante un momento, estuvo preocupada de que no tuviera suficiente dinero, ¿qué tan mortificante parece?, pero si tenía. Cuando la chica de la caja le dio la oportunidad, mamá se aclaró la garganta y preguntó. —¿Buscas empleada?

Eso era demasiado. Cuando mamá dijo que buscaría un trabajo, pensé que estábamos hablando de algo glamoroso, como diseñadora de interiores u organizadora de eventos. Y supongo que ella hablaba de algo fácil que abandonar. Un trabajo real, con horas regulares, no estaba uniendo a este pueblo más de lo que me gusta. Ella me haría quedar que aquí durante todo el verano. Lo presentía.

—Las solicitudes se encuentran en el servicio al cliente, —le dijo la chica.

Mi madre asintió, pero no se apresuró para dejar el lugar. —Quiero teñir mi cabello primero, —me dijo.

—No hay prisa, —le respondí.

'Rubio ceniza' no era la palabra. Debería llamarse 'Margarina'



—Quizás podamos encontrar un salón de belleza para que lo arreglen, —dije cuando mi madre salió del baño, con una toalla envuelta sobre sus hombros.

Sólo estaba tratando de ser útil, pero la arruga entre sus cejas se hizo más profunda. —¿Quieres que te tiña el tuyo? —me preguntó.

Toqué una mecha de mi cabello castaño. De camino a casa desde el Mundo de la Comida, decidí que el negro era una mala idea. Pero no quería acobardarme y darle a mi madre una victoria.

Ella abrió la caja y se colocó los guantes de plástico. Había dos botellas; ella vertió la más pequeña dentro de la más grande y las batió. Inmediatamente, todo el lugar apestaba: un horrible olor químico que hacía que mi nariz picara.

Cerré mis ojos y me imagine a Jenny, mi peluquera de vuelta a casa. Ella tenía veinticinco años, con el cabello cortado en atrevidos ángulos. Ahora, lejos del salón de belleza, mi madre dibujó líneas sobre mi cuero cabelludo con una botella de plástico. Cuando a su manera de oreja a oreja, me extendió la sustancia viscosa y se encargó de que hubiera mezcla apestosa en todo mi cabello, luego me colocó un gorro de baño plástico sobre todo el desastre apestoso.

Mientras esperaba, me lavé mi pantalón negro y camiseta a rayas en el lavabo del baño con el champú de espray perfumado.

Cuando acabé los exprime lo mejor que pude y los colgué del toallero para que se secaran. Usaría mi camisa de repuesto hasta la mañana siguiente.

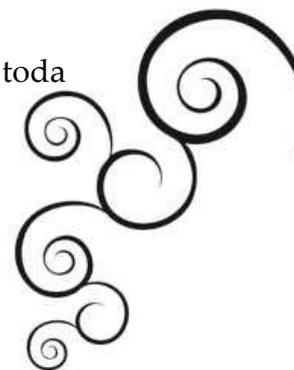
Más tarde, cuando estuve en la ducha, el agua que corría bajo mis pies era gris. Todo estaba bien hasta que alguien en alguna parte bajó la cadena del sanitario. Pero eso no fue lo peor de todo. Mi cabello lucía mal estando mojado. Seco, era horrible, como una peluca de Halloween, y no una linda de una tienda, sino una de esas baratas que venden en las farmacias.

—Te dije que el negro era una mala idea, —mi madre dijo cuando lo vio.

—No, tú no dijiste nada.

—Sabes que lo pensé.

Mi ropa todavía estaba húmeda la siguiente (y lluviosa) mañana. Me probé toda la ropa que mis padres habían traído por accidente a ver si algo servía.



Nada. La mayoría de las prendas eran de secundaria (realmente debería limpiar mi armario con más frecuencia). Las camisas sólo cubrían hasta mi ombligo, y los pantalones eran cortos o no entraban.

Si mi madre no fuera tan flacucha, hubiese podido usar algo de ella. En lugar de eso, no me queda más que la camisa naranja de papá —con la cual me podía quedar según él. ¡*Caramba, gracias!* de todas maneras le quedaba pequeña— y mis pantalones nuevos. No es como si me fuera a encontrar alguien que conozca. La imagen del chico del monopatín, Duncan, cruzo por mente.

No es mi tipo.

Cuando mi madre volvió al Mundo de la Comida para entregar su solicitud, le di una bolsa llena con mi ropa vieja para que la tirara en el bote para caridad: una parte de mi vida se fue para siempre.

—Puedes esperar aquí afuera si quieres, —dijo mi madre, de pie en la puerta automática mientras me ajustaba los pantalones, que eran algo grandes. Detrás de nosotras, caían gotitas de agua.

Me encogí de hombros. —Entraré. —No es como si tuviera algo mejor que hacer.

Los agujeros de su nariz se expandieron, y allí fue cuando me vi a mi misma como ella lo hacía; el feo cabello negro, y la camiseta grande. Tenía quince años y mi madre estaba avergonzada de ser vista conmigo. Hablando de cosas irónicas.

La tienda llamó al día siguiente, (aún lloviendo: tres días de mi cautiverio), para ofrecerle un trabajo como Asistente de Floristería.

Estaban impresionados con su experiencia en centros de mesa para almuerzos de caridad y recaudadores de fondos de la PTA¹². También, estaban sorprendido de que supiera que eran las hortensias.

—¿Les dijiste que era sólo por el verano? —pregunté.

Ella no respondió. Pero estaba ocupada haciendo la cena, así que tal vez no me escuchó.

¹² PTA: Asociación de padres y maestros.



Capítulo 9

Traducido por andre27xl

Corregido por Selune

El viernes me desperté al despuntar el día. Bueno, al amanecer. El sol apenas estaba saliendo. En las semanas anteriores, había estado yéndome a dormir temprano y más temprano porque no había nada que hacer en las noches. El problema ahora es que no podía dormir hasta más tarde de las seis o siete de la mañana.

Las mañanas tempranas en el Hogar Dulce Hogar significaban tuberías ruidosas, niños gritando, televisores a todo volumen, y perros ladrando. Pensarás que me había acostumbrado a los sonidos, pero se mantenían cambiantes. Había camiones nuevos que necesitaban silenciadores, nuevos niños con gritos en más altos tonos, nuevos perros aullándole a la luna. Los perros pequeños eran más ruidosos que los más grandes y los niños más pequeños eran más chillones que los mayores.

Había un nuevo sonido hoy: mis padres se están preparando para ir a trabajar, mi madre duchándose, y mi padre bebiendo el café frente a la televisión. Mi padre iba a estar haciendo “manos a la obra” en una nueva y costosa casa. Hizo lo mejor para sonar entusiasmado.

—A una cuadra de la playa, dos pisos de altura, podrías ver el mar desde el dormitorio principal. Trescientos metros cuadrados, y sé que no suena grande, pero casi llena el terreno completo. Pero antes de la construcción, tenemos que enterrar las líneas de teléfono y la luz; y tenemos que cavar surcos a mano para proteger a los árboles existentes.

Por la manera en que hablaba, podrías haber pensado que estaba construyendo la casa para nosotros.

Rondé durante una hora después de que mis padres se fueran. Estaba bien estar sola, pero tras haberme quedado encerrada durante tantos días, me moría de



ganas de salir de ese lugar. En el baño saqué mis shorts negros y mi camiseta rosa y negra fuera del toallero. Todavía estaban húmedos y medio arrugados. Peor aún, olían a moho. Pero era eso o el conjunto de camiseta naranja combinado con los shorts hawaianos, y había comenzado a odiar el Edificio de Suplementos de Denni y a Denni casi tanto como odiaba las “Oferta en Sandyland”, aunque no tanto como odiaba a mis padres por arruinar mi verano en primer lugar.

Cuando me miré al espejo, salté ante la extraña que me miraba de vuelta. Me había olvidado completamente de mi cabello negro. Una buena noche de sueños, bueno, un sueño de mala noche (¿ya mencioné cuanto odio el sofá?) no habían hecho nada para mejorar mi nueva imagen.

Por el lado positivo, con el cabello horriblemente espantoso, quizás nadie notara que mis ropas apestaban.

Mientras caminaba hacia la calle principal, el sol apareció por encima del horizonte y difundió una luz dorada sobre todo. Apenas pensé, está bonito aquí, una nube inmensa tomó el lugar del sol y volvió al mundo de vuelta al color gris. Demasiado para tomar fotos.

El centro Sandyland estaba en silencio. La mayoría de las tiendas y locales estaban cerrados. Una puerta abierta guiaba a un cibercafé. Al entrar, me llenó el aroma embriagador del café y goteo del ritmo de las teclas en los teclados. Para ser un Cibercafé, estaba un poco corto de equipos informáticos, pero había suficientes sillas y mesas, todas distintas y pintadas en colores brillantes. Un mostrador de cristal de panadería mostraba magdalenas, bollos y pasteles.

Compré un café con leche de vainilla y media hora de Internet. Hice un gran hueco dentro de los ahorros de mi vida, pero sólo se vive una vez, si tienes suerte, eso es. La semana pasada se sintió como una segunda vida, y hasta ahora no estaba saliendo muy bien.

Primero, fui hasta Google y tecleé, “fantasmas en fotos”. Después de eso, probé “espíritus en fotos” y “figuras inexplicables en fotos”.

Había toneladas de respuestas. Revisé las fotos de figuras sombrías cerniéndose en la distancia, cuerpos traslúcidos flotando en los bordes de las fotos. Ninguna de esas figuras fantasmales era tan clara como la mujer en el traje de baño rosa. Ellos se veían más como niebla o humo. La mayoría de las fotos eran muy



viejas, tomadas con rollos en blanco y negro. Cualquier idiota podía ver que los “fantasmas” no eran reales, sólo unas obvias dobles exposiciones o trucos de luz.

Intenté con una nueva búsqueda: “fantasmas en imágenes digitales”. Encontré algunos sitios de cazadores de fantasmas debatiendo los méritos de la fotografía digital pero, de nuevo, las pocas fotos que encontré fueron figuras místicas blancas que no se parecían en nada a mis fotos.

Esto era ridículo. La mujer en la foto no se veía como las fotos en línea por una simple razón: los fantasmas no eran reales.

Cuando me registré en mi cuenta de MySpace, me sentí casi normal. Allí estaba mi nombre de perfil (Chica—Loca) y mi foto de perfil, la cual nos mostraba a Lexie y a mí con nuestros cortes de cabello auténticos, el suyo rubio, el mío en su natural marrón. Estábamos riéndonos de algo absolutamente histéricas. (¿Qué era? Me molestó que no pudiera recordarlo).

Allí estaba mi canción de perfil, mi lista de shows favoritos de televisión, libros, y películas. En la lista de Mejores Amigos, caras familiares me sonrieron de vuelta.

Naturalmente había publicado muchas fotos en mi página. Las miré como una acosadora. Algunas eran de mis amigos haciendo tonterías. Una pareja se me mostró sonriendo, sin idea de lo que les deparaba el futuro. Había escenas de Amerige: fotos artísticas de jardines florales y ventanas, señales de pare y bancos.

No había fantasmas en ningún lugar.

En el fondo de la derecha, un montón de gente de la escuela me había dejado comentarios. Mi primera reacción fue alivio: ¡nada de Kyle Ziegenfuss!

Y luego comencé a leer:

hey mad, ¿q tal estuvo tu vrano? ¿Hicist el crucro?

¿todavía? stoy taannn celosa, envíame un msm si t llega sto.

¿q + madison? ¿dond t haz stado scondiendo? tu cel

dic dsconectado, ¿obtuvist 1 nuevo?



Tenía que publicar un boletín o algo para decirles a todos que iba a pasar todo el verano en la playa. No tenían que saber por qué. Al menos obtendría un buen bronceado cuando regresara a la escuela en Septiembre.

Hola madison, ¡q raro! Pasé x tu ksa ayer

& staba toda sta gnt al frent, ¿tenías una vnta de jardín o algo?

¿No t stas mudando vrdad?

Quizás fue la ksa quivokda pro pienso q era la tuya.

¿Huh? Eso era raro. Quizás mis padres estaban remodelando nuestra casa mientras estamos lejos. Pero eso no tenía sentido. ¿Por qué gastarían su dinero allí si estábamos aquí porque no tenían? Además, mi padre ha estado sentado durante meses. Si algo hubiese necesitado pintura o arreglo, lo habría hecho él mismo.

Hey mad! ¿Q pasa? Cosas raras—la gnt continúa

Diciendo q t stas mudando, q tu ksa sta a la vnta &

Q ya ni siquiera vivs allí

Mis palmas comenzaron a sudar. ¿Qué estaba pasando? Mis padres no venderían la casa sin decírmelo. ¿Verdad?

No, no existía manera en que mi madre dejara esa casa. Había hecho a mi padre pintar la sala cuatro veces sólo para dejar el tono perfecto de amarillo. Había contratado a un ebanista para construir la estantería por encargo de la biblioteca y una costurera para coser las cortinas para todas las ventanas.

Debía ser una clase de error.

En adición a los comentarios, había nuevos mensajes. Estaba casi asustada de leerlos, pero me quedaban ocho minutos de Internet, y no podía perderlos.

Dos mensajes eran de Melissa Raffman, editora de El Buzz. El primero era de un par de días antes.

Madison,

Estoy muy emocionada de que te unas al quipo del periódico. Tus fotos serán una contribución excelente.



Como ya mencioné, estoy planeando dar una fiesta de equipo unido en mi casa en las próximas semanas. Te llamaré cuando los detalles estén finalizados. ¿Puedes darme tu número de móvil? El número que tenía en el archivo no funcionó.

Gracias, Melissa.

El segundo mensaje de Melissa había sido publicado.

Madison,

Alguien mencionó que tu casa estaba en venta. ¿Puedo asumir que te estás mudando a una nueva casa en otra ciudad? He tratado de comunicarme contigo en el teléfono de tu casa, pero ha sido desconectado. Si no vas a asistir a La Secundaria de Amerige en primavera, por favor dímelo tan pronto como sea posible para así poder ofrecerle el puesto de fotógrafo a alguien más.

Melissa.

¿Mi teléfono de casa estaba desconectado? El pánico se esparció por todo mi pecho por un momento antes de que lo imaginara. Mis padres no habían pagado la factura. La compañía telefónica había cortado nuestro servicio. Esto era seriamente embarazoso. De repente, mi mundo virtual apestaba tanto como el mundo real. Al menos mi yo virtual todavía tenía buen cabello.

Hola Melissa,

Estoy fuera de la ciudad durante el verano (mis padres alquilaron un lugar en la playa), pero estaré de vuelta antes de que la escuela empiece. Odio perderme la fiesta. Diles a todos que digo ¡Hola!

No puedo esperar para empezar a trabajar en el periódico. Gracias por elegirme.

Madison

PD: No sé qué está pasando con el teléfono, pero ha habido una construcción en mi calle, y a veces eso estropea las cosas.

Mi último mensaje era de Lexie. Lo leí rápido porque mi tiempo se estaba acabando y no quería dejar cuentas pendientes.



Vaca loca,

1. *El lago apsta. Brook fue picada por un zancudo & fue infectada & mi padre tuvo que llevarla a la S.E & stoy atorada con Kenzie en mi cuarto xq brroke supuestamente se está quejando & llorando mientras duerme, qué mentirosa, tiens tanta suerte d ser hija unik.*

2. *me enteré de todo acerca de celia & rolf. muchos dtalles q dcir, pero ella lo djó & y luego cambió d opinión pero él no la quiere de vuelta, ahora ella stá llorando y diciéndoles a todos como lo AMA. Es tan askrosa...*

3. *Recibí un msj raro de melissa en mi telf. Ella keria sabr si t habías mudado, la llamé & dije no (tonta) dbrías llamarla.*

Amor d t m.a & prisionera del lago, lex"mex

Me precipité sobre una nota rápida para Lexie, tratando de ignorar el temor de que me pinchaba la parte de atrás de mi cuello.

1. *nada de simpatía, nada, las unidades parentales han decidido extender nuestras vaks en la playa más aburrida del planeta.*

2. *celia morirá sola, ¿a rolf le gusta alguien ahora?*

3. *raro, melissa dbió habr llamado al # equivocdo. Le acabo de enviar un msj así q stá bn.*

Amor de tu m.a & prisionera en la playa, vaca loca.

Como una señal, cuando mi Internet se fue, el sol salió de detrás de las nubes, y me apresuré a la playa. El sol era como un foco, reflejaba dorado con una suave muestra de rosa. Todo lo que tocara era hermoso. Hasta los botes de basura estaban brillando, mientras pensaras en ellos como tres simples formas: tres cilindros verdes parados en una línea, perfectamente espaciados, una cerca de madera detrás de ellos se levantaba en una línea.

Chasquido¹³.

—¿Te estás entrometiendo en mi territorio? —Delilah estaba parada a un lado, con una bolsa de basura plástica en cada una de sus manos, sonriendo. Llevaba

¹³ Chasquido: Snap



un vestido de algodón amarillo con mangas cortas, abullonadas y una fila de botones al frente.

—Hola —dije. Mi cara se sonrojó ante la idea de mi cabello negro, el cual, aún ahora, no era tan raro como el de Delilah, pero aún así. Viendo sus bolsas plásticas, recordé lo que había dicho acerca de su búsqueda de basura para su arte—. ¿Encontraste algo bueno?

Miró dentro. —Espuma de polietileno, la mayoría: tazas de café y algunas de esos contenedores para llevar. Los voy a lavar con lejía para que no apesten. Lo digo por experiencia.

—¿Vas a añadirlos a la pieza en la que trabajabas el otro día?

Agitó su rayada cabeza. —Nah, el campo de dulces está casi terminado. Este es material nuevo para mí siguiente pieza, el cual pienso llamar vertedero. La semana pasada, encontré una tabla de surf tirada en la playa; ése será mi lienzo. Usaré la espuma de polietileno para construir una serie de montañas, las cuales cubriré con diferentes cosas: papel de aluminio, envoltorios de hamburguesas, lo que sea que pueda encontrar. — Hizo una pausa—. No me lo he imaginado más allá de eso. Pero haré alguna clase de declaración ambiental.

Señaló a mi cabeza. —Me gusta tu cabello.

Eso era como tener a un ciego elogiando mis fotografías, pero es igual.

—Gracias.

—¿Tú cámara está funcionando bien? —Preguntó.

—Sí. Aunque todavía no puedo descifrar cómo esa señora mayor apareció en mi foto. De todas maneras, no he podido ser capaz de tomar ninguna foto por la lluvia.

Ella se movió hacia la playa. —Quizás quieras regresar mañana. Los sábados, el pueblo alquila kayaks, por allá, por esa pequeña casa gris. Son de todos los colores, y siempre pensé que se veían bien alineados en la arena. Quiero decir, no tan bien como los botes de basura, pero ya sabes.

Revisé su cara para saber si se estaba burlando de mí, pero de verdad quería decir lo de los botes de basura. A la chica le gustaba su basura. Miré la playa y traté de imaginar los kayaks. Sería divertido jugar con las formas, los colores.



—Gracias por el consejo —dije—. Estaré pendiente.

—Y también mañana... —Miró hacia abajo tímidamente—. Está esa excelente tienda de rebajas en la parte baja del pueblo. Compró la mayoría de mi ropa allí.
—Eso explicaba mucho.

—Sólo está abierta los sábados —dijo ella—. Estaba planeando ir mañana, abre a las nueve así que si quieres encontrarte conmigo allá...

¿Ropas usadas? Iuhh. Fui al Ejército de Salvación un par de años antes cuando necesité un traje para la obra del colegio, y todo olía...raro. Como a polvo mezclado con perfume a muerte. No quería ofender a Delilah, pero todo lo "antiguo" estaba sobre estimado.

—El sábado... jummm —dije, como tratando de recordar los detalles de mi apretada agenda. La brisa echó mi cabello hacia mi cara. Me sentía como en una telaraña. Lo alcancé tratando de poner mi cabello tras mi oreja y allí fue cuando capté el olor, casi como de playa pero no del todo. Era el moho de la ropa que todavía estaba húmeda. La humillación se apoderó de mí.

—Mis padres olvidaron colocar mi maleta en el coche —dije—. Esa es la razón por la que siempre estoy usando lo mismo. Pero tengo montones de otras cosas en mi casa.

—¡Por supuesto! —dijo ella—. No quise decir... lo que quise decir fue... ya sabes. No es que estén pasando muchas cosas por aquí, así que es sólo algo que hacer.

La brisa sopló de nuevo, revelando más fuerte el olor a moho. Quería arrancarme mis ropas y lanzarlas al océano. La próxima semana mi padre iría a Amerige y traería de vuelta mi maleta. La próxima semana sonaba lejano.

—La tienda de segunda mano suena... divertido —dije.

Caminamos hacia la playa, mirando el suelo, consiguiendo tesoros en todos los lugares. Una pala amarilla. Un botón. Una botella vacía de bronceador. Delilah ignoró una revista mojada pero sí agarró el Inquisidor Nacional. —Los titulares son como oro —dijo—. Mira esto: "Los peores cuerpos en la playa" Podría pegar lo titulares en una pizarra y luego añadirle una muñeca Barbie al lado. Desearía haber guardado las decapitadas...



Tomé fotos de la pala amarilla, de una red de voleibol, de una solitaria silla de playa. Después de cada toma me detenía para revisar la imagen, pero no había nada fuera de lugar, ninguna mujer anciana flotando en el borde.

El sol se alzó más alto en el cielo; la luz se hizo más fuerte. Guardé mi cámara. Los niños en los trajes de baño rojos comenzaron a aparecer, solos y en grupos. Un chico alto y rubio, belleza de Hollywood con un cuerpo de deportista, pasó a mi lado y sonrió. —Hey, Delilah. —Cargaba una tabla de surf bajo su brazo y llevaba un silbato alrededor de su cuello. Parecía como si fuera en camino hacia una sesión fotográfica de Hollister¹⁴.

—Hola, Nate —dijo ella casualmente. Cuando estaba fuera del perímetro de escucha, ella susurró—, no puedes quejarte del escenario en la playa.

Cuando volvimos al arenoso estacionamiento, todos los puestos estaban llenos de mini camionetas y SUVs. El sol estaba alto en el cielo, el aire se volvía más caliente a cada minuto. La piel pálida de Delilah estaba sonrojada.

—¡Eh, Dee! —Leonardo y Duncan estaban sentados en un banco verde, las patinetas a sus pies, ambos comiendo. Los pantalones de Leonardo hoy eran rojos. Su camisa era de un azul brillante. Su cabello era aún el natural loco naranja. Aún así, se veía mejor que mi cabello. Deseé haberme puesto un sombrero. Deseé tener un sombrero.

—Hey, chicos —Delilah se dirigió hacia ellos—. Leo, ¿conseguiste algo de comida para mí?

Cruzando el estacionamiento, una línea serpenteaba desde la ventana de una tienda de comida. El olor de comida frita torturó mi hambrienta nariz.

Una hamburguesa de queso estaba firmemente adherida en su mano, Leonardo llevaba un contenedor de espuma de polietileno lleno de papas fritas—. No agarres mucho.

Delilah tomó un montón y se alejó bastante. —¡Hey! —dijo Leonardo.

Ella se rió. —Tengo que compartir con Madison. —Me miró—. ¿Quieres algo?

¹⁴ **Hollister:** Marca de ropa estilo "Vida Americana" de la compañía Abercrombie & Fitch.



No estaba segura de qué hacer. Era algo grosero comer de la comida de Leo; apenas lo conocía. Pero no tenía nada más que el café de vainilla en mi estómago, y estaba hambrienta. Además, me gustaba que Delilah me tratara como a una amiga. No me podía imaginar andar con ella en la vida real, pero era perfecta para una compañía artística de verano.

Acepté una patata de su mano extendida, tratando de no pensar en cuán reciente había estado en un cubo de basura.

—Puedes tomar algunas de las mías —dijo Duncan, extendiendo su desbordante contenedor de espuma de polietileno. Estaba usando unos largos shorts color caqui y una camiseta de mangas recortada, revelando sus gruesos y musculosos brazos.

—No, gracias —Conocía a Duncan menos de lo que conocía a Leo.

—Toma una patata —Se inclinó hacia delante. Sus pendientes dorados brillaron a la luz del sol—, vamos, chica gótica, sabes que quieres una.

“¿Chica Gótica?” Lo miré, con la boca abierta. De acuerdo, seguro que con el cabello, la camisa, y shorts estaba sobre el límite de negro, pero no había cruzado la línea hacia lo gótico. Y Duncan, con su salvaje cabello aclarado en las puntas, no debería decirme nada.

Una familia pasó, llevando suficientes juguetes de playa para cincuenta niños.

—¿Qué tal si te llamo C.G¹⁵? —dijo Duncan—. Por cierto, el cabello negro está funcionando totalmente para ti.

Ante mi expresión estupefacta rompió a reír. Su risa era contagiosa, casi como una serie de hipo.

Comencé a reírme y no pude detenerme. Era la primera vez que me reía casi en una semana, y saqué todo en ella: mi miedo, mi ansiedad, y un momento de calma y tranquilidad. Delilah y Leonardo se nos unieron, y me reí aún más fuerte, con lágrimas formándose en mi rostro.

Finalmente me recompuse y me senté en el banco al lado de Duncan, olvidándome completamente de mis olorosas ropas. —Muévete —se deslizó

¹⁵ C.G: Iniciales de Chica Gótica



más cerca de Leo. Miré su comida—. Al diablo con las papas —dije, poniendo mi cabello tras mis orejas—. Quiero de tu hamburguesa.

Tomé la hamburguesa con ambas manos y tomé desvergonzadamente un enorme mordisco. Estaba sólo de la manera en que me gustaba, con lechuga y queso, cebollas fritas, y salsa rusa. Era posiblemente la mejor hamburguesa que había comido alguna vez, aunque eso fue quizás porque estaba muy hambrienta. O quizás era la situación: cuando el sol brillaba, Sandyland no apestaba del todo.

Aún masticando, traté de devolverle la hamburguesa a Duncan, pero dijo, —Nah, come más —mi segundo mordisco fue ligeramente menos ávido que el primero, con la sed molestándome a un nivel normal.

—Viví una vez en una ciudad llamada Madison —dijo Duncan después de que finalmente insistiera en que tomara el resto de su hamburguesa (tratando con dificultad de no mirar con nostalgia la otra mitad)—. ¿Ese es tu nombre real?

Era una pregunta medio extraña. —Bueno, sí —dije, lamiendo mis labios—. ¿Duncan no es tu nombre real?

—Nope —tomó un pequeño mordisco de su hamburguesa y me la tendió—. Termínala.

Revisé su expresión para asegurarme de que hablaba en serio acerca de lo de la hamburguesa, y luego la alcancé lentamente, como si quisiera tomarla de vuelta. —¿De verdad no la quieres? —Claro que quería la hamburguesa. ¿Por qué si no la habría ordenado?

—Me comeré las patatas.

Mi hambre era tan intensa que engullí la hamburguesa rápidamente, antes de que tuviera la oportunidad de sentirme culpable.

—Así que, ¿cuál es tu verdadero nombre, entonces? —Pregunté, usando el dorso de mi mano para limpiar la grasa de mi boca de una manera nada elegante.

—Te diría —sostuvo mi mirada, con sus verdes, verdes ojos—. Pero luego tendría que matarte.



Una sonrisa se formó en mi rostro. —Eso sería un desperdicio de una hamburguesa perfectamente buena.

Me sonrió, y sus ojos brillaron.

—¿Entonces tu segundo nombre es Duncan? —Pregunté, repentinamente curiosa. Página | 65

—Nope. Yo me nombré a mí mismo.

—¿A partir del personaje de Macbeth? —Levantó sus cejas—. Los donuts —Donuts. Mmm.

Dijo, —acostumbrado, elegía un nombre nuevo cada vez que me mudaba. Pero luego se volvió confuso. Ahora, me he quedado con Duncan por un tiempo —tomó una bolsita de salsa de tomate de su contenedor y la exprimió en su boca.

—¿Cuántas veces te has mudado?

Miró hacia arriba, pensando. —¿Veinticuatro veces? Quizás veintitrés.

¿Veintitrés mudanzas? Me estremecí. —Wow. Yo sólo me he mudado una sola vez, y fue dentro de la misma ciudad.

Una gaviota gris se precipitó a nuestro alrededor dando vueltas antes de volver a tierra cerca de nuestros pies. Duncan lanzó una fritura, ella se abalanzó sobre ésta.

Él dijo, —estoy en mi onceavo colegio, lo sé. Ha habido más, pero mi padre me dio clases en casa por un par de años —Cuando dijo “clases en casa”, levantó sus dedos en forma de entre comillas.

—Pero ya no se va a mudar más —dijo Delilah—. Nos lo vamos a quedar. Mi madre dijo que se puede quedar con nosotros, aún si su padre se va.

Duncan no contestó, sólo lanzó las últimas papas hacia el asfalto antes de cerrar el contenedor de polietileno. Gaviotas graznando se abalanzaron desde todos los ángulos a la batalla por las migajas.

—Podrías haberme dado esas migajas a mí —dijo Delilah.

—¿Y tu madre? —Le pregunté a Duncan.



—Se unió a una secta —dijo, como si estuviera hablando de una transferencia de trabajo. Se levantó del banco y se dirigió al cubo de basura más cercano.

—No tires eso —dijo Delilah, alcanzando el contenedor. Duncan se lo dio sin preguntar y tomó su lugar a mi lado en el banco. Quizás era sólo mi imaginación, pero parecía estar sentado más cerca de mí que antes.

—Una secta —dije, hambrienta por detalles pero tratando enormemente de esconder cualquier comentario como “eso es de locos” lejos de mi boca.

—Cuando tenía tres años, —dijo—. No fue culpa suya realmente. Sólo cayó dentro de este raro grupo, y ellos, como que, le lavaron el cerebro.

Leonardo, sin nada de comida, le ofreció su contenedor a Delilah. —Nah, ya tuve suficiente —dijo ella. Cuando caminó hacia el bote de basura, ella tomó su asiento en el banco. Como revancha, él se sentó sobre ella.

—¡Quita tu trasero de mí! —gritó ella, hasta que Duncan se apretó contra mí para hacer espacio para ella.

—Hey, Madison —Llamó Leo desde el lado final lejano del banco—. ¿Encontraste más fantasmas en tus fotos?

Duncan dijo, —¿más qué?

Mientras prendía mi cámara, Delilah le contó a Duncan acerca de la misteriosa mujer mayor en mi foto.

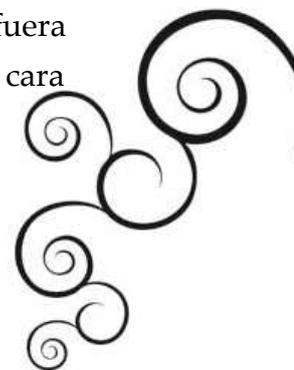
—Es bastante raro —dije, mientras buscaba entre mis tomas en la pantalla de muestra hasta que encontré a la vieja mujer en las rocas—. Estoy segura de que no estaba en la playa.

—Quizás se escabulló en tu cámara cuando no estabas mirando —dijo Duncan.

Revisé su expresión. Estaba bromeando, por supuesto. ¿Cierto?

—Puedo preguntarle a mi padre sobre ello, si quieres —dijo Duncan—. Quiero decir, podemos reunirnos en algún momento y preguntarle juntos —Leonardo ni siquiera trató de ocultar su risa.

Había planeado hablar con mis padres acerca del teléfono de nuestra casa fuera de línea, pero cuando mi padre entró a la habitación al final del día, con su cara



tan roja y sudorosa y su respiración tan laboriosa, estuve realmente asustada de que estuviera sufriendo un ataque al corazón.

—¿Estás bien? —Pregunté cuando tropezó y se derrumbó en la cama. No había visto a nadie tan inmundado en toda mi vida.

Página | 67

No respondió a mi pregunta, sólo me miró con sus ojos cansados. —¿Agua?

Le traje un gran vaso lleno de hielo hasta arriba. Tembló cuando se lo di, y lo sostuvo con la palma de la mano llena de ampollas. Tomó un largo, desesperado sorbo antes de limpiar su boca y decirme: —Trabajaré duro, y volveremos a levantarnos.

Se acabó el resto de agua y puso el vaso en la mesita de noche.



Capítulo 10

Página | 68

Traducido por Selune

Corregido por kuami

Sábado por la mañana, pasé por lo menos una hora fotografiando kayaks (Delilah tenía razón: se veía cool), y luego llegué a la tienda de compras de segunda mano diez minutos antes. Delilah ya estaba allí, esperando en el estacionamiento, junto con lo que parecía ser la mitad de Sandyland. Parecía como una multitud en el centro comercial el día después de Acción de Gracias, sólo que sin el patio de comidas, el quiosco de perforación de las orejas, y la ropa bonita que nunca había sido usada.

—Sacá tus codos listos, —dijo Delilah, de pie al borde de la multitud.

—¿Eh?

—Se vuelven viciosos allí. —Ella entrecerró los ojos a los otros compradores. Había de todas las edades: madres con niños pequeños, abuelos, adolescentes (sobre todo chicas, pero no del todo). Uno de los adolescentes era una chica con el pelo a rayas similares a Delilah, aunque las rayas de la otra chica eran sólo blancas. Se veía como una especie de cebra.

Hoy Delilah llevaba un mono de mezclilla sobre una camiseta sin mangas. Ahora que sabía acerca de la tienda de segunda mano, no podía ver nada de lo que llevaba sin preguntarme quien lo había tenido antes. Yo realmente no quería estar aquí.

Pero no tenía otra opción. No podía esperar a cambiar mi ropa de color negro mohoso.

Al menos esta tienda de segunda mano, a una cuadra de Main Street y al lado de una bonita iglesia blanca, era mucho más agradable que el bloque, sórdido casa del Ejército de Salvación en la fortaleza.



Enormes y, frondosos árboles daban sombra al pequeño edificio blanco con persianas verdes. No pienses “ropa usada”, me ordené. Piensa en “vintage”. No pienses “los pobres”. Piensa en “cazadores de tesoros”.

—Es necesario averiguar tu estrategia, —me dijo Delilah, entrelazando los dedos y estirando los brazos. Ella tenía sus anillos de plata, además de una pulsera hecha de clips. Se había pintado las uñas, alternándolas de rojo y negro.

—Decidir qué sección deseas atacar primero, —aconsejó.

—Yo estaba pensando en la ropa, —le dije, con el sabor del café amargo de mi madre persistiendo en mi boca.

—Sí, ¿pero qué ropa? —Sus ojos claros se ampliaron—. El pasillo de las camisetas tiene la mayor parte del tráfico, por lo que podrías querer ir a ese primero, antes de que todo lo bueno se haya ido. Entonces, si no queda nada que vale la pena, puedes pasar a los pantalones vaqueros, pantalones cortos, zapatos... Lo que sea.

—¡Pero necesito todo! —Solté, olvidando por un momento que yo era demasiado buena para la ropa usada.

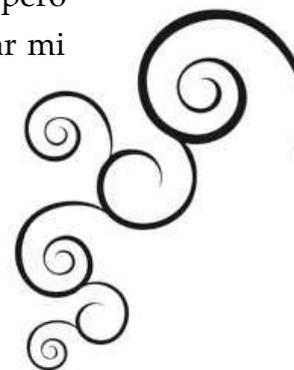
—Agarras algunas camisetas y luego dirígete a los pantalones cortos, —me aconsejó—. Vas a estar bien.

—¡Buenos días, Delilah! —Una mujer alta, y robusta estaba sobre nosotros, bloqueando el sol de la mañana. Los pasadores le retenían cabello castaño y entrecanoso. Su vestido era de color verde con enormes flores de color rosa. Parecía un sofá caminando. —Hola, señora Voorhees.

—¿Está tu madre aquí? —La señora Voorhees miró a su alrededor—. Tenía la esperanza de hacer una visita. —Su voz era aguda e infantil, como si no hubiese salido de su cuerpo, en absoluto.

—No ha venido esta mañana. Pero debe estar en la tienda esta tarde si quieres pasar por allí.

—Rose me ha estado guiando hacia una experiencia de transformación, —la señora Voorhees, nos dijo—. Y he estado meditando sola todos los días, pero siento que he alcanzado una meseta. Necesito que Rose me ayude a liberar mi energía interior.



—Ella es buena en eso, —dijo Delilah, su rostro neutral.

Para evitar la aparición de grietas, aparté la mirada y me concentré en mi respiración.

La voz de la señora Voorhees se volvió triste. —Además, yo quería decirle a tu madre que Francine Lunardi murió ayer por la mañana. —Se inclinó hacia mí, forzando el contacto visual—. Francine es la que me presentó a Rose.

Asentí con la cabeza.

La señora Voorhees miró a lo lejos. —Francine nunca hubiera durado tanto tiempo, pero la semana pasada por fin arregló las cosas con su hija. Eso le dio la paz interior que necesitaba para irse.

Asentí con la cabeza como si eso tuviera sentido, con cara afectada por cortesía.

Cuando la puerta de la tienda de segunda mano de enfrente se abrió, Delilah me agarró del brazo y me llevó detrás de ella. La tienda era más grande de lo que había aparecido desde el exterior, pero no por mucho. Camisetas, vestidos y pantalones estaban hacinados en bastidores, vajilla y cristalería atascada en los estantes. El polvo bailaba bajo los rayos del sol que entraba a raudales a través de las ventanas.

Delilah no había estado bromeando sobre los codazos. Las camisetas a dos dólares convirtieron a las mujeres de Sandyland en animales. La chica con el pelo cebra alcanzó una camiseta negra en el mismo momento que yo, pero, acelerada por la competencia, la agarré con fuerza. Nos miramos a los ojos. Ella dijo; —Qué. Alguna vez..., y soltó la camisa. Ella se trasladó a la parrilla al lado, con el olor de los cigarrillos persistente detrás de ella.

Probarme la ropa estaba fuera de cuestión, sólo tenía que esperar lo mejor. Pensé que lo estaba haciendo bastante bien, enganché la camiseta negra, pero Delilah anotó tantas cosas que tenía que esconderlas detrás del mostrador para que nadie las cogiera.

—Deja algo para el resto de nosotros, —se quejó la chica con el pelo cebra detrás de un estante de pantalones vaqueros.

—Relájate, Jessamine, —dijo Delilah.



En el momento en que terminamos, yo tenía tres camisetas (una negra, una blanca y otra color púrpura oscuro con un diseño circular negro) y dos pares de pantalones vaqueros, uno negro y otro azul.

¿Y Delilah? Había gastado casi cincuenta dólares sin saber, exactamente, qué había comprado. —El verano es el mejor momento para la tienda de segunda mano, —me dijo mientras avanzábamos hacia la calle principal—. Cuando la gente llega al verano, pasan de su ropa y deciden que todo tiene que ser reemplazado.

Foto Psychic estaba cerrado, un cartel en la ventana prometiendo abrir a las once en punto. Delilah me llevó a un callejón, sacó una llave del bolsillo de su mono de trabajo y agitó el mando de otra puerta morada hasta que ésta dio un crujido. La puerta daba a un pequeño vestíbulo. Había una puerta cerrada al frente y una escalera empinada a la derecha.

—Estoy en casa, —gritó Delilah por las escaleras, encogiéndose de hombros cuando nadie respondió. Puso otra llave en la puerta frente a nosotros.

—¿Vives aquí? —Le pregunté.

—Arriba, —dijo. Con una sonrisa añadió; —Aunque la energía allí no es tan poderosa como lo es abajo.

La Sala de Lectura de Rose (frase de Delilah, no mía) era un poco decepcionante: ninguna bola de cristal o lámparas cubiertas con pañuelos vaporosos, sólo un par de cómodos asientos verdes desgastados uno frente al otro, una mesa de café rayada en el medio. A lo largo de una pared, al lado de un mini refrigerador destartalado y un pequeño fregadero, una mesa plegable tenía una cafetera y un montón desordenado de platos de papel y servilletas.

Un ordenador viejo se sentaba en una mesa vieja a lo largo de otro muro, una voluminosa máquina fotográfica en arreglo hacinada en la esquina. Por todas partes que miré había cajas de cartón, muchas de ellas vacías. Un maniquí de modista sin cabeza fue la única cosa fuera de lugar, pero pensé que tenía algo que ver con el arte de Delilah.

Delilah vació sus bolsas de basura negra sobre la industrial alfombra gris.

—Tengo un par de pantalones cortos igual que esos, —le dije, viendo una manta familiar. Me sentí más cerca de Delilah, de repente, pensando que



teníamos la misma cosa. Pero entonces recordé: mis pantalones cortos a cuadros Billabong eran de octavo grado. Los dejé en la bandeja de la caridad.

Me corregí; —Bueno, tenía unos pantalones cortos como esos, pero de todos modos los regalé.

Cuando Delilah ordenó la ropa que había adquirido, una camiseta que me llamó la atención: de color rojo con un alce. —Oye. Tuve una camiseta como esa, también. Era mi favorita. —Y entonces (un poco tarde, lo admito) me di cuenta—. ¡Esas son mis ropas!

—¿Eh? —Delilah levantó la vista del suelo.

Cogí la camiseta de Abercrombie y comprobé la etiqueta. —Tiré un montón de cosas en un cubo de la caridad hace unos días. Deben haber ido a la tienda de segunda mano. Esta era mi camiseta, ¡es tan gracioso que lo hayas comprado! Y estos pantalones cortos eran míos, también: Billabong, ¿ves? ¿Algo más? —Manosee a través de las pilas hasta que cogí una camisola blanca Hollister que nunca me había entrado del todo bien.

—¿Estas eran tus ropas, y las tiraste? —Delilah preguntó, asombrada.

—Ellas no me estaban bien, —le dije. Miré a Delilah, que era por lo menos cuatro pulgadas más alta que yo. Y entonces le di la mala noticia—. Van a ser demasiado pequeñas para ti.

Ella se rió de mi confusión. —¡No me las voy a poner!

Antes de que tuviera la oportunidad de preguntar para que, además de vestir, la ropa era buena, la puerta trasera se abrió balanceándose. Leonardo y Duncan irrumpieron en la habitación, con los brazos cargados de... ¿Cuál es la palabra que estoy buscando? Oh, sí: basura.

—Hemos encontrado oro en el actual patio de ventas, —anunció Leonardo con el sonido del tintineo de cerámica—. ¡Tazas NHL¹⁶! ¡De los años ochenta!

—¡Hola G.G.! —Duncan dijo cuando me vio.

—¿La década de los ochenta? ¡Dámelas! —Delilah chirrió, corriendo a ver a las tazas. —¿Cuántas?

¹⁶ Tazas NHL: Liga Nacional de Hokey



—Yo no soy gótica, —informé a Duncan—. Estoy pasando un mes malo con el pelo.

—No hay nada malo con lo gótico —dijo—. Oh, Delilah, tu madre dice que te diga que está en mi casa.

—¿Dónde está tu padre?

—Fuera en la embarcación. Él salió, como, a las cuatro de la mañana. Tu madre nos hizo a Leo y a mi panqueque.

—Ella nunca me hace panqueques, —Delilah se quejó.

—Eso es porque eres muy habilidosa, —dijo Leonardo.

—No estuvieron muy buenos, —aseguró Duncan a Delilah—. Algo parecido a goma.

Leo puso las tazas sobre la mesa plegable junto a la cafetera.

—Creo que hay... —contó—. Once. Pero espera. —Cogió una bolsa de plástico—. Ellos tenían algunos vidrios de tiro, también. Gigantes de Nueva York, Miami Dolphins... y... Raiders.

—¡Siiii! —Delilah dijo.

Leo miró a Duncan. —¿Dónde están los Raiders de San Francisco?

—Oakland, —dijo Duncan. Y a mí; —Leo se crió sin padre. Es por eso que cambia los deportes. —Duncan me sonrió. Le devolví la sonrisa. Siguió sonriendo. Pensé: No es mi tipo, y me obligué a mirar a otro lado.

—Y por eso lleva los pantalones de color rosa, —dijo Delilah.

—Son de color naranja, —dijo Leo, acariciando su pierna. Su camiseta era tonalidades del arco iris teñido.

Me acerqué lentamente hacia las horribles tazas, tratando de mantener mi cara neutral.

—Conseguí cartas de Pokémon, —dijo Duncan, alcanzando en el bolsillo de sus pantalones cargados.



Definitivamente no es mi tipo. Uno pensaría que alguien edad suficiente para tener ganancias sería demasiado viejo para jugar a Pokémon. —¿Son raras? —Delilah le preguntó.

Duncan se encogió de hombros y dijo algo que sonó como —Yo—uh—no.

—No tiene sentido a menos que sean poco comunes, —dijo Delilah.

Oh, muy bien. Yo que pensaba que había encontrado una amiga fría, el verano lleno de arte, y era una experta en Pokémon. De pronto extrañé a Lexie tanto que me dolía el estómago. Para empeorar las cosas, la habitación olía raro. Oh, espera: que era yo.

—¿Hay un cuarto de baño que pueda usar? —Le pregunté—. ¿Así puedo cambiar mi ropa? —Todavía odiaba la idea de la ropa usada, pero tenía que salir de esto que olía mal. Y además, era sólo por unos días, hasta que mi padre consiguiese la maleta de casa.

—Está arriba, —dijo Delilah, cuando Duncan dijo; —¡Yo te lo mostraré!

Se mueve como un gato, pensé, siguiéndolo. No del todo un gato adulto, más como un casi gatito; flexible y elegante al mismo tiempo. En la parte superior de la escalera, metió la mano en un bolsillo delantero, y sus omóplatos hicieron ángulos agudos en su camiseta negra. Tuve un repentino deseo de tomarle una foto, pero no quería que tuviera una idea equivocada.

Giró la cabeza para sonreírme. Uno de sus dientes delanteros tenía una pequeña astilla. Yo me partí una parte de un diente cuando tenía ocho años, y mi dentista lo había reparado al día siguiente. Pero me gustaba su diente astillado. Iba con su pelo salvaje de color castaño, con las puntas blancas. Iba con los pequeños aros de oro en sus orejas.

No era por tanto mi tipo.

—¿Conseguiste cosas buenas en la tienda de segunda mano? —Sacó una llave del bolsillo y la metió en la cerradura.

Me encogí de hombros. —Nada estupendo. Pero creo que voy a tener que usarlos. Mi padre se equivocó con las bolsas de mi ropa, y la que trajo no me cabe. Y como, no hay ningún centro ni nada por aquí.

Él abrió la puerta.



—Probablemente tire estas después de obtener mi ropa de verdad, —le dije.

Él arqueó las cejas. —¿Esas no son ropa de verdad?

Lo primero que vi cuando entramos en el apartamento de Leo y Delilah era una bola de espejos de discoteca colgando de una cadena a la derecha de la puerta principal.

Mientras caminaba bajo, Duncan se levantó y le dio unos golpes como si fuera una pelota de baloncesto. Se giró bruscamente de un lado a otro, los espejitos de fundición de joyas de la luz alrededor de las paredes.

—Santo Dios, —dije yo, mirando hacia arriba.

—Leo la compró, —dijo Duncan.

—Me lo imaginé.

Sonrió al techo. —Sólo tres dólares.

—Una ganga.

—Leo da fiestas de bailes aquí. —Duncan puso las manos en los bolsillos delante y miró al suelo—. Tal vez puedas venir en algún momento.

—Claro. —Y tal vez yo pueda pegarme pinchos de barbacoa en mis ojos. Tuve una visión repentina de niños bebiendo jugo de manzana en tazas NFL mientras comerciaban tarjetas Pokémon—. Pero la cosa es que no creo que vaya a estar en la ciudad por mucho tiempo.

Él parpadeó ante mí. —Rose dijo que te estabas mudando aquí.

—¿Qué? —Negué con la cabeza—. He dicho que voy a estar aquí por un tiempo, algunas semanas más, tal vez. Pero luego me voy a casa. Empiezo la escuela a principios de septiembre.

—Oh, —dijo—. Eso es muy malo. —Parecía muy decepcionado—. ¿Pero esta noche? ¿Si no estás haciendo nada? Un grupo de niños van a tener una hoguera en la playa. Leo y Delilah y yo vamos a ir.

—Voy a tener que consultar con mis padres, —dije, agradecida de ser capaz de utilizarles como excusa—. Um, ¿dónde está el baño?



—¡Oh! Claro es aquí. —Me llevó a través de la pequeña habitación, más allá de un futón desplegado para crear una cama (baja), un viejo televisor en un soporte de melanina, y una estantería abarrotada. Había una cocina un poco menos inadecuada que la del Hogar dulce Hogar. Una pequeña mesa y sillas, pintadas de azul brillante, se sentaban debajo de una ventana de altura pintada — ¿qué más? — Púrpura.

Fuera la sala principal era un dormitorio, o debería decir, casi dos habitaciones: una cortina corría a lo largo del centro de la habitación.

A cada lado había una cama individual, la diferencia, una cubierta con una colcha de color naranja arrugada, la más próxima con un negro de gran nitidez. Las paredes en el extremo, en el lado de la cama naranja, de color amarillo, en el lado negro de la cama eran blancas y cubierta con colorido arte.

Ese lado me recordó, de una manera extraña, a mi cuarto trastero de casa, que yo había decorado como una especie de mini galería de fotografía.

—El cuarto de al lado de Delilah, —dijo Duncan, que apunta a otra pequeña puerta en la pared blanca.

—¿Pero qué sucede cuando ella está aquí y alguien tiene que usar el baño?

Se encogió de hombros como si fuera obvio. —Pues pasa por su habitación.

—Pero ¿qué pasa con su intimidad? —Le pregunté. Sacudiendo la cabeza, confundida.

Di un paso al cuarto de baño. —Nos encontraremos abajo.

—¿Quieres que te espere? —Parecía impaciente. Demasiado ansiosos.

—No, gracias. Puedo manejarlo.

Los pantalones vaqueros azules eran demasiado cortos, mientras que los jeans negros eran demasiado holgados, que ni siquiera se aguantaban. La camiseta blanca tenía un desgarró en la costura, y la camiseta negra estaba suelta sobre los hombros. Debería haber dejado a la niña de cebra cogerlos.

FORO PURPLE ROSE



Ojalá hubiese atacado la mercancía como Delilah, tomando todo en mi camino, averiguando lo que valía más tarde. Las lágrimas hacían escocer mis ojos. Me tragué un trozo de la ira. *¿Cómo podían hacerme esto mis padres?*

Me puse los pantalones vaqueros azules demasiado cortos y la camiseta púrpura y volví a meter todo lo demás en mi bolsa de plástico. En la sala de estar, las chispas de la luz de la bola de discoteca me detuvieron. La luz de la pared salpicaba de color amarillo pálido y bailaba sobre las sábanas blancas del futón. Saqué mi cámara y tomé algunas fotos: primeros planos de la pelota, pequeños cuadrados de luz en la mesa de color azul brillante. Tomé una imagen de la ventana, porque nunca había visto una pintura púrpura, el umbral de un verde brillante.

Cuando bajé las escaleras, ellos habían despejado un lugar en la sala y sujetaron con tachuelas una hoja de color azul pálido a la pared como si fuera un lienzo. Otra hoja azul yacía en el suelo debajo de ella. Delilah jugueteaba con el maniquí de la modista, ajustando un vestido blanco con volantes que no podía imaginar su uso. Una cámara digital estaba en un trípode frente al maniquí. *¿Toda esta chatarra estaba a punto, para arte de Delilah?*

Cuando me vio, Duncan apareció desde el sofá. —Te ves bien.

—Los pantalones son demasiado cortos, —dije. Nunca he sido buena tomando elogios, incluso cuando me los merecía. Y no estaba acostumbrada a los elogios de un chico. Pero sobre todo, me sentí estúpida en los pantalones, que terminaban justo por encima de los tobillos.

Delilah levantó la vista enderezando el vestido. —Vas a hacer unos buenos cortes. Hay unas tijeras en la mesa de allí.

De repente, me sentí mejor. Ella tenía toda la razón. Los necesitaba más cortos que los pantalones vaqueros de todos modos. Si no hubiera estado lamentándome, habría pensado por mí misma cortarlos.

—Los de color negro son demasiado anchos, —le dije, recuperando de las tijeras—. Y la camiseta negra no me entra, tampoco.

—Así que vamos a venderlos, —dijo Delilah con un encogimiento de hombros. Fue detrás del trípode y se asomó a la lente de la cámara. Cuando abrió el obturador, un flash reflejó en la habitación. Revisó la captura y luego se acercó a la tira del maniquí.



—¿Vamos a qué? —Dije.

—Venderlas. —Tiró del vestido del maniquí, lo dobló cuidadosamente y lo puso sobre una pila de ropa. Luego tomó una camiseta roja, mi camiseta, y la extendió sobre la hoja azul del suelo—. ¿Tenemos alguna Abercrombie¹⁷ más en el mismo tamaño? —preguntó a Leo.

—Voy a comprobar. —Rebuscó a través de una caja de cartón hasta que encontró una bonita camiseta amarilla.

Delilah puso la camisa amarilla al lado de la mía roja, desenroscó la cámara del trípode y tomó una foto.

—Estoy confundida, —admití.

—Vendemos este material en eBay, —Duncan me dijo, sonriendo. (¿Sonríe así a todo el mundo?)

—Las marcas producen los precios más altos, —dijo Delilah, doblando las camisas Abercrombie y agregándolas a la pila—. Las personas son como ovejas.

—Delilah va a la tienda de segunda mano, —dijo Duncan—. Leo y yo hacemos las ventas.

—¿Así que realmente no coleccionas cartas de Pokémon? —Le pregunté. Se echó a reír—. ¿Era eso lo que pensabas?

Rodé mis ojos. —Por supuesto que no.

—Es un loco de las bolas de nieve, sin embargo, —dijo Leo.

—Cállate, —dijo Duncan, poniéndose rojo—. Por lo menos es mejor que la música disco de mierda que tú compras.

Cuando Delilah terminó de fotografiar la ropa, se trasladó a las tazas, vasos de chupito, y las tarjetas de Pokémon. Mientras tanto, me fui al piso de arriba y de vuelta a mi —nuevos— pantalones vaqueros en —nuevos— shorts. Entonces Delilah descargó sus capturas en el equipo en la parte delantera de la tienda. Ella frunció el ceño concentrada en la pantalla, eligiendo las palabras correctas para los anuncios.

¹⁷ **Abercrombie:** Es ropa de la marca, original.



A las once, Leo abrió la puerta principal. —Así, Dee, Duncan y yo estábamos pensando en el patinaje en la playa. —Colocó un pie con deportivas en la acera.

—Duncan y yo, —la cabeza de Delilah se levantó—. Es tu día para vigilar la tienda.

Se lamió los labios. —Sí, pero estás ocupada con el equipo en este momento, además esta es una oportunidad muy buena para trabajar en tu arte...

Ella frunció el ceño.

—No puedo ir a la playa, de todos modos, —dijo Duncan—. Mi padre me está esperando en el barco ahora. Le dije que iría a su encuentro en el muelle para limpiar los peces. —Él me miró—. ¿Quieres venir conmigo? ¿Para preguntarle acerca de esa fotografía tan raro?

—Claro. —No es como si tuviera otros planes.

—¿Puedo verla de nuevo? —Duncan preguntó.

Tuve la sensación de que estaba usando eso como una excusa para estar cerca de mí. Por alguna razón estaba bien.

Recogí la cámara, la saqué de su estuche y la encendí. La imagen de la bola de discoteca de Leo apareció. —Pensé que podría ser una buena imagen, —murmuré, apresurándome a pasar la siguiente toma, la de la mesa de la cocina azul salpicado de luz. Tenía la esperanza de que no pudieran pensar que era extraño, que tomara fotografías de su apartamento.

Y entonces llegué a la foto de la ventana: el morado del ajuste, el umbral de verde, los cristales sucios. Grité.

Delilah apartándose de su equipo y corrió hacia mí. Empujé la cámara hacia ella como si fuera algo espantoso y vivo.

La foto se suponía que era una captura de naturaleza muerta: sólo los objetos, inanimados nada más. Pero mirando a través de los cristales, mirándome a mí, había un hombre.

La cara pálida de Delilah se puso aún más pálida. —Esa es nuestra ventana.

—Me gustó el color —grazné, con la vergüenza echando a un lado mi terror.



—No hay techo o cornisa fuera de esa ventana, —susurró—. No hay nada para estar de pie.

—No había nadie allí, —le dije.

El hombre tenía el pelo de color arena. Sus ojos estaban muy abiertos con una agradable sorpresa, sus manos apretadas contra el cristal. Era mucho más joven que la vieja en la playa, más cerca de la edad de Rose que mis padres.

—Dame la tarjeta de memoria, —dijo Delilah, apuntando a la cámara—. Vamos a ver cómo se ve en la pantalla grande. Tal vez es sólo una sombra o algo así.

Abrí la tarjeta de mi cámara, y la metió en la impresora de fotos. Ni siquiera me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que Delilah empujó un par de botones y la foto se alzó en la pantalla. El rostro del hombre era inconfundible, con una expresión extrañamente dulce, como si estuviera mirando a un gato saltando detrás de una pelota, no mirando a través de una ventana del segundo piso.

Leo dejó furtivamente la puerta principal y consiguió tener una mirada más cercana. —Mamá siempre decía que en este lugar había buena energía, pero ella nunca dijo que estaba encantada.

—Mamá no puede saber si está encantada, —dijo Delilah, la irritación tiñendo el miedo en su voz—. Además, ¿este tipo no te parece vagamente familiar?

Leo volvió a mirar la pantalla. —No.

—Lo parece, —dije, temblando. ¿Cómo podría ser eso? Sólo llevaba aquí una semana.

—¿Y no puedo saber qué es lo que está embrujada? —Rosa preguntó, entrando por la puerta principal. Hoy llevaba una minifalda vaquera con lentejuelas y la parte superior la misma camiseta sin mangas que le había visto la última vez. Su cabello castaño colgaba suelto sobre los hombros.

Delilah señaló en la pantalla de la impresora de fotos. —Madison tomó esta foto de hace un rato. Ella jura que no había nadie en la ventana.

Yo esperaba que Rose soltaría cosas de fantasmas y de la energía y la transformación. En cambio, ella entornó los ojos en la pantalla y dijo: —¿Estás segura?



Asentí con la cabeza.

Se mordió el labio. —Porque a veces la luz llega a la ventana de una manera divertida, y no se puede ver lo que está en el otro lado.

—No había nadie allí, —le dije.

—No hay nada poder para estar de pie, —dijo Delilah. Rose se alejó de la impresora.

—Tal vez había una escalera. El edificio de al lado es un hostel. Tal vez era un técnico.

—Él no estaba allí cuando tomé la foto, —insistí.

—Leo piensa que es un fantasma, —dijo Duncan.

—No hay tal cosa como fantasmas, —dijo Delilah—. Además, sigo sintiendo como si hubiera visto a este tipo antes. ¿Lo reconoces, mamá?

—No, —Rose miró a la pantalla—. Pero no es un fantasma.

—¿Cómo lo sabes? —Duncan le preguntó—. Eso no es lo que parecen los fantasmas.

De repente el cuarto se sintió muy, muy frío. Me abracé para evitar temblar.

Kimberley Cove, frente a la playa de Sandyland al otro lado del saliente rocoso, fue menor de lo que esperaba, ya que Duncan me había dicho que era el lugar donde todos los barcos de pesca amarraban. Era sólo una entrada protegida con unos treinta amarres, aproximadamente en la mitad de los cuales había barcos adjuntos. El embarcadero que Duncan había mencionado era tan pequeño y desgastado que la mayoría de la gente diría que era un muelle. También había falta de higiene, una pequeña choza cubierta de conchas de almejas y un edificio aún más pequeño con un letrero que decía Capitanía de Puerto. Sin embargo, era un lugar bonito. El agua azul, más tranquila que el océano abierto, brillaba con lentejuelas de luz. Alguna mañana, me gustaría volver con mi cámara.

—Ese es mi padre. —Duncan saludó, y una figura vestida con un polo de color azul brillante que le devolvió el saludo. Parecía demasiado pijo para ser Larry,



pero a medida que se acercaba, reconocí la sonrisa y los ojos de cachorro, a barba y la cruz colgando de una oreja. La camiseta era más que un uniforme.

Larry estaba en el flotador en el extremo del muelle ayudando a los hombres bronceados por el sol en camiseta a descargar su equipo de un inestable barco blanco.

Dentro del bote había otro hombre, alto, de pelo color acero, con un juego de polo de color azul brillante. La embarcación, llamada Peggy, tenía seis asientos en la cubierta posterior y un puente elevado con un volante. El puente era tan alto, sentí náuseas con sólo mirarlo.

—El barco de tu padre es menor de lo que esperaba, —dije (liso como siempre).

—No es un barco de pesca comercial, es de alquiler. Los turistas pagan para salir. Y no es el barco de mi padre, el capitán es este tipo llamado Ray Clarke...

—¿Alguna vez has ido en el puente? —Pregunté, mirando hacia arriba.

—Oh, sí, es impresionante La mejor manera de detectar a los peces... —Levantó un brazo y señaló con la punta de los dedos, indicando el puente—. ¿Y cuando golpeas una ola? —Movié el brazo, los dedos picada alrededor como un pájaro loco—. Es como estar en una montaña rusa o algo así, pero mejor porque no estás atado. Apurando total de cabeza.

Abajo en el flotador, Duncan se puso a trabajar en la limpieza del pescado. —Si quieres, podemos ir a la playa cuando termine, —dijo.

—Gracias. —Traté de no mirar las tripas de pescado—. Pero tengo que pasar por el servicio de internet para revisar mi correo electrónico y, a continuación le dije a mis padres que yo haría algo con ellos esta tarde.

Bueno, eso fue una excusa poco convincente, aunque mis padres no estaban en el trabajo. Pero por ahora, al menos, sólo quería estar con Duncan en un ambiente de grupo, ya sabes, con mis muy temporales amigos de verano.

Cuando Larry había terminado de descargar todas las artes de los turistas, saqué mi cámara.

—¿He estado trabajando bien para ti? —preguntó.

—Sí —dije—. Es sólo que... ¿Duncan le dijo acerca de la anciana que apareció en una captura?



—Sí, —dijo— misterioso.

—Bueno, hay esta otra foto que tomé hoy, en... el apartamento. —(¿Qué se supone que debo llamarlo? ¿Casa de Delilah? ¿De Rose?)

Cuando vio la imagen de la ventana, respiró fuerte. —Le dije a Rose de mantener las persianas. He cambiado todas las cerraduras de la ventana, la mitad de ellas se rompieron, pero la mayoría de las veces sólo deja las ventanas abiertas. —Levantó la vista de la pantalla—. ¿Alguien llamó a la policía?

Negué con la cabeza. —La cosa es que el chico no estaba allí cuando tomé la foto. Leo piensa que es un fantasma. —(Eso era más fácil de decir que... creo que es un fantasma).

Larry me miró fijamente, sin expresión.

—¿Es posible hacer eso, con la cámara? ¿Tomar fotos de fantasmas?

Él siguió mirando. Me retorcía de vergüenza.

—Yo en realidad no creo en fantasmas —dije, tratando de cubrirme—. Sólo estoy tratando de averiguar lo que está pasando.

Su rostro se relajó.

—Hay un montón de cosas que no entiendo Y, sí, bueno, tal vez algunas personas en realidad, lo que sea, mucho más sensibles. Y tal vez pueden sentir las cosas que el resto de nosotros no podemos. Estoy trabajando muy duro en ocuparme de mantener—una—mente abierta, pero los fantasmas, lo está empujando. —Tuve la sensación de que había tenido esta conversación con Rose unas veinte veces.

—Estoy con usted, —le dije—. Totalmente. —Yo no quería creer en fantasmas. Los fantasmas me asustaban. Sal de la casa.

—Estoy buscando una explicación —continué—. Algo técnica, ¿sabe? La cosa es, estoy segura de que ese hombre no estaba allí. ¿Se puede obtener una doble exposición en una cámara digital?

—No

—¿Tal vez?



—No. Como te dije, la cámara captura la luz, acumula la energía, y luego se traduce en un número. Puedes con Photoshop una imagen en el equipo, pero no va a cambiar en la cámara.

—Estoy segura de que no estaba allí, —le dije.

—Tan pronto como salga de aquí, voy a comprobar los bloqueos, —dijo—. ¿Sabrías imprimir esto? —Negué con la cabeza—. Tal vez la próxima vez que estés en la tienda, entonces. Quiero tener una mejor visión de este tipo.



Capítulo 11

Página | 85

Traducido por Virtxu

Corregido por kuami

El Internet Café estaba lleno de gente. Tuve que pasar el rato con mi café con leche helado de vainilla durante casi una hora antes de que obtuviera un ordenador. Lo que sea. No es como si tuviera nada mejor que hacer. No quería ir a la playa sola, y sería realmente embarazoso si me encontraba con Duncan después de decir que tenía planes con mis padres. La fotografía estaba fuera porque pasarían horas antes de que el sol cayera lo suficiente para alguna imagen decente y, además, mi cámara estaba empezando a ponerme los pelos de punta.

—Así que voy a verte esta noche, —había dicho Duncan cuando lo dejé en el barco, con sus brazos en los intestinos de los peces—. En la hoguera.

—¿A qué hora? —Pregunté, todavía no muy segura de que quisiera ir... y no muy segura de que mis padres me dejaran.

—¿Las nueve? —dijo—. Podría ir a buscarte.

—¡No! —Mis padres darían un vistazo a Duncan, con su pelo loco, su ropa de chico del skate, y sus pendientes y... oh Dios—. Mi motel está un poco lejos. —Y esto no es una cita—. Me encontraré con todos en frente de la tienda.

Cuando un ordenador finalmente se quedó libre en el café, me lancé con mi taza de dulce y acuoso hielo, habiendo pasado mucho desde que me terminé el café. Fui a MySpace. Mi página de inicio apareció, mi imagen con el pelo castaño parecía como otra foto de un fantasma.

Había más comentarios extraños como los que había visto antes: ¿¿¿T sts mudndo???

Casi le pregunto a mis padres acerca de la factura del teléfono esa mañana, pero me acobardé, no estoy segura de que estuviera dispuesta a escuchar lo que

FORO PURPLE ROSE



tenían que decir. A pesar de que mi madre estaba tan enamorada de la casa, tenía algún tipo de sentido que la vendiera. Después de todo, era un lugar muy bonito, que aportaría un montón de dinero. Sin embargo, odiaba la idea de mudarme a algo más pequeño, renunciando a mi habitación y a la piscina.

¿Es por eso que no me habían dicho lo que estaba pasando? ¿Porque sabían que iba a enfadarme? Tal vez tenían miedo de que montara una escena, pero no lo haría: tiempos difíciles exigen medidas duras y todo eso. Además, tengo mis escenas reservadas para las ocasiones en que realmente pudiera lograr algo bueno con ellas.

Oh, bueno. Tal vez logran suficiente dinero este verano para cubrir la totalidad de sus pagos.

Lexie me había dejado dos mensajes. Del jueves:

Donde sts? Necesitas un nuevo teléfono! Llovió en el lago por lo q regresamos antes.

El del Viernes, ayer, decía:

omg, Mad, pdras llamr, mnsajear o algo??? Vi a rolf la pasada nch y todo lo q dijo de ti!!!

La idea de Rolf hizo que mis manos temblaran. Escribí:

Todavía stoy atrapada n la playa, no puedo sperar a irm, q dijo rolf???

En cuanto le di a —enviar, Lexie apareció en línea. Antes de darme cuenta, estábamos enviándonos mensajes instantáneos.

LEX: OMG! Vives! donde sts???? La gnt dice que sts en el programa de protección de testigos.

MAD: LOL. Lo siento, no es nada tan emocionante —sólo Sandyland.

LEX: cuando vlves a casa?

MAD: no hasta agosto, creo, dónde vste a rolf?

LEX: en casa de Melissa, invitó a unas pocas psrnas la pasada nche. Rolf está en el papel demasiado, haciendo eventos especiales o deportivos o algo al azar, de todos modos, siguió diciendo, ¿dnd está madison? así que voy, y te importa? Stas cn Celia?



MAD: OMG!! pero sabs que rompieron.

LEX: quería oír lo q dcia. Djo, Celia fue un error.

MAD: MENTIRA!!!!!!

LEX: djo q era un poco inmaduro año pasado y no sbia lo q kería, y luego otra vez, dnde sta madison? se supnía q ns ncontrams y hblrams sobr ti.

Página | 87

En ese momento, mi tiempo en Internet se agotó. Fui al mostrador para comprar algo más de tiempo, pero la cola era tan larga que en el momento en que me conecté de nuevo, Lexie se había ido. Ella me dejó un mensaje, sin embargo.

amiga! obten una conexión decente, ok? de todos modos, rolf nunk llegó a dcir q le gstabas, pero era tan totalmente obvio, q kería sber cndo starias de vuelta, y me preguntó si stbas saliendo con alguien, ja! Kreo q dberias dejrle pnsar que le kieres y luego djarle. Dejarl xa q vea cmo se siente. cuando velos? mi mamá dce q t keds a drmr.

Una fiesta de pijamas donde Lexie: eso es lo que necesitaba. Mi papá iba a volver para conseguir algunas cosas la semana que viene, tal vez podría ir con él.

Cuando volví a Home Suite Home, mi papá, con su sucia camiseta y empapado en sudor, estaba sentado en la cama marrón, mirando un anuncio sobre una licuadora en la televisión.

—Mi amiga Delilah me preguntó si podría salir con ella esta noche. —Tuve que levantar mi voz para ser escuchada por encima de la televisión. —¿Está bien?

Se encogió de hombros y siguió mirando la pantalla mientras una alegre mujer rubia metía manzanas y uvas en la licuadora. Si mis padres me encontraban en esa especie de trance, me acusarían de estar en las drogas.

—¿Es eso un sí? —Le pregunté.

Él suspiró. —Claro.

Todavía no estaba segura de lo que sentía por Duncan, pero cualquier cosa era mejor que otra noche en esa mohosa habitación marrón. Además, después de hablar con Larry, realmente quería imprimir esa imagen de la ventana.



Imprimiría la de la anciana en la playa, también. Tal vez entonces las cosas empezaran a tener sentido.

Pero, ¿realmente quería que tuviera sentido? A pesar de que todavía me asustaba, me estaba calentando con la idea de mi cámara con el poder de capturar fantasmas. Era como tener un superpoder.

Cuando mi madre llegó a casa, estaba ocupada decidiendo qué ponerme. ¿Debería ir con la camiseta púrpura y los jeans cortos? ¿O me veo mejor llevando los jeans cortos y la camiseta púrpura? Oh, estaba sucumbiendo a la presión.

—Fui a la lavandería después del trabajo, —me dijo mi madre, sentándose en el sofá (mi sofá) y poniendo los pies sobre la mesa marrón. Llevaba un pantalón negro y una camiseta verde. Se había olvidado de quitarse su etiqueta del nombre, que decía Cherie. Su nombre es Linda—. Tú gran camiseta naranja está limpia; la puse en el cajón.

—¿Hiciste la colada? —Dije—. ¿Sin mi ropa? —Ella se acercó unos de sus pies y lo frotó—. No podía lavar la ropa porque la estabas usando. —Ella parpadeó ante mí—. ¿Eso es nuevo?

—Nuevo para mí, —le dije—. Fui a la tienda de segunda mano hoy, ¿recuerdas? El costo de la camiseta es de dos dólares.

Si estaba horrorizada, no lo demostró.

—Voy a salir con mi amiga Delilah esta noche, —dije casualmente.

Eso llamó su atención. —¿Quién?

—Delilah. La conocí en la tienda de fotografía. Ella es una artista. —Antes de que mi madre pudiera protestar, añadí; —Papá me dijo que podía ir.

Ella miró a mi padre en la cama y luego me miró.

—¿Es una buena chica? —preguntó ella.

—No —le espeté—. Ella es una perra total. Es por eso que quiero estar con ella.

No sé cuál de las dos estaba más sorprendida por mi arrebatado. Qué causó esto: ¿la repentina pobreza? ¿El pelo negro? En un esquizofrénico intento de hacer las paces, gorjeé, —¿cómo te fue en el trabajo?



—Hicimos un enorme ramo de margaritas amarillas, —dijo.

—Genial.

—Odio las margaritas amarillas.



Capítulo 12

Página | 90

Traducido por Virtxu

Corregido por Feldy



Mientras caminaba hacia Foto Psíquica para encontrarme con Duncan y Delilah y Leo (esto no es una cita) todo en lo que podía pensar era en Rolf Reinhardt y lo idiota que era y cómo yo aún le sigo gustando de algún modo.

Rolf había estado en mi honorífica clase de inglés de noveno grado. Estaba en el coro conmigo, también, además de que corría en pista, lo que significaba que lo veía correr por la ciudad de vez en cuando. Tenía buenas piernas. Llegué a conocerlo cuando protagonizó una producción de Romeo y Julieta para la clase de inglés. Rolf era Romeo, y yo era, lo adivinaste: la madre de Romeo. Podría haber sido peor. En clase había demasiadas chicas, y a Lexie le tocó hacer de un noble. Tenía que usar medias de color amarillo y ese abombado sombrero púrpura con una pluma. Celia Weaver hizo del padre de Julieta. Estuve muy impresionada con su actuación. Ella era totalmente creíble como un hombre.

¿Puedo sólo decirlo? Rolf no era muy guapo. Y vino tras de mí, no al revés.

Bueno, era muy lindo. Era muy alto y delgado, pero con esta cara de niño, con las mejillas regordetas y todo. Cabello: marrón rubio. Ojos: gris azulado. Vestía pantalones vaqueros casi todos los días, junto con camisetas de polo superpuestas. A veces se ponía tres polos a la vez. Al principio pensé que era uno más, pero al fijarme había más.

Debido a mi papel en la obra, él empezó a bromear conmigo.

Rolf: Hola, mamá caliente.

Madison: No seas un niño malo.

Rolf: Pero soy bueno cuando soy malo.



Fue muy divertido en ese momento. O había algo. Estaba coqueteando, claramente, y no como cuando era más joven. Este era el tipo de coqueteo de la Escuela Secundaria. Quería decir algo. Podríamos ir a una cita real, aunque sólo si él me lo pedía.

No fui la única en darme cuenta.

—¿Estáis tú y Rolf saliendo? —me preguntó Celia en la entrada un día. Celia era media cabeza más alta que yo, con el pelo largo y rubio. Eso suena bien, pero no era bonita, porque tenía el pelo grasiento y su nariz tenía ese extraño bulbo en el extremo. Además, casi nunca sonreía, y cuando lo hacía, parecía falso.

Amplíé mis ojos fingiendo estar confusa. —¿Rolf y Yo? ¡No! ¿Por qué?

Ella apretó sus delgados labios. —Alguien dijo algo de eso.

—¿Quién?

—No me acuerdo.

Celia era una de esas personas híper competitivas que siempre tenían que ser la mejor en todo. Ella era famosa por convencer a los profesores de cambiar una B a A, por darle un codazo a otros jugadores en la cancha de fútbol, y por organizar las audiciones de la segunda oportunidad para los solos del coro, alegando que a ella le habían diagnosticado una faringitis estreptocócica la primera vez.

Rolf finalmente me invitó en una cita para salir, bueno, a mí y a veintiséis personas más. En el día de nuestra función (hicimos un pobre show para las otras tres clases de inglés, a las cuales no les interesamos, ya que salieron de la clase), invitó al grupo entero de la honorífica clase de inglés a su casa para una fiesta después de la función en la escuela. Su madre estaba allí, pero—como—si—no—estuviera. Ella nos saludó al principio, ya sabes, sólo para desanimarnos de beber cerveza, fumar marihuana, quitarnos la ropa, o hacer todas esas cosas de las que todos habíamos leído, pero que en realidad nunca hacíamos, y luego desapareció.

Fuimos a la sala audio—visual de Rolf, que tenía ese lujoso estúpido sofá beige y una pantalla de televisión que ocupaba la mayor parte de la pared. Había una mini nevera llena de zumos con gas (la madre de Rolf no creía en la soda).



Alguien puso una película, y Rolf atenuó las luces. La habitación tenía pequeñas ventanas y cortinas opacas, lo cual hacía parecer que era de noche.

Él me cogió de la mano y me llevó al sofá. Nos instalamos y vimos la película, de la mano. La película era toda de persecuciones de coches, robots y explosiones. No es que importara. Todo en lo que podía pensar era en Rolf y su mano. Hacía esa cosa de frotar el dedo pulgar contra la palma de mi mano, lo cual estaba en el límite de lo molesto, pero también de lo genial. Se sentía como el código Morse para "me gustas".

Finalmente, me susurró; —Guárdame el asiento. —Con su aliento caliente en mi oído. Él nos consiguió un par de zumos con gas, uno de mango, otro de albaricoque con lima, y me preguntó cual prefería (mango). Luego se sentó de nuevo y puso su brazo a mí alrededor. Me acurruqué junto él, sin ni siquiera molestarme en terminar mi mango con gas, que en realidad no sabía muy bien.

La gente nos miraba. Estaban haciendo como que no, pero podía decirlo. Más abajo en el sofá había otra pareja que estaba absorbiéndose la cara, pero cómo habían estado saliendo desde hace casi un año, a nadie le importaba.

Después de la película, todo el mundo sacó los teléfonos móviles para llamar a sus padres. Rolf, con su brazo todavía a mí alrededor, me susurró; —Quédate un poco más. —Nos quedamos plantados en el sofá, pareciendo una pareja, alargando nuestra perezosa despedida. Lexie me dio un guiño. Celia ni siquiera nos miró.

Cuando todos se habían ido, Rolf hizo un movimiento. Sostuvo mi cara con ambas manos y fue a matar. Puse mis brazos alrededor de su cuello. Nuestros dientes chocaron. Nos reajustamos. Sus labios eran sorprendentemente suaves. Yo había esperado que los labios de un hombre estuvieran agrietados o algo así. Olía bien, como a suavizante de la ropa. Su boca sabía a albaricoque mezclado con lima. Se empujó un poco más fuerte en contra de mi boca de lo que era estrictamente necesario, y yo seguía deseando que moviera las manos de mi cara a mi espalda, pero después de todo fue bueno para mi primer beso real. Y además, tendríamos un montón de tiempo para trabajar en nuestra técnica. Acabábamos de empezar.

Después de quince minutos, quizá, su madre caminó dentro. Mortificación total. Ella se tapó la boca a (modo de) ocultar su sonrisa y dijo; —Lo siento,



chicos. No permitáis que os interrumpa. —Entonces ella nos dio un pequeño saludo y se fue por la puerta.

Hablando de un estado de ánimo asesino.

Me puse de pie. —Probablemente debería irme. —Y entonces, sólo para asegurarme de que sabía que me gustaba, agregué—; Podemos continuar más tarde.

Se puso en pie, dijo; —Sí. De acuerdo. —Y me besó por última vez. Él dijo que tenía planes para el fin de semana, pero que me vería el lunes. Y luego grabó mi número en su teléfono, lo cual señalaba claramente una relación de compromiso.

Le conté a Lexie todo, por supuesto, al instante en que llegué a casa. Con mi permiso, llamó a un par de personas más, las cuales mandaron correos electrónicos a un montón más. Para el lunes, todos los de la honorífica clase de inglés sabían que éramos pareja.

Celia ciertamente lo sabía. Se mantuvo en grupo con sus amigos, con los brazos cruzados, y mirándome a través de varias clases. No había nada entre ella y Rolf en ese punto, así que no tenía derecho a odiarme.

Esa semana, Rolf y yo hablamos dos veces por teléfono (aún tenía mi móvil), nos mandábamos mensajes todos los días, y una vez por mensajes instantáneos. Las noticias de nuestra condición de pareja llegaron al coro. Le dije a mi madre que tenía novio. Ella me sentó a conversar acerca de los impulsos de los adolescentes, pero prefiero no volver a ese punto.

Él nunca me lo pidió oficialmente, lo cual es sólo una de las muchas razones por las que estaba enfadada cuando él me dejó una semana después. El discurso post—beso; "Me gustas mucho, pero estoy muy centrado en mi trabajo de la escuela, en el atletismo, en el coro y esas cosas, y no tengo tiempo para una relación en este momento. Además mi madre me ha estado hablando sobre apuntarme a un curso de preparación para el SAT, así que voy a estar muy ocupado."

Un curso de preparación para el SAT¹⁸, una mierda. Éramos estudiantes de primer año.

¹⁸ SAT: Scholastic Aptitude Tests. (Prueba de actitud para acceder a la universidad).



Capítulo 13

Página | 94

Traducido por Sera

Corregido por kuami



Cuando aparecí a las nueve en punto, Duncan estaba sentado en el banco enfrente de Foto Psíquica. En cuanto me vio, saltó y se arregló los vaqueros y luego el pelo, el cual estaba húmedo de la ducha y rizado en las puntas rubio platino. Lucía bien, tenía que admitirlo, su sudadera color chocolate del mismo color que su pelo.

—Hey, G. G. Estas guapa, —dijo bruscamente.

Estudié el suelo. —Estoy igual que estaba esta tarde.

—Estabas guapa esta tarde también.

Me aclaré la garganta. —Estaba pensando en que quizás podía imprimir esas fotos. Ya sabes, la del hombre en la ventana y la señora mayor en la playa.

Le echo un vistazo al oscuro edificio. —La tienda está cerrada. Pero podemos encontrarnos aquí por la mañana.

Miré alrededor buscando a Delilah y Leo. —¿Dónde está todo el mundo?

Duncan deslizó las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros. —Ya en la playa.

Por un instante me sentí herida porque Delilah se fuera sin mí. Y luego lo pillé. Ella lo planeó. Esto no es una cita.

Me crucé de brazos delante de mi púrpura pecho. No estaba sólo a la defensiva; me estaba quedando helada. —Entonces vayamos a encontrarlos.

Yo medio esperaba que Duncan sacara su monopatín y se deslizara calle abajo, pero me siguió el ritmo mientras andábamos, sus destartaladas Vans tranquilas



sobre la acera. El centro estaba prácticamente desierto. Las tiendas estaban oscuras, y sólo un restaurante casi vacío estaba todavía abierto.

Pronto podíamos oír el océano, las olas más suaves que durante el día, rompiendo más como un siseo que un estruendo. El aire estaba húmedo y salado. A un lado de la carretera, las farolas alumbraban un parque desierto. Nuestro silencio se hacía más incómodo.

—¿Cuál es tu nombre verdadero? —dije bruscamente. Había estado preguntándome sobre ello más de lo que me importaba admitir.

Esperó un momento antes de contestar. —No puedo decírtelo.

—¿No puedes o no lo harás?

Reflexionó. —No lo haré.

Ahora estaba bastante curiosa.

Continuamos calle abajo, los sonidos del océano haciéndose más fuertes con cada paso.

—¿Adam? —intenté, empezando por el principio.

Me miró sorprendido, y luego sonrió. —No.

—¿Andrew? ¿Alex?

—No.

Por encima de nosotros, las estrellas parecían puntos de luz. Eran mucho más brillantes aquí de lo que lo eran en Amerige.

Después de unos pocos nombres con A seguí a los B... Brian, Brett, Brandon, Billy, Bob, Boris, Blaine, Blair, Bo...

—Byron —dijo—. ¿Es ese tu nombre?

—No. Pero parece como si deberías haberlo intentado. —Echó su cabeza hacia atrás y rió. Lo golpeé en el brazo y me reí con él, olvidando pensar es si esto era o no una cita.

Cuando llegamos a la playa, me quité mis chanclas naranjas. La hoguera brillaba a distancia. Mientras caminamos a través de la fría y áspera arena, hice mi trabajo a lo largo del abecedario. Él dijo no, no, no, aunque admitió llamarse



a sí mismo Frankie durante un corto tiempo cuando tenía doce años “*porque le gustaban mucho los perritos calientes*”.

Ya casi estábamos en la hoguera cuando llegué a las R. —Dime que tu nombre no es Rolf.

Arrugó la nariz. —¿Quieres decir Ralph?

Me abracé fuertemente a mí misma. Cuanto más nos acercábamos al océano, más frío hacía. —No, Rolf.

—¿Es eso realmente un nombre? Suena como un sonido de animal, ya sabes, un gatito dice “miau” y un perro dice “¡rolf!”. Puso sus manos como un perro suplicante y empezó a jadear.

La idea de Rolf suplicando a alguien me hizo reír.

Duncan se quitó su sudadera marrón y la presionó contra mis brazos cruzados. —Tienes frío. —Sus dientes brillaban a la luz de la luna—. Pero si la llevo yo, tú tendrás frío.

—Me calentaré en el fuego.

Puse la sudadera sobre mi cabeza. Él tomó mi mano y me llevó hacia el círculo de luz. Tenía sobre un minuto, quizás menos, para pensar en lo bien que se sentía todo esto: la calidez de la sudadera de Duncan, el tacto de su mano. Y luego eché una mirada a la multitud alrededor de la hoguera. No vi a Delilah y Leo inmediatamente, sólo un puñado de personas de aspecto normal. En lugar de trapos de tiendas de segunda mano, llevaban Hollister, Abercrombie, Aeropostale, American Eagle... todas las marcas normales. Lucían como mi grupo de casa: los chicos buenos. Había gente en Sandyland como yo. ¿Qué estaba haciendo con Duncan, Delilah y Leo?

Amigos de verano. Eso es lo que éramos. Sólo era temporal. Todavía tenía mis amigos verdaderos en casa.

—Hey, Duncan, —una chica salió de las sombras. Estaba súper delgada, con el pelo rubio secado liso y la marca de vaqueros por la que había gastado mucho del noveno grado (sin éxito) rogándole a mi madre que me comprara. Le destelló una sonrisa de metal a Duncan, y la autosatisfacción se apoderó de mí; me quitaron el aparato en octavo grado.



—Hey, Ricki, ¿qué tal? —dijo Duncan, siendo simpático. ¿Demasiado simpático?

—Sólo, ya sabes, saliendo. —Metió un mechón de su sobre tratado pelo tras la oreja. Tenía una sola bola dorada en cada lóbulo.

—Ésta es Madison, —le dijo a Ricki, apretándome la mano.

Sus ojos se estrecharon, y me echó un vistazo. De repente, me vi a mí misma a través de sus ojos. Aquí me había dado vergüenza salir con Duncan, cuando él había tenido todo el derecho de sentirse avergonzado por ser visto conmigo, una chica con un apagado pelo negro y ropas de segunda mano.

Ricki devolvió su atención a Duncan. —¿Vas a algún sitio este verano?

—Neh, sólo salir por ahí. —Puso su brazo a mi alrededor, lo cual no debería haberme sorprendido pero lo hizo. Lo que me sorprendió incluso más es que me gustó.

Con esto, se vio obligada a reconocermé. —¿Estás aquí sólo durante el verano?

Me encogí de hombros. —Supongo. —Deslicé mi brazo sobre la cintura de Duncan.

Su boca y sus ojos se estrecharon, y luego desnudó sus dientes una brillante casi sonrisa. —Te veo en septiembre, Duncan. —Se alejó.

—¿Ex novia? —pregunté una vez estuvo fuera del alcance del oído.

—¿Quién, Ricki? —Duncan sonó verdaderamente sorprendido—. No, sólo alguien que conozco del colegio. ¿Por qué dirías eso?

—Por nada —dije, una imagen de Celia destellando por mi mente.

Llevó un par de minutos encontrar a Delilah y Leo, rodeados de un grupo. El miedo se disparó por mi estómago. ¿Qué estaba pasando? ¿Estaba alguien haciéndoles daño? Pero Duncan no parecía nervioso, y a medida que nos acercábamos, podía oír las voces:

—¡Vas a hacer esto!

—¿Por favor? Tú eres el único.



—Lo vi. Lo juro.

—¡Sólo un minuto... antes de que sea demasiado tarde!

—¡Hey, chicos! Delilah se levantó de la arena. Iba vestida más o menos normal, en un peto vaquero y una camiseta. Aunque su chaqueta roja de piel sintética era puramente Delilah.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Duncan. El grupo, debía haber diez o doce personas al menos, hablaron a la vez:

—Por el momento...

—Algo raro, no le di un buen vistazo...

—Esta luz funky, una especie de blanco verdoso y brillante...

—¡Un fantasma!

—Quieren que haga una sesión de espiritismo, —dijo Delilah totalmente casual, como si estuviera diciendo “quieren que les ayude con el álgebra”.

—¿Haces... eso? —pregunté. Quizás Rose no era la única psíquica de la familia.

Los ojos de Delilah se disparaban de un lado a otro. —Ya no. No estoy cómoda con lo que pueda que remueva. —A su alrededor, los chicos se fueron callando—. Pero bajaré a la playa, a ver si siento algo.

Empecé a temblar, de miedo más que de frío. Duncan me apretó los hombros. —Vendremos contigo, —dijo.

Otros chicos querían unírseles, pero Delilah dijo que no: demasiada gente asustaría al espíritu. Leo, llevando unos pantalones blancos y una camisa Hawaiana, completó la expedición. Su presencia me hacía sentir mejor, como si sus tonterías fueran un tipo de FOIL contra cualquier cosa aterradora o malvada.

Caminamos con dificultad en silencio durante un momento. Duncan y yo teníamos las manos cogidas; para ese entonces se sentía algo natural. Delilah mantuvo las manos en los bolsillos de su chaqueta de pelo, mientras Leo rebuscaba en el suelo piedras planas, las cuales arrojaba al agua, aplaudiendo cuando rebotaban a lo largo de la superficie.

—¡Cuatro! —Anunció, contando los rebotes—. O, ¡once! ¡Nuevo record!



Mis ojos se lanzaban alrededor, esperando ver un fantasma en cada esquina, pero todo lo que vi fue oscuridad, un indicio de fluorescencia en las olas, el singular haz de luz de las enormes casas vislumbrándose por encima de la pared de rocas.

Finalmente, Duncan habló. —Dijiste que no ibas a hacer esto más.

—No me dieron otras muchas opciones, —dijo Delilah—. Y de todos modos, me negué a hacer la sesión de espiritismo.

—¿Pero solías hacerlas? —pregunté. No es de extrañas que estuviera tan casual sobre las figuras en mis fotografías: los fantasmas no eran gran cosa para ella.

—No tanto, —dijo—. Sólo un par de veces en octavo grado. Mayormente leo mentes y veo el futuro.

—¿Lees mentes?

—Oh, claro. —Paró de andar y me estudió—. Veamos... estás preocupada por lo que la gente piense de tu pelo y tu ropa.

Mi estómago empezó a doler.

—Y te gusta Duncan.

—Mi cara se puso caliente.

—Pero no estás segura de a donde se van a dirigir las cosas con él.

Mis rodillas se tambaleaban. Tenía la repentina necesidad de huir, de alejarme tanto como fuera posible de Delilah. ¿Qué más sabía sobre mí?

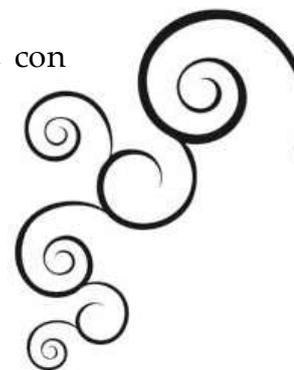
Cuando vio mi expresión, Delilah se rió. —Das asco, —le dijo Duncan.

—¿Puedes ver mi futuro? —pregunté, no segura de si quería saberlo—. Oh dios mío —dijo Leo, frotando una piedra plana entre sus dedos.

—Díselo, —mandó Duncan, con una extremidad que nunca antes había oído.

—Lo siento, Madison, estaba bromeando, —dijo Delilah—. Creía que te dabas cuenta.

Negué con la cabeza confusa. Más allá de las olas la luna brillaba difusa, con niebla difuminando los bordes.



—Sólo soy buena leyendo a la gente, ya sabes, sus expresiones y su lenguaje corporal, —admitió Delilah—. Pero no puedo leer mentes. O comunicarme con fantasmas.

—O predecir el futuro, —añadió Leo.

—Y tampoco puede leer las palmas de la mano tampoco, —dijo Duncan.

Ella señaló con el dedo índice hacia él. —Ahora te equivocas. Cualquiera puede leer las palmas. Sólo tienes que saber qué línea es cual.

De vuelta al gran banco público, la hoguera brillaba naranja. Por delante de nosotros, había oscuridad, rocas. Y Delilah no podía ver nada sobrenatural. ¿Pero podía mi cámara?

—¿Por qué fingiste entonces? —Estaba bastante molesta—. Todos ellos piensan que eres psíquica.

Se cruzó de brazos. —Rebaño de ovejas. Se creen cualquier cosa. No te puedes imaginar cuanto me mandan a esas ridículas cazas de fantasmas. Alguien en una casa de la playa camina cerca de las rocas con una linterna, y de repente es un mensaje del más allá.

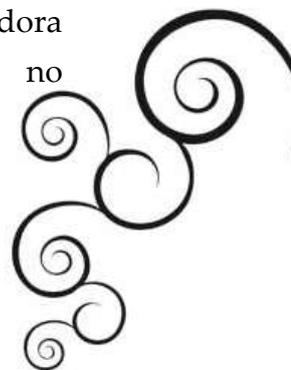
—Gatos —dijo Leo.

—Oh, sí —dijo Delilah—. Me envían detrás de gatos un montón: los ojos brillantes, el crujido en los árboles. Mapaches también. Esos son realmente terroríficos.

—Así que... ¿Esa gente no son tus amigos? —Pensé en toda la gente amontonándose alrededor de Delilah en la hoguera. ¿En realidad era tan falsa?

Delilah suspiró. Se acercó a la pared de roca y se subió, colocándose junto a un cartel de no acercarse a las rocas. Nosotros tres la seguimos y nos colocamos en las rocas como percebes. Duncan se sentó justo encima de mí y a mi lado, acariciando mi pelo.

—Sexto grado fue un año duro, —dijo Delilah finalmente—. Eso fue cuando nos mudamos a Main Street y abrimos la tienda. Antes de eso, mi madre sólo se las arreglaba fuera de nuestro apartamento, llamándose a sí misma una curadora espiritual. Por alguna razón, eso estaba bien... New Agey pero no



completamente raro, ya sabes. Siempre fui algo diferente, supongo, pero hasta entonces, los otros niños no parecían notarlo.

La niebla nos mantenía en una especie de envuelta. Las olas susurraban suavemente. Me olvidé, por el momento, de los fantasmas.

Leo rompió el silencio. —Todo el mundo piensa que soy diferente justo desde el principio.

Nuestra risa era un alivio.

—Los niños pueden ser crueles, —dijo Delilah, su voz quebrándose un poco—. Algunos de ellos decían que mi madre era una bruja. Otros decían que era una falsa. Nadie quería tomar el almuerzo conmigo o incluso ser visto conmigo. Se reían de mí y mi madre y... —Se detuvo en seco.

—No me preocupa, —dijo Leo—. En serio. —Pero no era completamente convincente.

Delilah encontró una piedra suelta entre las rocas y la lanzó al mar, pero no la oímos caer.

—El verano entre sexto y séptimo grado, intenté convencer a mi madre para enseñarme en casa, —dijo Delilah—. Se negó.

Leo dijo con un bufido, —Serías mejor enseñándola en casa tú.

Delilah dijo; —Pero dijo la cosa más alucinante: “Sólo están diciendo esas cosas porque se sienten mal consigo mismos”. Era una mierda total, por supuesto, pero me dio una idea. El primer día de colegio del año siguiente, esta chica horrible llamada Avon dijo algo en vano sobre mí diciendo hechizos o comiendo sapos o algo.

Me quedé mirándola, como, veinte segundos. Y luego susurré;—Oh dios mío, —Delilah cubrió su boca y abrió los ojos en horror fingido.

—Y ella estaba, “¿Qué? ¿Qué?” —continuó—. Y yo estaba, “¡No puedo decírtelo! Sólo... ten cuidado. Me rogó que le dijera que había visto, pero le dije que no podía.

—A menos que escupiera algo de dinero. —Interrumpió Leo.



Delilah suspiró. —No me siento mal por coger su dinero. Una pobre excusa de humanidad...

—¿Qué le dijiste? —pregunté.

—Nada en realidad —dijo Delilah—. La torturé durante un par de semanas. Cada vez que la veía, me paraba en seco y me quedaba mirándola. Luego huía como si lo que fuera que hubiera visto me hubiera aterrorizado.

—Brillante —dije.

—Además, empecé a hacérselo a un par de los otros delincuentes —dijo Delilah—, y luego se corrió la voz y las peticiones crecieron y...

—Tiene un pequeño negocio funcionando —dijo Leo—. No tan bueno como la cosa de eBay, pero al menos no tenemos que levantarnos temprano los sábados por la mañana por ventas en el garaje.

—¿Qué le dijiste a esa chica? —pregunté—. ¿Cómo era... Avon?

Delilah sonrió. —Dije que algo malo iba a pasarle a alguien que quisiera, o quizás a alguien cercano a alguien que quisiera. Le lancé eso para salvarme el trasero. Dije que no podía ver la imagen claramente, pero que pensaba que iba a ocurrir al aire libre.

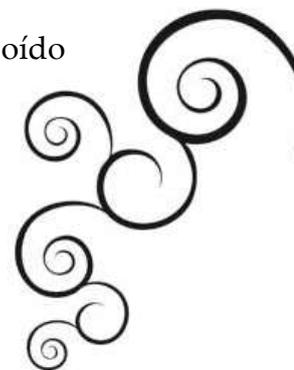
—¿Lo hizo? —pregunté.

—Un mes después, su primo tuvo un accidente de coche.

—Oh dios mío. —Eso era un poco escalofriante. Delilah hizo un movimiento de agitar—. Ella estaba bien. Y no estoy segura de que Avon la quisiera alguna vez. Pero fue suficiente para establecer mi reputación. —Se deslizó de la roca. Todos la seguimos, Duncan ayudándome a bajar con ambas manos, siendo súper cuidadoso incluso aunque yo estaba, como, a dos pies de la arena—. ¿Todavía dices la fortuna?

Negó con la cabeza. —Lo dejé cuando empecé el instituto porque estaba mal, y también porque no cobraba lo suficiente. Es decir, ¿cinco dólares por lectura? Ridículo.

—¿Así que no tienes ninguna habilidad psíquica? —presioné—. Porque he oído que puede ser genético.



Delilah niveló su mirada. —Madison. Se realista. Nadie tiene habilidades psíquicas. Mi madre es una chiflada. Hay explicaciones racionales para todos los fenómenos sobrenaturales.

—¿Y qué pasa con los fantasmas? —pregunté.

—No hay tales cosas, —insistió Delilah, quitándose un poco de arena de su peto.

—Pero mis fotografías... —dije.

Delilah suspiró. Sonaba como un adulto exasperado hablando con un niño de dos años especialmente irritante. Me molestaba.

—Sólo porque no entendamos algo no significa que sea sobrenatural, —dijo Delilah—. Ese es el tipo de pensamiento que una vez hizo a la gente creer en dioses de la lluvia y el hombre en la luna.

Estuvimos callados por un momento. Duncan apretó mi mano. No le devolví el apretón. Quería a Lexie. Quería ir a casa.

Leo se daba golpes en su barbilla, pensando. —Las figuras en las fotos de Madison tienen que ser fantasmas. Es lo único que tiene sentido.

Delilah dijo; —Agg, —y puso los ojos en blanco.

—Podrían ser, —añadió Duncan.

—Claro, —dijo Delilah—. Y yo soy el conejito de Pascua.

—Supongo que eso explica el abrigo de pelo, —dije.

La boca de Delilah se abrió, ojalá pudiera deshacer mis palabras; Delilah no era el tipo de persona con la que hablabas las cosas. Pero después de un momento sonrió. —Hey, Leo, volvamos a la hoguera. Me está entrando algo de frío.



Capítulo 14

Página | 104

Traducido por masi

Traducido por kuami

Mirando hacia atrás en ese momento cuando yo estaba de pie en la puerta del baño era como ver a otra chica. Pensaba que sabía quién era yo: Madison Sabatini, quince años de edad. La mejor amiga de Lexie. La fotógrafa del próximo anuario. Una adicta a las compras con lindos accesorios y un cabello fantástico. Bueno, quizás no mucho más.

Deseo que alguien hubiera tomado una foto de mi imagen en ese instante. Tendría que llamarla la instantánea "el antes".

Mi padre permaneció tendido en la cama. —Lo siento, Madison.

Como regla general, si alguien dice, "Lo siento," sin razón aparente, estás jodido.

—De acuerdo, —dije, pensando en acabar con esto cuanto antes. ¿Iban a divorciarse después de todo?

Mi madre salió de la cama y se colocó de pie en medio de la habitación en camisón, con los brazos cruzados sobre el pecho. Ella miró de nuevo a mi padre como si estuviera esperando que dijera algo, o al menos que abriera los ojos, que estaban ahora cerrados.

Yo viviría con mi madre, por supuesto. Los fines de semana, visitaría a mi padre. Ellos no me harían elegir.

Finalmente, mi madre habló. —Perdimos la casa.

Al principio, yo no entendí lo que quería decir. —Pero es sólo el lugar donde nosotros nos quedábamos, —le respondí estúpidamente

Mi madre sacudió la cabeza. —No es ese tipo de pérdida. Tenemos préstamos. Un montón de ellos. Por la casa, la piscina, los coches. Nosotros llevamos seis



meses de retraso en el pago de nuestra hipoteca. Así que ahora el banco se queda la casa.

Yo negué con mi cabeza. Lo que decía no tenía ningún sentido. ¿Significaba que no se divorciaban? —Entonces pedirle al banco un poco más de tiempo.

—Lo hicimos.

—Pero ¿por qué no os limitáis a vender la casa? Y entonces nosotros podemos comprar algo más pequeño. —Yo ya había aceptado más o menos que esto podía suceder.

Mi padre finalmente se sentó en la cama y abrió los ojos, aunque él todavía no me sostenía la mirada. —No podemos vender. El mercado inmobiliario ha bajado desde que compramos la casa. Debemos más dinero por ella de lo que vale.

—¿Qué pasa con tus tarjetas de crédito? —Pregunté, en mi estómago aumentaban las náuseas. Esto no podía estar pasando.

—Ellas ya están en el tope, —reconoció mi padre.

—Pero ¿qué pasa con nuestras cosas? —Mi voz se quebró. Tal vez todo esto era una gran broma. Dime que es una broma. Dime que ellos se están divorciando y esta es su extraña manera de suavizar el golpe.

—La mayoría de los muebles, las televisiones... todos ellos fueron comprados con el crédito, —dijo mi padre, sin dejar de mirar a la nada—. Las tiendas enviaron camiones a nuestra casa la semana pasada. Recogiéndolo todo.

Mi madre se aclaró la garganta. —Tu padre habló con el banco hoy. Van a darnos una semana para irnos con el resto. Después de eso, el sheriff cambiará las cerraduras. Tu padre va a volver el miércoles para trasladar todo a un centro de almacenaje. —Ella parpadeó: debe de tener algo metido en su ojo. Las lágrimas estaban fuera de la cuestión.

Ella continuó. —Después de eso, el banco subastará la casa. Los carteles están ya puestos probablemente fuera en nuestro césped. —Su voz se quebró. Con sus dos dedos índices se secó las lágrimas, que en realidad eran lágrimas, cayendo desde debajo de sus ojos.



¿El banco iba a subastar nuestra casa? Mi mente empezó a girar. ¿Qué significaba eso? ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que las cosas volvieran a la normalidad? ¿Cómo ellos podían ser tan estúpidos? Me aferré a marco de la puerta y traté de estabilizar mi respiración. Yo había considerado ya esa posibilidad de vender la casa, pero esto sólo lo empeoraba. Y era un poco embarazoso. En la escuela, me gustaría restarle importancia. Mi madre estaba aburrida de la casa. Mi padre quería alquiler hasta que el mercado inmobiliario tocara fondo. —¿Por qué una centro de almacenaje? —Les dije—. Quiero decir, vamos a tener que alquilar otra casa de todos modos, bien podríamos encontrar algo ahora.

Mis padres no respondían. Fue entonces cuando me di cuenta.

—Vamos a irnos a casa, ¿verdad? —Todavía nada—. ¿No es así?

—He pasado meses tratando de conseguir un trabajo, —dijo mi padre.

—Has pasado meses viendo la televisión con tu bata de estar por casa, —le dije, sin importarme si le hería.

—La gente que nos rodea no quiere construir nada más, —dijo mi madre, con su voz tensa.

—Pero papá puede conseguir un tipo diferente de trabajo.

—No es tan fácil, —dijo mi madre.

—La gente todavía está construyendo en la playa, —dijo mi padre. Yo imaginé un castillo de arena.

Mi madre dijo; —Hay mucho dinero en la playa.

Me imaginé un cuarto reluciente en la arena.

Y entonces lo entendí. —¿Nos vamos a mudar a Sandyland?

—Podemos empezar de nuevo aquí, —dijo mi madre, su voz tenía de nuevo su firmeza habitual.

—¡No puedo dejar a mis amigos y a mi escuela! —Les grité—. ¿Cómo podéis hacerme esto?

Si mi cámara hubiera captado este momento, me habría obligado a borrar la instantánea de inmediato. Y entonces habría vuelto a hacer la foto deseando



poder haberla tomado antes de que mis padres me hubieran dicho nada: a mí regresando por la noche de la cita con mi novio de verano, sin ninguna preocupación real en el mundo.



Capítulo 15

Página | 108

Traducido por Selune

Corregido por marzeDoyle

Cuando me desperté el domingo, unas dos horas más tarde que de costumbre, mi madre dijo:

—¿Quieres que te haga el café?

Asentí con la cabeza. Mi cerebro estaba borroso por el sueño, pero no lo suficientemente confuso para convencerme de que la conversación de la noche anterior había sido un sueño. La habitación estaba extrañamente tranquila: el televisor estaba apagado.

—¿Dónde está papá?

—Trabajando.

—¿En domingo?

—Sólo hasta el mediodía. Era una especie de excepción. Le están pagando el doble.

El gorgoteo del café llenó el silencio entre nosotras.

—¿Quieres que vierta un poco de cereal? —preguntó finalmente.

—No, —dije. Mi madre estaba tratando de jugar bien, pero yo no la iba a dejar. Bueno, a excepción del café, que realmente necesitaba. Una vez que estaba listo, me tomé una taza, mi cámara salí al patio y cerré la puerta corredera detrás de mí. Cerré los ojos y traté de no pensar en nada. No funcionó. Pensé en todos mis amigos de la casa. ¿Qué dicen todos? ¿Cómo le digo a Lexie? Y ¿qué pasa con Rolf, que, de acuerdo con Lexie, estaba tan dentro de mí otra vez? No es que me importara Rolf más.



Pero estaba Melissa Raffman y el periódico, que todavía importaba. Mucho. Recordé el día que Melissa me llamó para felicitarme. Tan pronto como bajé el teléfono, llamé a Lexie, y gritaba y gritaba que porque las dos éramos personal en The Buzz, lo que significa nuestra vida iba a ser perfecta.

Mi madre abrió la puerta deslizante.

—Vamos a buscar apartamento esta tarde.

Agarré mi taza de café.

—¿Vamos a tirar a matar o justo para mutilar?

Ella no pensaba que era gracioso, y bueno, tal vez no lo era, pero tienes que dar crédito a una chica para intentarlo.

—Voy a dar un paseo, —dijo—. Si sales, asegúrate de que estás de vuelta para el mediodía. —Cerró la puerta deslizante.

Cogí mi cámara y la encendí. Me desplazé a través de las fotografías hasta llegar a las que había tomado de Lexie y sus hermanas en mi último día en Amerige. ¿Cómo podía ser que la vida se había ido si todavía podía ver lo que brillaba intensamente en la pequeña pantalla? Larry había dicho que los píxeles capturan la energía. ¿No significa eso que mi mundo sigue existiendo, aunque sólo sea en pequeña escala? Me hubiera gustado meterme en la cámara, de nuevo en mi antigua vida. Viendo las fotos me dolía el pecho de tristeza, así que tiré hacia delante: nada como unos cuantos fantasmas para tomar de tu mente las preocupaciones. Allí estaba la anciana en la playa. Allí estaba el joven en la ventana. Las capturas de la noche anterior mostraron olas iluminadas por la luna y arena oscura, nada extraño o espeluznante. Si hubiera habido fantasmas en la playa con Duncan y conmigo, mi cámara no los había visto. Por alguna razón, eso me hizo sentir aún peor.

Cuando llegué a Foto Psíquica, Duncan estaba sentado en el banco verde fuera de la puerta principal de color púrpura. Cuando me vio, saltó y se metió el pelo detrás de las orejas. Llevaba lo mismo que había tenido el primer día me encontré con él: shorts largos y una camiseta de color negro.

—Ten cuidado, —le dije—. Algunos patinadores como locos pasan a veces por aquí. Podrían atropellarte.



Estuve a punto de no venir, pero luego pensé que podría sentirme igual de desgraciada aquí como en la habitación del motel. Para mi sorpresa, la tristeza desapareció, al menos temporalmente, en el momento en que Duncan me dedicó una gran sonrisa. Dios, fue lindo, cualquiera que sea su nombre. Había una reacción exagerada por completo a la noche anterior.

—¿Acabas de llegar aquí? —Le pregunté. Él negó con la cabeza.

—Mi padre tenía miedo de que el hombre en la ventana se colara durante la noche, así que nos quedamos otra vez.

Había una motocicleta estacionada en el espacio a la derecha delante de nosotros.

—Pero no había ningún hombre en la ventana, —insistí. Mientras me concentrara en fantasmas, no tenía que pensar en el resto de mi vida.

Duncan asintió.

—Ya lo sé. Y se lo dije a mi padre; "De ninguna manera quiero dormir en algún lugar encantado" pero él sólo decía, "tengo que proteger a Rose". Puso los ojos en blanco; "A veces pienso que mi padre tiene que ser protegido de Rose", pero... Da igual.

Dentro de la tienda, Rose y Larry estaban sentados detrás del mostrador, Rose bebiendo de una taza de cerámica gruesa y Larry jugando con algo grande electrónico. Eran tan opuestos, el ciclista duro y la psíquica tenue, pero parecían ir de la mano de alguna manera, como cada uno sólo era demasiado extremo, pero un conjunto equilibrado entre sí hacía una pareja normal. Bueno, tal vez "normal" era una exageración.

—¿Ha habido suerte? —Duncan preguntó a Larry, apuntando a la electrónica. Larry negó con la cabeza.

—Es una Wii, —Duncan me dijo—. Lo tengo en un patio de venta por diez dólares. Trato de fumarla (venderla).

—No, si no funciona, —le dije.

—Larry conseguirá que funcione. —Nunca había oído a alguien llamar a su padre por su primer nombre.



—¿Quieres una taza de té verde, Madison? —me preguntó Rose, Larry puede hacerte alguna.

—Mmm, no, gracias.

Larry dejó el destornillador y se limpió las manos en sus pantalones vaqueros. **Página | 111**

—¿Tienes la cámara?

Se la entregué. Deslizó fuera del chip de memoria y lo metió en la impresora de fotos. A pesar de que la conmoción inicial había desaparecido, todavía me asusté al ver la cara del hombre que se avecina en la ventana, iluminado en la pantalla grande.

—¿Seguro que no lo reconocen? —Larry le preguntó Rose sin dejar de mirar a la cara del hombre.

—Positivo.

—Voy a imprimir esto, —dijo—. Para dárselo a la policía. —Con su boca en una línea dura, golpeó algunas instrucciones en la máquina.

—No hay nada que la policía pueda hacer, —le dije—. Él no estaba allí cuando tomé la foto.

Larry no respondió, pero Rose dijo:

—Te creo, —y Duncan enganchó su dedo meñique en torno al mío y murmuró:

—Yo también.

No fue hasta que la foto se hubo imprimido y que pude ver la foto sin el brillo de la pantalla del ordenador que me di cuenta.

—El hombre es brillante, —le dije—. Como si estuviera iluminado desde dentro o algo así. Al igual que la vieja. —Un escalofrío se apoderó de mí. Apreté el meñique de Duncan con el mío.

—Es sólo un rayo de sol, —dijo Larry.

—Estaba nublado ese día, —insistí.

—El sol podría haber salido durante un minuto, —replicó Larry.

—Pero no lo hizo. Y de todos modos, si el sol le pegó, no habría sombras.



Antes de que pudiera preocuparme de lo ridículo que la pregunta pudiera sonar, espeté:

—Rose, ¿cómo se ve un fantasma?

Miró a lo lejos con sus pálidos ojos enormes, totalmente sorprendida por la pregunta. Página | 112

—Al igual que nada.

—¿Eh?

—Un fantasma no tiene cuerpo. Tú no lo ves. Se siente como un campo de energía o una ráfaga de aire frío... —Me estremecí.

—¿Dijiste algo acerca de una anciana? —Rose me preguntó, su voz tranquila y relajante. Me apuesto que era el mismo tono que ella utiliza con sus clientes.

—Ella fue la primera en aparecer en mi cámara, —le dije—. En una captura entre las rocas. Y estoy segura de que no había nadie allí.

—¿Y ella brillaba así? —Rose preguntó.

—¡No se trata de una vieja! —Larry estalló—. ¡O acerca de la iluminación! ¿No lo entiendes, Rosie? Algún sicópata te está espiando. ¡Tenemos que lidiar con eso!

Larry miró a Rose con tal intensidad: el amor se mezcló con la tristeza se mezcló con el miedo. Rose, por su parte, sólo levantó las cejas y dio un sorbo al té que Larry había fijado para ella. No es de extrañar Larry amenazara con salir de la ciudad. No podía ser fácil para él estar cerca de ella.

—La mujer de edad está en el mismo chip de memoria, ¿no? —Duncan me preguntó.

En la impresora, me moví rápidamente a través de mis fotos hasta que llegué a la imagen.

—Mi primer fantasma, —dije, tratando de sonar gracioso (y no completamente).

Rose puso el té en la mesa y cruzó la habitación a la impresora. Ella se inclinó para ver mejor.

—Eso no es un fantasma.



—¿Porque ella tiene un cuerpo?

Ella negó con la cabeza.

—Debido a que la conozco. Es una de mis clientes.

Me tomó un momento para que eso se hundiera en mí. Algo drenó fuera de mí, y me sentí... ¿decepcionada? En primer lugar había perdido mi casa. Ahora había perdido mi superpotencia.

—Yo podría haber jurado que estaba sola, —susurré.

—Francine puede ser realmente silenciosa cuando quiere estarlo, —dijo Rose—. Además, ella está muy enferma, por lo que no se puede mover muy rápido.

Espera un minuto.

—¿Francine?

—Sí, Francine Lunardi. Hacemos nuestras sesiones en su casa porque es difícil para ella para desplazarse. Me sorprende que recorriera todo el camino a la playa.

De pronto sentí mucho frío.

—Francine Lunardi murió, —gruñí—. Delilah se supone que te lo dijo.

Rose comenzó a parpadear.

—Delilah ni siquiera la conoce. —Su voz sonaba tensa, no de cuento de hadas psíquica en absoluto.

—Delilah habló con una señora en la tienda de segunda mano ayer. ¿La señora Voorhees? Ella dijo que la señora Lunardi murió el viernes.

Los enormes ojos de Rose se hizo aún más amplios. Ella se tapó la boca. Duncan tocó la pantalla.

—Así que es un fantasma. Lo que significa que el hombre lo es, también.

—¡No hay cosas tales como los fantasmas!

Todos nos volvimos hacia Larry, que seguía delante de la impresora, con los puños apretados, la cruz en la oreja oscilando como un péndulo. Rose comenzó a decir:



—Sólo porque no puedes ver o tocar algo no significa que...

Larry la cortó.

—¿Cuando tomaste esa foto de la señora Lunardi, Madison?

Mi mente zumbaba hasta que se me ocurrió la respuesta.

—Hace una semana. Domingo.

Y entonces lo entendí: que había tomado la foto de cinco días antes de la señora Lunardi muriera. Ella no era un fantasma, después de todo. O yo estaba completamente loca, o no había otra explicación.

—¿Quieres ir a dar un paseo? —Duncan me preguntó en la puerta de color púrpura—. Podemos volver a ese lugar por las rocas y tomar fotos... o lo que sea.

La idea de "lo que" me hizo sonreír. Tal vez vivir en Sandyland no sería tan terrible. Tal vez incluso estaría... bien.

—Me gustaría eso, —dije—. Pero tengo que hacer algo con mis padres. —Él no tenía que saber sobre la búsqueda de apartamento. Todavía no. Todavía me estaba acostumbrando a la idea.

—¿Así que tú y tus padres están muy unidos? me preguntó.

Solté un bufido.

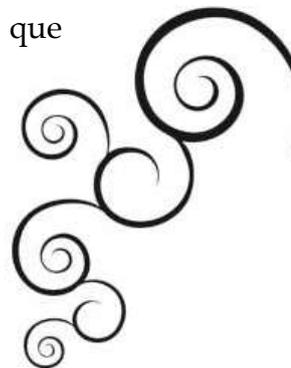
—No lo creo. Cada uno de nosotros hacemos nuestras propias cosas. —Me encogí de hombros—. Se resuelve bien. A excepción de cuando no es así.

—Eso está bien, —dijo.

—Tú y tu padre parecen cercanos.

—Supongo. —Se mordió el labio. Me gustó mucho ese pequeño hueco en su diente.

—Pero somos como amigos, ¿sabes? Me gusta, va a salir en el barco durante un par de días, y es genial. O bien, me quedo toda la noche, y a él no le importa. Bueno, supongo que tengo suerte. Tú sabes, porque puedo hacer casi lo que quiera. Larry es un tipo genial. Nos llevamos bien.



—Siempre he querido tener una hermana, —le dije—. O tal vez incluso un hermano. Justo, alguien aparte de mí.

Eché una mirada en la puerta delantera de Foto Psíquica.

—Sí, yo también. Peleo con Leo y Delilah, que casi se siente como que estamos asociados. Y... es bueno. —Algo pasó por su rostro. ¿Pensamientos acerca de dejar Sandyland, tal vez?

Tomó mis dos manos entre las suyas y me miró fijamente, con los ojos como el vidrio del mar.

—¿Puedo verte esta noche?

Me acerqué a él.

—Creo que se puede arreglar.

Sostuvimos la mirada del otro, y él me hubiera besado, si un matrimonio haciendo juego de camisas rojas de polo no habría arruinado por completo el momento por lo que nos movimos para que pudieran llegar a la puerta. (Como se veía en la señal de la tienda, el hombre comentó: "¿Cree usted que vamos a tener que decirles que queremos unas fotos impresas o van a saberlo exactamente?") Le di un último apretón a las manos de Duncan.

—¿A las nueve?

—Te encontraré aquí.



Capítulo 16

Página | 116

Traducido por kuami

Corregido por Virtxu



Mis padres se arreglaron para ir a mirar los apartamentos; una camisa abotonada para mi padre, y un vestido floreado de verano para mi madre.

Ellos no deberían haberse molestado. Si la Suite Home era una mierda espectacular, los apartamentos que vimos a continuación, eran horribles. No saqué ninguna foto. Si había fantasmas en estos lugares, estaba segura de que eran malos.

Apartamento nº1 (a.k.a. también conocido como "El monóxido de carbono especial") estaba por cierto en la carretera de camino a Suite Home—si se puede llamar carretera a una autopista de seis carriles. No había ninguna pequeña colina entre él y la carretera, y tampoco había nada de césped que produjera oxígeno para filtrar los vapores.

—Es más tranquilo en invierno —gritó el encargado del edificio, tirando hacia abajo de una chirriante ventana—, cuando todo está cerrado.

—¿Por qué simplemente no podemos alquilar algo cerca de la playa?
—Pregunté mientras nos dirigíamos al siguiente lugar. Eso haría más fácil dar paseos bajo la luna con Duncan.

—Por la misma razón que tenemos que vivir aquí, en el primer lugar —dijo mi madre.

Apartamento nº 2 (palabra clave: "Cueva") estaba bien, en un barrio de casas chaparras y céspedes irregulares. Mi madre decía que las casas en esa calle costaban casi un millón de dólares porque estaban en la carretera al lado del océano, pero pienso que ella se lo estaba inventando. El barrio no parecía ser en



absoluto grande. Parecía que podría estar en Amerige, al igual que podría estar en cualquier otro lugar.

La cueva estaba en el final de una calle sin salida, parte de una destartada casa azul se apoyaba en una colina. El apartamento tenía una puerta lateral y una pequeña ventana, y eso era todo. El resto estaba enterrado en la ladera. En su interior se estaba tranquilo y fresco. En realidad, hacía una especie de frío, con una diferencia de más de veintiséis grados fuera. Parecía como si estuviéramos en una tumba.

¿Cómo sería este lugar en enero?

Cuando mi padre (¡que se había afeitado!) preguntó sobre la seguridad contra incendios, el dueño de casa, un hombre viejo canoso con un centenar de miserables años, miró a su alrededor y dijo que había una puerta que conducía a la casa principal. —Pero la mantengo bajo llave en todo momento.

¡La siguiente!

Terminamos nuestro recorrido por las Casas "Bonitas de Sandyland" giramos a un complejo llamado los Apartamentos de Vista de Valle. Me pasé todo el tiempo allí tratando de escoger un nombre más descriptivo. ¿El pozo? ¿El agujero? ¿El lugar donde la gente fea viene a morir?

Los apartamentos no estaban en un valle, sino que estaba en una zanja enorme. Lo que hacía parecer "La Cueva" alegre en comparación: al menos allí llegaba la luz del sol en el patio. En Valley View, siempre sería de noche. Era como diciembre en Suecia o Alaska o uno de esos otros lugares del norte donde el sol no brilla. Lo juro por Dios: era después de la una cuando vimos el lugar, y el sol no había salido aún de la colina.

El lado positivo, no me gustaría ver este lugar bien iluminado.

Incluso en la oscuridad se veía sucio, desgastado y triste.

Había dos edificios largos, color café que se enfrentaban entre sí por un estacionamiento central. No había ningún patio o balcones, simplemente pasillos rectos de cemento, tanto arriba como abajo, con una hilera de puertas delanteras. En un par de puertas había coronas de flores falsas o agradables carteles de bienvenida sobre ellas, lo que los hacía, de alguna manera, parecer aún más patéticos. El complejo estaba lleno de adultos gordos y niños flacos,



todos caminando con los hombros encorvados hacia delante, la boca hacia abajo en señal de disgusto o rechazo.

Las televisiones sonaban detrás de cada puerta.

Pensé, prefiero morir que vivir aquí.

Siguiendo al gerente del apartamento a una "esquina", oímos algo desagradable, y entonces lo vimos: un montón de vómito de color beige rosado directamente en medio de la pasarela. El gerente dio una vuelta a su alrededor. Mi madre se paró en seco y me agarró del brazo, como si estuviera tirándome detrás de un coche en marcha.

—Voy a buscar a alguien para que limpie esto —dijo el gerente, una mujer con los dientes amarillos manchados de nicotina, con el pelo gris y un aterrador conjunto de tetas que amenazaban con derramarse por encima de una camiseta sin mangas de un brillante color turquesa.

—Hemos terminado aquí — dijo mi madre con su voz ronca. Y después ella se volvió y me llevó hasta el coche, seguidas por mi padre.

Nos subimos en el Escalade, que parecía totalmente fuera de lugar, en el aparcamiento junto a la chatarra de vehículos. Y entonces mi madre rompió a llorar. Ella lloró y lloró hasta que casi no pudo respirar, son sus afilados hombros encorvados hacia delante al igual que la gente que vivía en Valley View.

Ella todavía estaba llorando cuando entramos en el aparcamiento del barrio Suite Home, que, tengo que decirte... a estas alturas parecía un complejo de cinco estrellas... pero ya estaba respirando un poco más normal y estaba limpiándose con un pañuelo de papel usado. Sentí lástima por ella, supongo, pero lo único que podía pensar era en el vómito.

Después de que mi padre estacionara el automóvil, mi madre se quedó en su asiento.

Él dio la vuelta, abrió la puerta y la ayudó a salir.

Ni siquiera noté a Duncan hasta que prácticamente tropecé con él.



Estaba agachado sobre el cemento fuera de nuestra puerta, escribiendo una nota. Cuando me vio, cogió la nota, junto con un ramo de flores silvestres que había estado descansando en el suelo, y se puso en pie.

—Hola. —Sus ojos parecían especialmente verdes a la luz del sol. Las puntas blanqueadas de su pelo brotaron debajo de su gorra de béisbol puesta hacia atrás.

—Hola —le dije. Uno pensaría que yo estaría preocupada por lo que dirían mis padres de Duncan, pero ahora mismo estaba tan mortificada sólo por ser vista con ellos, mi padre sostenía el brazo de mi madre con los ojos llorosos como si ella estuviera en un pase de día del hospital psiquiátrico.

—No pensé que estuvieras aquí —dijo, sosteniendo en alto la nota.

—Y no lo estaba. —Tomé el trozo de papel.

—Oh.

Mis padres pasaron junto a él, apenas con un hola. Por lo menos mi madre no estaba llorando activamente a estas alturas. —Sólo estábamos haciendo algunos encargos —mentí. Él asintió con la cabeza y me entregó el ramo.

—¿Son para mí? —dije. (Todo juntos ahora: —¡No, mierda!)

Había margaritas silvestres, encajes de la Reina Ana y algunas flores moradas que no reconocí.

—Crecen en la colina detrás de mi apartamento —dijo—. Se veían muy bonitos, así que simplemente, como que, pensé en ti.

—Gracias. —Una sensación extraña se deslizó a través de mi pecho.

—Podrían tener bichos —dijo él.

—¡Oh! —Sostuve las flores lejos de mi cara y entonces lo miré—. Hay algo diferente en ti.

Él tocó su lóbulo. —Saqué mis aretes. Pensé que podría encontrarme a tus padres.

Mi pecho se encogió aún más. Ansiedad: eso es lo que era. No sólo estaba avergonzada de mi madre. Me sentía muy incómoda al tener a Duncan tan



cerca de mis padres, como si fueran de dos mundos diferentes que preferiría no mezclar.

—Será mejor ver que está haciendo mi madre —murmuré.

Él asintió con la cabeza. —Sí, tengo que irme a casa de todos modos.

—¿Dónde vives?

Hizo un gesto hacia las colinas más allá de la carretera. —A una milla de aquí hay un grupo de apartamentos. Se llama Valley View.

Mis manos asieron las flores. —Creo que lo he visto —grazné.

—¿Sí? —Parecía contento—. Es bastante agradable. Mucho más soleado que el último lugar en que vivimos.

Extendió la mano para tocar mi mejilla, pero cuando él vio mi expresión, se detuvo. —Así... ¿te veré esta noche?

Asentí con la cabeza en las flores, sin querer mirarlo a los ojos. —A las nueve.

Entré en la habitación me senté en la cama y abrí la nota de Duncan. Estaba toda en mayúsculas. Su letra era rara y puntiaguda, parecía que había sostenido el lápiz con sus dientes.

ESTIMADA MADSON (GG),

*SERÍA REALMENTE GENIAL Y ESTARÍA FELIZ DE QUE ME
ACOMPañARAS A UNA BARBACOA ESTA NOCHE.*

DUNCAN.

Me quedé mirando fijamente la nota lo que pareció como una hora. Y entonces la arrugué y la tiré a la basura.



Capítulo 17

Página | 121

Traducido por Dani

Corregido por marzeDoyle

No hay nada como un buen funeral para animar a una persona, y para la tarde siguiente mi madre estaba total y absolutamente contenta.

—La Sra. Lunardi tenía sesenta y seis años, —gorjeó, sacándose de un tirón las zapatillas de lona que usaba para trabajar—. Cáncer. Lo tuvo durante años. Se iba a veces, pero seguía volviendo. —Se sacó su camiseta polo verde y se quedó ahí en sujetador beige mientras terminaba de hablar—. Vivió en Sandyland toda su vida, debió haber habido una gran multitud.

—Suena increíble, —dije, el sarcasmo se perdía completamente en ella. Sacó una camiseta bastante nueva color melocotón de su cajón y se la puso por su cabeza—. Dos arreglos grandes alrededor del ataúd, los hice con rosas blancas y calas, más tres en el altar. Y esos eran sólo de la familia. Tuvimos dieciocho pedidos de personas del pueblo. Hortensias, lirios, no permitía claveles en mi turno. —Tomó un cepillo del tocador y comenzó a alisar su dorado cabello—. La administradora de la floristería dice que nunca había visto a nadie trabajar tan rápido como yo. Dice que soy natural.

—Estoy realmente feliz por ti, mamá. Si tienes suerte, tal vez algunas otras personas de por aquí morirán.

Whoops, estaba esa ceja arrugada.

—Sólo estoy haciendo esto por mi familia, —dijo.

Asentí, sintiéndome avergonzada de mi brusquedad. Pero no quería escuchar nada sobre Francine Lunardi o Sandyland o claveles. No me importaba si el tipo de la ventana era un espíritu misterioso o alguna variedad de pervertido de jardín. Solo quería ir a casa en Amerige, donde la vida era normal. Donde las personas eran normales. No había ido a encontrarme con Duncan la noche



anterior. Y sabía que era estúpido de mi parte (¿estamos encontrando el patrón aquí?), pero no podía pasar por encima de la forma en que me sentí cuando lo había visto cerca de mis padres, no podía moverme más allá de mi reacción a su nota. No podía dejar de pensar, él es como Kyle Ziegenfuss sólo que más lindo. Si Duncan aparecía en Amerige, no lo miraría dos veces. ¿Qué estaba haciendo, pasando tiempo aquí con él? Seguro, lucía como un bicho raro yo misma, con toda la horrible ropa y el pelo peor, pero todavía era yo. Muy en el fondo, todavía era uno de las chicas buenas. Podía arreglar mi cabello y comprar ropa nueva, y volvería a ser la persona que siempre había sido.

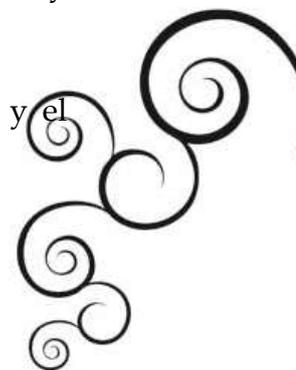
No estaba segura de cómo me sentía sobre Delilah, tampoco. Era divertida para una amiga de verano, como una sustituta temporal y alocada para Lexie, pero no podía vernos siendo buenas amigas si de verdad iba a vivir aquí.

¿Realmente iba a vivir aquí? Oh, Dios. ¿Cómo pasó esto? Seguía imaginándome mi casa como una fotografía en mi mente. Nuestro modelo de cinco habitaciones en Jennifer Road, llamado "La toscana." Era de estuco y piedra amontonada con techos altos y barandas forjadas de hierro. Nos habíamos mudado allí hace cuatro años, de una casa más antigua y más pequeña al otro lado de la ciudad.

En seguida mi madre se había deshecho de nuestros muebles viejos y había comprado cosas que combinaran con la casa: pesados y recargados, con tapicería de terciopelo y toques de oro. Entonces un par de años después habíamos ido a Francia para el descanso de primavera, y mi madre se deshizo de todo eso por "El País Francés," lo que quería decir madera aviejada, estampado a rayas y gallos. Montones y montones de gallos. Tal vez si ella hubiera ahorrado el dinero en vez de gastarlo todo en gallos, todavía tendríamos la casa. Pero no. Era más que eso: era la piscina, los coches, los televisores. Eran las vacaciones y las salidas a comer. Era todo lo que componía nuestras vidas. Y ahora se habían ido.

Cuando mi padre llegó a casa del trabajo, alrededor de la hora cenar, parecía considerablemente menos contento que mi mamá. Si había parecido cansado después de su primer día de trabajo, hoy parecía destruido. Sin que me lo pidieran, le llevé un vaso con agua fría. El asintió en forma de agradecimiento y se lo tomó de un sorbo.

—Hablé con mi jefe, —dijo—. Está bien con que me tome el miércoles y el jueves también, si lo necesitaba.



—¿Para ir a Amerige? —Pregunté.

Él asintió. Lexie había regresado del lago. Que no daría para hablar con ella ahora. Tal vez podríamos pensar en alguna forma de convencer a mis padres para quedarse en la ciudad.

—Voy contigo, —anuncié.

—Va a ser un viaje realmente corto, —dijo mi padre.

—Lo sé.

Y entonces, en un instante, recordé algo que Delilah había dicho sobre Duncan, que si su padre se iba, podía mudarse con ellos. ¡Desde luego! ¡Podía vivir con Lexie! ¿Por qué no había pensando en eso antes? Su familia me amaba, su casa era gigante, y yo estaba ahí todo el tiempo, de todos modos.

—¿Estás segura de que quieres volver? —Dijo mi mamá—. Va a ser un poco... incómodo. Y, de todas formas, tengo que quedarme aquí; estoy programada para trabajar el miércoles.

—Voy a ir.

El martes por la mañana, corrí hacia Delilah en la playa, donde había fotografiado a Francine Lunardi. Había sacado probablemente cincuenta fotos sin disfrutar ninguna de ellas y sin una sola figura inexplicable apareciendo. Estaba empezando a sentir como si hubiera soñado toda la cosa.

—Hey, extraña —dijo Delilah.

—¿Qué quieres decir? Te vi, como, hace tres días.

—Sólo te estaba dando un mal momento. —Sonrió, pero sus ojos lucían más fríos que antes— ¿Quieres pasar el rato en la tienda conmigo? Empecé mi pieza de basura.

Tuve la sensación de que ella me estaba probando, como si ya supiera lo que iba a decir.

—Gracias, pero tengo que ir a hacer algunas cosas al motel.

—Duncan está en la tienda, —dijo Delilah—. Sólo, ya sabes... pasando el rato.



Pensé en la nota de Duncan. “ERES UNA CHICA REALMENTE LINDA”. Si le hubiera pasado a alguien más, hubiera sido divertido.

—Te echó de menos la otra noche, —dijo Delilah.

—Oh, cierto. Yo solo tuve... mis padres tenía algunas cosas que querían que hiciera, y no me dejaron ir. —Penoso. Muy penoso. Página | 124

Delilah asintió, claramente sin creerme.

—Le gustas, —dijo.

—Sí, sé eso. —El sudor de mi mano humedeció mi cámara.

—Y tu... ¿sientes lo mismo?

Escogí mis palabras cuidadosamente.

—Es un lindo chico.

—Oh. —Algo en su cara se cerró. ¿Qué importaba, sin embargo, lo que Delilah pensaba de mí? Y ¿qué diferencia haría si me gustaba Duncan?

—Me voy mañana, —dije—. Me voy a casa.

Ella parecía sorprendida.

—¿Para siempre?

Me encogí de hombros. —Probablemente.

Por supuesto, no podía estar segura de que los padres de Lexie me dejaran quedarme a vivir con ellos. Pero incluso si volvía a Sandyland, necesitaba un nuevo grupo, lo que era muy obvio. Ella cruzó sus brazos.

—Eso está muy mal. Todos pensamos que podrías... es igual. —Me estudió con sus ojos claros—. Ha sido divertido, —dijo finalmente.

—Sí, —dije—. Lo fue.



Capítulo 18

Página | 125

Traducido por paovalera

Corregido por kuami



El sol estaba alto en el cielo para el momento en que nos conducimos hasta Amergie. Le pregunté a mi papa para que me llevara para la casa de Lexie enseguida porque no podría soportar otro minuto sin hablar con ella. Además, estaba lista para volver a ver mi casa.

La casa de los Larstroms era blanca con tejas rojas y todo tipo de curvas y marcos que creaban unas sombras interesantes. Parecía ser más grande de lo que recordaba por el tiempo en que he estado ausente. ¿Había pasado una semana y media? Me sentía como una persona completamente diferente. Necesitaba a Lexie para sentirme igual que antes.

Mi padre esperó en el auto mientras entraba en la casa.

—Cielo Santo, Madison, ¡tu cabello! —dijo la señora Larstrom, de pie en la entrada de la casa—. Casi que no te reconozco.

—Sí, fue, um... algo como un error. ¿Está Lexie?

—Se acaba de ir; está con Melissa, —tocó mi brazo suavemente y su frente se frunció, preocupada—. ¿Conoces a Melissa? ¿Del periódico escolar?

—Claro, conozco a Melissa, —le dije a la Sra. Larstrom. Mi cuerpo se sintió frío—y—caliente al mismo tiempo. En el exterior el aire estaba pesado y quieto, detrás de la entrada, el aire acondicionado de los Larstrom soplaba con toda su fuerza.

—Hay unos cuantos chicos que fueron para allí para nadar, —la Sra. Larstrom dijo, tocando mi brazo de nuevo—. Estoy segura de que les encantara verte. Pasa, te daré la dirección.



—Un minuto, —le hice señas a mi padre y seguí a la Sra. Lanstrom dentro. Sus pasos hacían eco en el piso de madera mientras yo esperaba, el doble techo sobre mí y el aire acondicionado me dieron escalofríos.

Le tomó un tiempo volver porque la casa era muy grande. (Apenas me escucharía si me mudo)

—Aquí la tienes, —dijo, caminando hacia mí y sosteniendo un pedazo de papel, de nuevo tocando mi hombro. No creo que me haya tocado tantas veces en los años que llevo conociéndola.

Volteó su rostro para un lado. —¿Como está todo?

Me encogí de hombros. —Bien.

—¿Y tus padres?

—Están bien. Mi padre está en el coche.

Ella asintió. —¿Y tu madre?

—Ella está en la casa de verano. —Lo primero que se me ocurrió. La casa de verano: como si estuviéramos en unas buenas vacaciones, como si pudiéramos pagar una casa, mucho menos dos. —A ella le encanta la playa, —agregué.

—Bien, Madison, espero que sepas que siempre eres bienvenida para quedarte con nosotros. Un fin de semana, una semana, todo el tiempo que quieras.

Sonreí, temblando aliviada. —Gracias, tendré eso en mente.

La casa de Melissa, a menos de una milla de distancia, era casi tan grande como la de Lexie pero ni cerca de ser tan linda. Era alta y rectangular, los ladrillos alrededor de la puerta principal parecían muy nuevos y muy rojos. La piscina era sólo una piscina normal de hormigón sin rocas ni nada, pero había un jacuzzi a nivel del suelo cubierto con algo que parecía una cabaña.

El jacuzzi estaba tan lleno de cuerpos que al principio no vía a Lexie. Ya me estaba sintiendo apenada y le había dicho a mi padre que se fuera.

—Eres Madeleine, ¿no? —La madre de Melissa, la Sra. Raffman, me preguntó. Estaba vistiendo shorts y un top que dejaba a vista sus flacuchos y bronceados brazos.

—Madison.



—Cierto. —Como Melissa ella tenía el cabello oscuro, y enrolladlo, aunque el de ella estaba más corto. Ojos marrones y piel oliva. Sus labios sonreían pero sus ojos no. Ella no parecía ni odiosa ni nada, sólo cansada.

—Melissa, tienes otra amiga aquí, —ella gritó hacia el patio. Burlas y risas salieron del jacuzzi.

Melissa, con un bikini amarillo, apareció desde la cabaña. Tomó una toalla y camino por el cemento, cubriéndose de la luz del sol.

De detuvo cuando me vio. —¿Madison? —se colocó su mano sobre su frente para bloquear la luz del sol pero seguía frunciendo el ceño; normalmente ella usaría gafas de sol negras.

—Hey, —dije. Su madre volvió a entrar en su casa.

—Yo pensé, —Melissa comenzó—. Escuché...

Atravesando el patio, unas caras serías se asomaban. Las burlas se acabaron.

Melissa dijo, —cambiaste tu cabello.

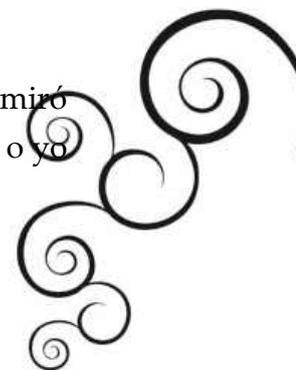
Toqué mi cabeza. Mi cabello negro estaba recogido en una cola de caballo para minimizar el efecto. —Sí, traté de hacer algo diferente. Sólo me pasaba por aquí, —dije—. Espero que no haya problema.

—¡Por supuesto que no! —Melissa tomó mi brazo y me empujó. —¡Es tan bueno verte!

El rostro de Celia fue el primero que reconocí. —Pensé que te habías mudado, —admitió. Ella estaba sentada en el borde del jacuzzi, pero con cuidado para no golpearse con el techo. Ella me lanzó una mirada. De repente, deseé haber ido a mi casa antes de venir aquí, me hubiese podido cambiar algo diferente a una camisa purpura y shorts recortados.

—¡Madison! —Lexie salió del agua y se apresuró hacia mí. Tenía un top azul brillante y unos shorts marrones. Mi propio, y nuevo traje de baño estaba en mi bolso de playa. Pensé en cambiármelo antes de venir pero pensé que sería muy grosero, como si me estuviera invitando a mi misma en vez de sólo pasando por aquí casualmente.

Lexie apenas me miró, sólo envolvió sus brazos sobre mí y me miró fuertemente, lo que hubiese sido dulce si ella no hubiese estado tan mojada o yo



hubiese estado en traje de baño. Ella dijo; —¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —con una voz que sonó casi histérica. La he extrañado como loca, pero ahora estaba de alguna manera avergonzándome.

Cuando finalmente me soltó, había una marca de agua en toda mi ropa. Crucé mis brazos sobre mí, pero no ayudó mucho.

—Fui a tu casa, tu madre me dijo que estarías aquí. —Le dije a Lexie, como si fuera un verano normal. Miré a Melissa—. Espero que no haya problema, —le dije por segunda vez.

—Estoy encantada de que estés aquí, —dijo Melissa. Esto fue algo de último minuto, sabes, para darle al grupo una oportunidad de conocernos mejor.

Miré hacia el jacuzzi y le mostré una sonrisa forzada a las cabezas que se asomaban. Conocía a algunos. Rolf estaba aquí, sumergido hasta el pecho, sus brillantes y blancos brazos expandidos por el borde. El no estaba cerca de Celia. Sus ojos azules fijos en mí, una sonrisa tentativa en su rostro. Me sonrojé de vergüenza, por la ropa, el cabello y la reacción de Lexie.

Tenía la urgencia de apartarme con Lexie y preguntarle que había dicho Rolf sobre mí desde nuestro último e-mail. He estado muy molesta últimamente con todo el asunto de Celia, pero ahora, mirándole —un chico lindo, normal e inteligente— volver a estar juntos parecía más que una oportunidad para vengarme y mayor oportunidad para perdonar. Todos cometemos errores, después de todo.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí? —preguntó Lexie—. ¿Esto significa que no de mudarás?

—Es algo indefinido por los momentos, —le dije, recordando las palabras de la Sra. Larstrom: tanto tiempo como te quieras quedar.

—Me hubiese gustado que me dijeras que vendrías, —dijo Lexie.

—Fue algo de última hora. —¿No estaba feliz de verme? Y luego me di cuenta: no hubiese venido a esta fiesta de saber que podría pasar el día conmigo.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Melissa. —Hay capuchinos embotellados, además hay un poco de batido en la licuadora.

—Um, no gracias.



Celia salió del jacuzzi y caminó por el cemento con sus grandes pies de pato. Todavía no podía creer que Rolf me hubiera dejado por ella. No era ni bonita. El agua se le había pegado a la cabeza de la frente. Su frente se veía muy grande y con forma de huevo.

—Entonces, ¿qué significa esto? —Celia dijo, con las manos en las caderas.

Entrecerré mis ojos, confundida. —Urn, que no estoy sedienta.

—No, —ella me cortó. —¿Que significa que estés de vuelta? ¿Melissa?

Melissa se aclaró su garganta y miró al suelo. Las gotas de agua con cloro caían de sus rizos. —Wow, esto es incomodo.

—¿Qué? —pregunté.

—Todos dijeron que te habías mudado. —Me miró antes de volver su mirada al suelo. —Y luego Celia me llamó unos días más tarde para ver si todavía necesitábamos una fotografía para el periódico. Ella te reemplazaría, y entonces, yo, um...

—¡Pero te dije que me quedaría! —dije—. ¡En ese e—mail!

—Lo sé, pero mis padres conocen a alguien que conoce a tus padres. Y ellos dijeron —lo que obviamente fue un rumor— que el negocio de tu padre se fue a la bancarrota y perdieron todo y no podrían costear el quedarse en este lugar. Y entonces yo te envié otro e—mail, sólo para asegurarme de que volverías, pero no respondiste, y tu teléfono fue cortado, y... —Ella miró hacia arriba, desesperada—. ¿Estás segura de que no quieres un cappuccino?

Asentí.

—¿Trajiste bañador? —Melissa preguntó, cambiando el tema—. ¿Quieres entrar al jacuzzi? La piscina está muy fría.

Hice un Sí—No, asentí—negué; Traje mi bañador, pero no quería entrar al agua. —Gracias, pero tengo unas cosas que hacer en casa, —¿podía llamarla "casa" de todas maneras?

—Oh, —dijo Melissa—. Claro. —Celia volvió al jacuzzi, reclamando un lugar lejos de Rolf.



—¿Puedo usar tu teléfono? —Le pregunté a Melissa, de repente desesperada por irme. Estaba a punto de decir que había olvidado mi teléfono, pero luego recordé: todos ellos sabían que ya no tenía uno.

—¿Por qué no caminamos a mi casa juntas? —dijo Lexie, tocando mi brazo justo como su madre había hecho—. Llamas desde allá.

Asentí, muy asustada de poder llorar si decía algo.

—Podemos hacer que funcione, —dijo Melissa—. Algo como, Celia toma las fotos de deportes y tu las demás. O como sea.

Asentí de nuevo.

Mi cámara estaba en mi bolso, pero no la saqué. No había nada de este momento que quisiera preservar.

La casa de Lexie no estaba lejos. Nuestras sandalias sonaban como gotas gordas de lluvia contra el pavimento.

—Pensé que te habías ido, —Lexie dijo en una voz calmada—. Me refiero a para—siempre. Ahora que se cabello se comenzaba a secar por el calor del medio día, pude que se lo había cortado. Recto y despuntado, justo abajo de sus hombros. Ya no éramos gemelas.

—¿Por qué pensarías eso? —pregunté, enfadada. Me fui por menos durante dos semanas. Algunas personas dejan el pueblo por todo el verano, no nada del otro mundo.

—Por qué tu casa tiene un gran aviso en el frente, y tu nunca me dijiste que te mudabas. —Me miró y luego apartó la mirada rápidamente—. Traté de llamar, pero los teléfonos están desconectados.

—Tendré un nuevo teléfono, —dije—. Eventualmente, —y lo haré, también. Los teléfonos no eran tan caros. Todos tienen uno... Okey, todos menos Leo y Delilah y Duncan. Pero ellos no cuentan.

—No, me refiero al teléfono real, al de tu casa. Llamé y escuché esta grabación. 'El numero con el que intenta comunicarse ha sido desconectado.' Y recibí un par de e-mails de tu parte y luego... nada, —¿por qué ella tenía que tener ese tono en su voz? Sonaba como si me estuviera acusando de algo.

—Lo haces parecer como si hubiera muerto, —dije.



—Debiste haberme dicho que te mudarías, —dijo ella.

—¡No lo sabía! —me detuve frente a una linda casa azul con un árbol floreado en el frente. Había un camión de jardinería estacionado delante, un hombre tranquilo con un sombrero estaba cortando los bordes. Hace unos años mi padre construyó una ampliación al fondo de esta casa, agrandando la cocina y creando un gran salón familiar con un tragaluz. La cocina tenía un gran horno de ladrillo para pizza y un congelador exclusivamente para helados. Mi padre hablo de ese congelador por meses.

Lexie me encaró, parecía triste o algo así. No podía decir exactamente como.

—Mi padre encontró trabajo en la playa, —le expliqué—. Y ellos hicieron que pareciera como si fueran simples vacaciones para mí y mamá para que fuéramos a algo como un crucero. Pero cuando llegamos allá comenzaron a actuar extraño, y luego finalmente admitieron que habían perdido la casa, y...

—Mi voz se rompió. Tragué fuerte para evitar llorar.

—Lo sé, —dijo Lexie—. Mamá me dijo sobre el trabajo de tu padre.

—¿Tu madre lo sabe?

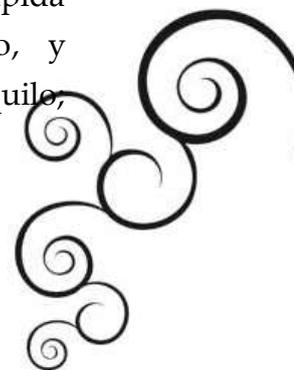
—Todos lo saben.

—Genial, —cerré mis ojos por un minuto. Cuando los abrí, todavía estaba de pie frente a una casa por la que había pasado cientos de veces, buscando a la amiga que me había ayudado con mis problemas un millón de veces.

Pero pareciera que hubiese sido dejada en un universo alterno. Ni la casa, ni Lexie parecían reales.

—Somos pobres, —dije. —Mi padre está cavando hoyos para sobrevivir. Mi madre encontró trabajo en una tienda de alimentos. Es como un mal sueño. —me arrepentí de mis palabras en el instante en que las dije; decirlas en voz alta hacia todo más real.

Estuvimos calladas por el resto de la caminata. Para el momento en que llegamos a casa de Lexie, el sudor estaba bajando por mi cuello y mi espalda. El aire acondicionado en su casa me hizo temblar. Su madre hizo una rápida aparición, el tiempo suficiente para tocar mi hombro y sacudir mi mano, y luego fuimos hasta la habitación de Lexie. El pasillo de arriba estaba tranquilo,



el ama de llaves tenía el día libre, y Brooke y Kenzie estaban en un campamento de gimnasia.

Me tiré a la esponjosa cama de Lexie, pero ella se mantuvo alejada de mí, en la silla del ordenador. —¿Es tranquilo allí? —ella preguntó—. ¿En la playa?

—Apesta, —dije mirando a su techo.

—Lo siento.

—Está bien, —dije—. No me quedaré.

—¿A dónde irán?

Me senté en la cama y miré alrededor. La habitación de Lexie era casi tan grande como la suite de Sandyland: mucho espacio para dos personas. Claro Lexia nunca ha tenido que compartir habitación; quizás no le gustaría. Había una pequeña habitación de invitados al final del pasillo.

—Estaba pensando, —comencé—. Tu madre dijo... —mi voz se desvió. Lexie se quedó congelada en su silla. Esta visita no estaba yendo como esperaba. Esa parada en casa de Melissa lo había arruinado todo.

Tomé una almohada y la coloqué en mi cabeza. —Odio a Celia, —dije, de vuelta en el territorio familiar—. ¿Qué? Oh, sí, ella es una perra. ¿Viste como me miraba? ¿Y cómo salió corriendo del jacuzzi?

El rostro de Lexie se relajó. —Ella es como un buitro. Seriamente. No puedo creer que llamara a Melissa de esa manera...

Me apoyé a un lado y coloqué mi cabeza sobre un hombro. —Ella no dejará nada para mí. Ni Fotografía. Ni Rolf. No creo que le gustara Rolf hasta que yo salí con él.

—Tú nunca saliste con él en realidad, —dijo Lexie, volviéndose al ordenador y moviendo un par de llaves.

Me senté. —Bueno, de alguna manera lo hice. Sabes a que me refiero.

—Celia es una perra, —dijo ella, girándose para mirarme, sosteniéndose en la silla—. Y no creo que sea una buena fotógrafa.

—¿Entonces qué dijo Rolf sobre mi? —pregunté—. ¿No ibas a hablar con él?



Se levantó de su silla y se apresuró al baño. —Tengo que quitarme este bañador. Está húmedo.

Mientras ella se duchaba y cambiaba, me senté en su cama, abrazando mis rodillas contra mi pecho, tratando de encontrar las palabras. Cuando la puerta del baño se abrió finalmente, me acobardé.

—Estaba pensando que podría venir a vivir contigo.

Ella no dijo nada durante un largo tiempo, sólo se quedó mirándome fijamente con esos ojos azules Larstrom. —No creo que tus padres te dejen, —dijo ella finalmente.

—Creo que si lo harían. —Dije rápidamente—. Lo he pensado muy bien y creo que se sentirán mal sobre mí, mudándome a mitad de la secundaria. Además, no creo que Sandyland tenga un buen sistema de educación. Mis padres siempre están diciendo que quieren que vaya a la universidad, y ahora necesito una beca, lo que significa que mis estudios significan todavía más. No es como si no los vaya a ver. Están sólo a unas horas de aquí, y hay trenes.

—Maddy, eres mi mejor amiga, y te quiero, —dijo Lexie, su voz estaba débil.

—¡Yo también te quiero, Lex! —El alivio se extendió por mi pecho. Todo estaría bien. Entonces, ¿por qué ella parecía tan triste?

—Pero no hay manera, —ella comenzó—. Quiero decir, mis padres no pueden simplemente tomar a otro hijo.

—¡Pero tu madre dijo que estaría bien! —dije—. No vivir aquí exactamente, pero dijo que podría quedarme tanto como quisiera. Y yo puedo ayudar... tu sabes, hacer labores y esas cosas. Y podría cuidar a Brooke y a Kenzie. Y quizás podría pagarles a tus padres algún tipo de renta.

Alguien golpeó la puerta, y la Sra. Larstrom asomó su cabeza. —Tienen un visitante abajo, —nos dijo.

El visitante era Rolf. Vi su cabeza tan pronto alcanzamos la escalera. Mientras caminábamos hacia abajo, mi cerebro era un desastre: le gusto a Rolf. Pero Lexie no quiere que viva aquí. Entonces no importa si Rolf quiere que volvamos. Nada importa si estoy encerrada en Sandyland. La vida sigue sin mí.



La Sra. Larstrom estaba de pie al final de la grandiosa escalera, con una sonrisa en su rostro. La Sra. Larstrom me dejaría vivir aquí. Ella dijo que me podría quedar tanto como quisiera. A Brooke y Kenzie les encantará tenerme cerca; Siempre he sido más amable con ellos que Lexie. Y para Lexie: no debería habérselo dicho de esa manera. Ella será la misma una vez que se acostumbre a la idea.

Por el momento, me concentraré en Rolf. El estaba allí, parado justo frente a la puerta, luciendo lindo e inteligente, y bueno, normal en una camisa blanca de Surf y bermudas, con un bolso JanSport sobre su hombro.

Mi mano estaba firme en la barandilla de la escalera, le sonreí, o al menos lo intenté. El frunció su rostro infantil con una emoción anticipada pero que lucía más como... ¿Qué? ¿Confusión? ¿Miedo? ¿Vergüenza?

Y luego sus ojos parpadearon sobre mí, detrás de mí, y su rostro se suavizó. Podría incluso decir que hasta brillaba, si es que esa no es una palabra muy femenina. No, no era muy femenina después de todo; era perfectamente femenina. El pequeño marica brillaba. Totalmente, pero no por mí.

Me volteé hacia un lado. Lexie estaba de pie a unos pocos pasos de mí, su cabeza estaba hacia abajo. Y ahí fue cuando lo descubrí.

No me pregunté por qué Lexie no me quería viviendo aquí. Estaba demasiado ocupada con Rolf.

—Pensaba que no te vería durante más tiempo, —dijo mi padre cuando caminé por la puerta trasera de nuestra casa (La madre de Lexie me llevó). El estaba en la cocina envolviendo cosas en papel periódico y metiéndolas en cajas. Sus movimientos eran tensos, lentos, su pesado cuerpo vencido por un largo día seguido empaquetando—. Me imaginé que pasarías la noche en casa de Lexie.

Negué con la cabeza. El no me pidió explicaciones, lo cual le agradecí.

Había mucho más para empaquetar de lo que esperaba, considerando que la mayoría de nuestros muebles habían sido embargados. Coloqué mi ropa en una maleta, mis anuarios y álbumes de fotos en cajas de cartón. Mi Mac tenía que ser devuelto, pero copié mis archivos en un disco duro portátil antes de que mi padre la metiera en su embalaje original (mi madre es una gran coleccionista de cajas) y llevarla a la tienda con unas cuantas palabras sabias; —Nunca compres nada a crédito.



—Gracias papá. Lo recordaré.

No me atreví a quejarme. Mientras mi corazón fue herido en la casa de Lexie, mi padre estuvo cambiando su adorado Escalade* por una vieja mini van descolorida. El BMW de mi madre no estaba en el garaje. No me tomé la molestia de preguntar por eso.

Para las 10:30 en la noche, estaba todo listo: cada detalle de nuestras vidas había sido empaquetado o desechado. Papeles firmados, llamadas realizadas. No había nada más que hacer, nada más que esperar.

—Salvé algunas sábanas y almohadas, —dijo mi padre, arrugando un paquete de salsa para tacos de la cena—. Podemos dormir en el suelo de la biblioteca, tiene una buena alfombra. No tengo nada más que hacer aquí, así que nos podemos ir a primera hora en la mañana. A menos que quieras estar más tiempo con tus amigos, despedirte...

Miré a la habitación vacía, los tristes ganchos para pinturas en las paredes color mantequilla. —Salgamos de aquí.

—¿Ahora?

—Ahora.

Empujamos 4 maletas, 2 cestas de lavandería, una caja, y una gran cantidad de bolsas de compras en la mini van color beige. El resto de nuestras cosas, perfectamente guardadas en unos contenedores de cemento para guardar cosas, allí, podrían esperar. Quizás ni siquiera necesitaríamos todas esas ropas y papeles y libros, lo que haría que la suite pareciera más pequeña.

Una vez que la casa estuvo vacía, pensé en ir de habitación en habitación y tomar fotografías. Pero no lo hice. No fue sólo porque el día fue muy triste, o la casa ya no era nuestra. Es porque a veces las cosas es mejor recordarlas en el corazón.

—¿Lo pasaste bien con tus amigos? —mi padre preguntó mientras salíamos del estacionamiento por última vez, el aviso: 'Se Vende, propiedad del Banco' se iluminó, el jardín lucía mejor semi—iluminado.

—Claro, —dije—. Lo pasamos muy bien.



En el camino de salida, pasamos delante otros dos modelos de casa tipo Toscana, además tres tipo Santa Fe y una casa inglesa. Le dije adiós al camino Jennifer y a mi calle favorita, Noah Way, lo que suena como "No Way" si lo dices lo suficientemente rápido. En la calle Amerige pasamos mi Starbucks favorito, mi escuela primaria, el cine. Pasamos justo por el cruce hacia nuestra primera casa, la pequeña casa, la que no era lo suficientemente buena.

Finalmente llegamos a la autopista, y la mini van ganó velocidad. —Bueno, eso se ha acabado, —dijo mi padre—. Sí, —estuve de acuerdo—. Lo está.



Capítulo 19

Página | 137

*Traducido por Virtxu, pimienta y Emii Gregori**Corregido por selune*

Era casi la una de la tarde cuando me desperté en mi rasposo sofá en Home Suite Home. Había dominado finalmente el arte de dormir a través de la cacofonía de gorjeos, tuberías, ladridos de perros y niños dormidos. Estaba sola en la habitación, mis padres estaban ambos en el trabajo.

Era un día hermoso: cielo azul, brisa ligera, baja humedad. Seguí con las cortinas cerradas, prefiriendo disfrutar del sol en la oscuridad y la depresión. Después del choque de la traición de Lexie ("No entendemos cómo pudo suceder," dijo ella. Y, un vomitivo, "Es como si fuéramos dos mitades de un todo." ¡Venga! ¡Por favor! ¿Quién dice que una mierda así?), me di cuenta de lo mucho que había estado contando con ella para salvarme. Había acumulado toda esta fantasía de "La vida con los Larstroms". En ese mundo, no habría mucho que cambiara. Tendría la misma escuela y los mismos amigos. Lexie me llevaría de compras y pondríamos todo en su tarjeta de crédito, su madre nunca se daría cuenta. Echaría de menos a mis padres -quiero decir, más o menos- pero no es como si nunca los fuera a ver de nuevo.

Pero como dije, había sido una fantasía. Mi antigua vida había terminado.

Esta era la realidad: en lugar de ser una princesa en el palacio de los Larstroms, era una prisionera en un motel a precio rebajado. En lugar de Lexie y sus divertidos e-mails, tenía a Delilah y su colección de basura. En lugar de a Rolf y sus zumos con gas, tenía Duncan y su grandioso monopatín.

Ante el pensamiento de Duncan, mis ojos se llenaron de lágrimas. ¿Por qué se reía todo el tiempo? ¿No sabía que su vida era una mierda?

En el oscuro cuarto, organicé la ropa de casa, la mayoría de las cuales estaban aún más desgastadas de lo que yo recordaba.



Mi camisa púrpura de la tienda de segunda mano parecía nueva en comparación. Por lo menos mis vaqueros Seven aún se veían bien. Me los puse, pensando que me harían sentir nuevamente yo. No lo hicieron, pero me los dejé puestos de todos modos. Salí al pequeño patio, me senté en una sucia silla de plástico, y escuché a los coches que pasaban.

Horas más tarde, mi madre, preparándose para irse a la cama, dijo:

—Una persona vino a verte ayer.

Duncan. ¿Habría recordado quitarse sus pendientes? ¿Me habría dejado otra nota vergonzosa?

—Era una chica, —dijo mi madre—. Con una especie de... extraño pelo. Y ropa.

Me sentí aliviada y decepcionada a la vez. —Era Delilah. Ella es una artista.

—Eso parece. —Mi madre roció un poco de crema blanca en sus manos—. Ella me dijo que quería que pasaras por allí.

Me encogí de hombros. —Iré mañana. (Quizá.)

—Ella dijo algo acerca de... ¿un hombre en una ventana? —Se frotó la crema en sus manos—. Dijo que sabrías lo que quería decir.

Miré a mi madre. —¿Qué pasa con él? —Mi madre cerró de un golpe la parte superior del bote—. Ella dijo que sabría quién era.

Oí la música mucho antes de llegar a Foto Psíquica, o, más bien, sentí los latidos golpeando en el aire de la noche. No fue hasta que estuve en el exterior del edificio que logré descifrar la letra: algo acerca de una montaña rusa del amor. Dímelo a mí.

La puerta trasera estaba abierta y la puerta en la parte inferior de la escalera un poco abierta. Pensé en el hombre extraño merodeando. Realmente deberían ser más cuidadosos.

La música no era lo único que salía de la vivienda. La gente estaba atascada a lo largo de las escaleras y en la puerta: riesgo de incendio. Me abrí paso entre los cuerpos calientes y pegajosos. Alguien me derramó el refresco de un vaso de plástico. Rozó mi camiseta y empapó mis carísimos pantalones vaqueros.



Me abrí camino en el atestado apartamento, mis sentidos al instante se sobrecargaron por la palpitante música disco, la risa, los cuerpos bailando, y los diamantes de luz de la bola de espejos.

La habitación olía a sudor y a champú, galletas, patatas fritas y salsa.

¿Dónde estaba Delilah? ¿O Duncan? ¿Hay alguien aquí que conociera? Por último, vi a Leo. No sé cómo no le vi saltando en medio de la pista de baile (también conocida como una pequeña alfombra remendada dónde antes estaba el sofá), haciéndose el interesante ahora, con una mano en el aire. Llevaba un traje blanco, muy ancho y muy corto, y una camisa oscura: morado oscuro, o tal vez azul marino.

Bailando con él había una chica heavy vestida con una camiseta sin mangas de corte bajo de color rojo, una minifalda negra ajustada, y unas rasgadas medias de red.

Su cabello negro estaba cortado en una seria melena, que golpeaba en línea recta una pulgada por encima de sus bien delineadas cejas. Su delineador de ojos y lápiz labial era negro. Sus orejas, nariz y labios estaban todo perforados. Otras partes de ella estaba perforadas también, probablemente, pero no quería pensar en ello.

La mayoría de los chicos en la habitación parecía más estándar —pantalones vaqueros, shorts, camisetas— pero todo parecía un poco, no sé, lamentable.

Sus ropas estaban gastadas, sus cortes de pelo raídos. Y yo brillaba. Fui a la derecha acercándome más a la pista de baile, observando las caras. Duncan estaría aquí. Era el tipo de persona que le gustaba estar en el centro de las cosas, reír, bailar y vivir el momento.

Y ¿por qué no? En su mundo, había muchas probabilidades de que mañana fuera mucho peor que hoy.

Pero él no estaba allí. Leo captó mi atención y me saludó. Le devolví el saludo antes de darme la vuelta para buscar a Delilah.

Fue entonces cuando vi a Duncan. Él estaba solo, desplomado en el sofá, que había sido empujado contra la pared de enfrente de la ventana. La ventana estaba abierta —no me extraña que hubiera podido escuchar la música desde la calle— pero no había nadie acechando en el otro lado, al menos que yo pudiera



ver. Duncan no se estaba riendo, bailando, o aprovechando el momento. De hecho, parecía completamente miserable, sólo mirando al vacío, con los brazos cruzados delante del pecho.

Así que él no era todo sol y luz, después de todo. Duncan tenía una vida de mierda, y él lo sabía. Éramos más parecidos de lo que me había dado cuenta.

Me abrí paso hacia él, de repente desesperada por hacerle sonreír. Cuando llegué al lado del sofá, me agaché y le susurré al oído: —¿Arnold? ¿Egbert? ¿Burl?

Miró hacia arriba y se quedó boquiabierto. —Tú.

—¿Francis? —Dije—. ¿Horace? —Cuando él no dijo nada, sólo siguió mirándome, dije—: Tu nombre real debe ser totalmente estúpido. De lo contrario, ya me lo habrías dicho.

Una sonrisa se extendió en su rostro. Pero no era su típica sonrisa de fiesta, sino que era más como... de asombro. Y alegría. Como: la noche de una fiesta de cumpleaños y la mañana de Navidad y un viaje a Disney World, todo en uno.

Me instalé en el brazo del sofá. —A menos que tengas un nombre de chica, continué—. He oído hablar de tipos llamados, como, Carroll. Y Marion Y este chico que conocí en la secundaria, se llamaba Ahs'ley. Lo digo en serio. Un psicópata total... El golpeaba la mierda de la gente, lo cual incluso parecía divertirse.

Duncan se echó a reír: ese loco y contagioso sonido. Pensé, maldición, soy graciosa, y me dispuse a lanzar otro monólogo. Pero él me detuvo.

—Pensé que te habías ido. —Me tomó la mano. No sabía que la mano de alguien pudiera sentirse tan bien.

Miré a mis pies. —Lo siento por no presentarme la otra noche. Me salió algo, y no tenía tu número de teléfono, y luego tuve que salir de la ciudad....

—¿Así que te vas a quedar?

—Eso parece. —¿Cómo era la estupidez esa que decía la gente? Este es el primer día del resto de tu vida—. Sí, me quedo.



Por ahora, eso era todo lo que quería decir sobre el tema. —Mi madre me dijo que Delilah pasó por allí, que sabía quién era el tipo de la foto. Detrás de nosotros, una brisa fresca se deslizó por la ventana.

—Oh, sí. Dejaré que ella te lo cuente. Probablemente esté escondida en su habitación. Ella odia las fiestas de Leo. —Nos bajamos del sofá y él me guió de la mano a través de la multitud.

Cuando llegamos a la puerta del dormitorio, se dio la vuelta y me miró a los ojos, su expresión era tan intensa, tan llena de amor, que tuve que apartar la mirada. —Te extrañé, —dijo—. Estaba totalmente... estaba totalmente echándote de menos.

La parte inferior de mi estómago cayó al suelo. Duncan no estaba enfadado porque su vida fuera una mierda. Se trataba de mí.

Wow. Figúrate.

Desde su mitad de la habitación que estaba al lado del cuarto de baño, Delilah estaba refugiada al otro lado de la cortina. Sentada en la cama de color naranja de Leo, con unos grandes y ruidosos auriculares abrazando sus orejas, inclinada sobre un bloc de dibujo. La música no era tan fuerte como en la sala de estar, pero las paredes todavía latían.

Había algo diferente en ella. Y entonces me di cuenta: las rayas en su pelo eran ahora de color azul en lugar de color rosa, por lo que combinaban mucho mejor con su vestido de verano azul con lunares blancos. Estaba vestida perfectamente para una fiesta de verano, en 1958.

Duncan sacudió su mano enfrente de su cara para llamar su atención.

—Madison. —No pareció sorprendida de verme. Ella se enderezó y se cruzó de brazos—. Bonitos vaqueros. Seven, ¿verdad?

—Sí. —Toqué el suave tejido.

—Puedes obtener mucho dinero por ellos.

Di un paso atrás por si ella trataba de quitármelos. No había manera de que fuera a darle mis pantalones vaqueros. Delilah simplemente no lo entendía.

—Mi madre dijo que sabías algo sobre el hombre de la ventana.



Ella descruzó los brazos y se inclinó hacia delante. —¡Él fue atropellado por un coche!

—Sí, claro. —No iba a caer en otra de sus líneas.

—No, en serio, —dijo Duncan—. Él lo fue.

Página | 142

Le miré y luego a Delilah. —Bueno, estáis empezando a asustarme.

—Dímelo a mí. —Ella se deslizó de la cama y recorrió la cortina a su lado de la habitación. Un momento después estaba de vuelta con el periódico local.



Capítulo 20

Página | 143

*Traducido por Sera y Anelisse**Corregido por Selune*

Después de Rolf, no pensarías que me sorprendería cuando el calor se convirtiera en frío de repente y sin avisar, como cuando estás en una ducha de vapor y alguien tira de la cadena en el baño de al lado. De acuerdo, eso va de frío a calor, pero ya sabes a lo que me refiero.

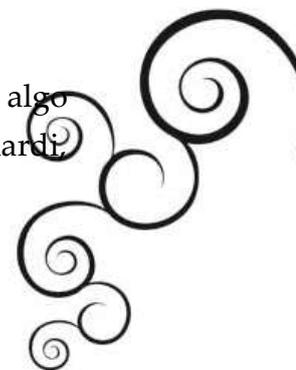
Intenté deslizarme en la oscura habitación de motel sin ser oída, pero mi madre estaba sentada en la cama, esperándome. —Sé que tu toque de queda solía ser a medianoche y sólo son las 11:50, pero...

—Si quieres ser capaz de localizarme a cada segundo del día, consígueme un teléfono móvil, —le interrumpí. Pesqué mi cámara del cajón de arriba y me retiré al patio, el cual era el único lugar aparte del baño que ofrecía alguna privacidad. En ese momento, perdonaría la traición de Lexie sólo si me deja compartir su gran casa. Eso le mostraría a Duncan. No podía creer la forma en la que se había apartado de mí. No era mi culpa que él no pudiera presagiar. Creerías que me ha dado algún crédito por ser capaz de ver más allá de eso.

Estaba luminoso en el patio. Las luces estaban con temporizadores. Estarían apagadas pronto.

La cámara, caliente en mis manos, volvió a la vida. Incluso con las luces del patio, las fotos en la pequeña pantalla eran más fáciles de ver de lo que hubieran sido a la luz del día, los colores más ricos, los detalles más distinguidos. No tomó demasiado encontrar el disparo de la ventana. Habían mesas y sillas, el recorte pintado. Afuera había una rama de un árbol sombrío, un toque de cielo tocado de niebla. Estaba Ronald Young, sonriendo a través del cristal como un ángel brillante.

Un rayo de luz del sol: esa era la explicación de Larry. Y sí, era raro tener algo malo pasándole a Ronald Young después de la muerte de Francine Lunardi.



pero las coincidencias pasaban... y así lo hacían los lapsus de atención. Él estaba ahí y no se dio cuenta de él. Era la única cosa que tenía sentido.

La fila de luces del patio se apagó con un fuerte clic. La noche estaba oscura, la luna cubierta con densas nubes. La pantalla de mi cámara brillaba como un puñado de brasas, los colores más nítidos que nunca sin ninguna luz de ambiente para diluirlos. Y ahí es cuando lo vi: Ronald Young no estaba simplemente más brillante que el resto de la fotografía, como si estuviera iluminado desde adentro. Alrededor de sus bordes ligeramente borrosos había una tenue luz azulada muy sutil que no había aparecido en la imagen impresa.

La sangre corriendo por mis oídos, manoseé la foto de la señora Lunardi en su albornoz rosa. Efectivamente, también tenía un borroso halo azul aferrándose a cada borde.

La noche se arremolinaba a mí alrededor. La gente no desprende una luz azul. Ronald Young no había estado espiando más de lo que Francine Lunardi se había paseado por delante de mí en zapatillas de andar por casa.

¿Qué estaba pasando? ¿Había visto mi cámara el futuro, o de alguna forma lo había causado? La señora Lunardi había estado enferma durante años; mi cámara no tenía nada que ver con su muerte. ¿Pero y Ronald Young? Si no fuera por ese camión, él estaría bien.

No podía manejar esto por mí misma. Salté de vuelta a mi habitación y fuera de la puerta principal, ignorando el "¿A dónde vas?" de mi madre.

Desde el aparcamiento, escaneé la carretera en busca de Duncan. No había señal de él. Me apresuré a través del asfalto y hacia la acera. Las calles parecían más oscuras que cuando Duncan me había acompañado a casa, y el aire estaba tan frío, especialmente sin la sudadera marrón de Duncan para mantenerme caliente. Mis chanclas me retrasaron. Anduve media manzana hacia la ciudad antes de darme cuenta de que Duncan se había estado dirigiendo en la dirección contraria: lejos del océano, hacia los apartamentos Valley View.

Me retiré de nuevo a Home Suite Home y continué más allá de él, siguiendo la acera en un tenebroso túnel bajo la autopista. A mi alrededor, las paredes se sacudían de los coches pasando por encima. El olor a orina quemaba mi nariz. Corrí a través de él tan rápido como podía, pero cuando salí a la otra parte, la



noche parecía incluso más oscura. Los árboles colgaban bajos, y las nubes se tragaban la luna.

En una bifurcación de la carretera, intenté recordar que dirección habíamos tomado para ver los apartamentos. ¿Había querido incluso ir allí? El complejo había sido horripilante a la luz del día; por la noche podría ser peligroso. Además, ni siquiera sabía el número de apartamento de Duncan.

Me detuve en agrietada acera, con el corazón palpitando, las palmas sudando. En mi bolsillo, la cámara se asentaba caliente y pesada, como algo vivo. ¿Qué pasaría si hago una foto aquí, en la calle desierta? ¿Aparecería alguien nuevo? Deslicé la plateada cámara fuera de mi bolsillo y la encendí, su objetivo pequeño en el aire silencioso. Apuntando a nada salvo la oscuridad, apreté el obturador: nada. Después, hice una foto a la luna cubierta de nubes, y en la boca del paso inferior capturé la silueta de un árbol. Después de cada foto, comprobé la pantalla, pero no había figuras, no caras, sólo las tristes formas de una noche oscura.

De camino a través del paso subterráneo, contuve la respiración e intenté ignorar los sonidos de rascarse de pequeñas criaturas corriendo alrededor. Por el momento que alcancé el otro lado, las oscuras nubes habían viajado más allá de la casi llena luna, la cual iluminaba el cielo como una enorme luz nocturna. Mi pulso se redujo. Suspiré con alivio. Apunté mi cámara hacia el hombre en la luna e hice una foto como un gesto de apreciación.

Mi madre estaba sentada en la cama. —Te daremos un teléfono móvil. Pero tienes que estar en casa a medianoche.

—De acuerdo, —dije, como si estuviera dándole permiso. Y luego, tras una pausa—, lo siento.

—Yo también, —susurró.

Cerré mi cámara caliente de vuelta en su caja y la coloqué sobre la mesa de la cocina. No la quería cerca de mí mientras dormía.

Cuando me levanté la mañana siguiente, la cámara no estaba. De acuerdo, verdad: era por la tarde. Pero la cámara en serio no estaba. Por un sólo y sudoroso momento pensé que había desaparecido misteriosamente, pero mi madre, viendo mi expresión de pánico, dijo; —Tu padre cogió la cámara. Quería hacer algunas fotos del lugar de trabajo.



—¡Pero la necesito! —grazné.

—Él la necesita, —mi madre corrigió, poniendo su taza de café vacía en el pequeño fregadero de acero inoxidable—. Están teniendo problemas construyendo un muro de contención, y tu padre tenía algunas ideas. —Me miró a los ojos—. Esto podría ser un gran negocio para él.

—¿Qué? ¿Podría ser ascendido de cavador de zanjas a constructor de muros?

Lamenté las palabras en cuanto salieron (aunque mi madre debería haber sabido mejor hablarme antes de que tomara mi café). La arruga entre sus cejas se profundizó hasta casi un cañón. —Esto es difícil para todos nosotros.

—¡Mi cámara es la única cosa que me queda!

—Eso es más de lo que yo tengo, —dijo.

Estaba a punto de decir que ella tenía alrededor de veinte gallos de cerámica en una unidad de almacenamiento en Amerige, pero me lo guardé, preguntando en su lugar; —¿Dónde es el lugar de trabajo de papá? Porque podría caminar hasta allí, y si ha terminado haciendo las fotografías, podría recuperar mi cámara.

—No. —Dijo con énfasis añadido, como si tuviera dos sílabas: No—oh.

Aargh. En serio quería enseñarle a Delilah las luces azules, pero no tenía sentido discutir con mi madre cuando estaba así. En realidad, no tenía sentido discutir con mi madre la mayoría del tiempo.

Estaba vestida con ropas normales: un polo azul pálido, pantalones cortos color caqui, y zapatillas blancas brillantes. Mi madre limpiaba sus zapatillas en la lavadora.

—¿No trabajas hoy?

—Es mi día libre, —dijo, con sus ojos estrechándose—. Espero que esté bien contigo.

De ninguna manera iba a dar vueltas en ese cuarto. Me puse mi traje de baño y me dirigí a Foto Psíquica.



Delilah no estaba en la tienda. En su lugar, Rose revoloteaba alrededor de la habitación, arreglando cosas en los estantes. Había una nueva sección de cristales, me di cuenta, justo junto a la visualización de un álbum de fotos

Página | 147

—Hola, Madison. —Rose sonrió como si me hubiera estado esperando. En un sencillo vestido blanco de verano, con su cabello castaño hacia atrás en un ordenado broche, casi parecía lo suficiente mayor para ser una madre. Sus orejas, cuello y manos estaban libres de joyería, pero lo completaba con una tobillera y cuatro anillos de plata para dedos del pie—. ¿Vas a la playa? —preguntó.

Por un momento, me asustó que supiera eso sin decírselo, pero luego me di cuenta de que mis pantalones cortos, mi parte de arriba del bikini y mi bolsa de playa podían haberla advertido.

—Ajá. Pensé que Delilah quizás querría venir conmigo.

—No es buena para la playa, se quema demasiado fácilmente, pero puedes preguntarle. —Señaló hacia la parte de atrás de la tienda, que dirigía a las escaleras.

En la puerta me detuve. —¿Te dijo Delilah que averiguamos quien es el tipo en la foto de la ventana?

—Lo hizo Leo, —su boca se torció—. A Delilah no le gusta incitarme. Al menos Larry puede calmarse ahora que sabe que ese tipo no estará rondando.

—¿No es una rara coincidencia? —dije—. Ya sabes, ¿que fuéramos heridas justo después de revelar mi cámara? ¿Y que la señora Lunardi muriera?

—Sí —admitió—. Pero las coincidencias ocurren. En mi trabajo, tienes que admitir eso. De lo contrario, la gente nunca te creería.

—Pero, ¿y si la luz era rara en ambas fotos, como algo que nunca antes habías visto? ¿Y si Francine Lunardi y Ronald Young ambos... brillaban?

—Larry piensa que es solo la luz del sol. Probablemente tenga razón.



—Es más que eso —dije, dejando caer la bomba—. No podía verlo hasta que miré por mi cámara en la oscuridad, pero las figuras están envueltas por la luz azul.

Ella se congeló por un momento antes de preguntar. —¿Ambos?

Asentí y tomé una respiración profunda. —Francine Lunardi y Ronald Young no estaban ahí cuando hice las fotografías. Estoy segura. Está pasando algo.

No dijo nada al principio. ¿Y honestamente? No parecía toda sorprendida por lo que había dicho. Algo parpadeaba detrás de sus ojos. —¿Quieres decírselo a Delilah o debería hacerlo yo?

No era una venta fácil.

—Era por la mañana tarde. El sol estaba en lo alto —Delilah se sentó en el sofá en su apartamento, con las rodillas acercadas a su pecho.

—Es más o menos el mismo tiempo que ahora —dije, señalando a la ventana permanentemente oscurecida por un árbol estrecho y la posada de al lado—. ¿Ves algo aparte de sombras?

Ella se mordió su pecoso labio. —Quizás se disparó el flash.

—Entonces se hubiera reflejado contra el cristal, —dije calmadamente—. Y de todas formas, no hubiera cambiado sus bordes azules.

—¿Dónde está la cámara?

—Mi papá la tiene.

Oh, dios. ¿Y si borraba las imágenes por accidente? Entonces Delilah nunca me creería. Estaba tentada a salir corriendo al lugar de trabajo de mi papá y recuperar la pequeña Canon, pero si mi madre lo descubría, me mataría.

Delilah me pilló mirando alrededor de la habitación. —Él no está aquí.

—¿Eh? —dije.

—Duncan —dijo—. Salió con el barco con su padre esta mañana.

—Oh —dije—. Lo que sea.

Pasos sonaron sobre las escaleras fuera del apartamento.



—Energía —dijo Rose, irrumpiendo.

—¿Quién está vigilando la tienda? —exigió Delilah.

Rose hizo señales con la mano en el aire. —La podemos dejar un par de minutos. —Se bajó al suelo haciendo paf y cruzó las piernas en lo que creo que se llama la posición del Loto: cruzadas con los pies arriba.

—Por favor, no te lances a tu rutina de energía, —se quejó Delilah.

—¿Qué rutina de energía? —pregunté.

Rose tomó una respiración profunda antes de hablar, sus manos moviéndose como un bailarín de hula. —Hay energía eléctrica y magnética alrededor de nosotros. No podemos verla. A veces la sentimos, pero la atribuimos a algo más: una brisa, un virus, un frente frío. En mi trabajo, sintonizo con esta energía, intento sacar algún sentido de ella.

—¿Podemos simplemente pasar a la foto? —espetó Delilah.

Rose la ignoró. —A veces la energía triunfa sobre el tiempo y el espacio. El tiempo se pliega sobre sí mismo, y si aprovechas la energía y el lugar correcto, puedes...

—No lo digas, —se quejó Delilah.

—¿Así que piensas que mi cámara está desprendiendo energía? —intenté—. ¿Hacer que las cosas pasen?

—No. —Con las manos sobre las rodillas, la barbilla inclinada hacia arriba, paró un momento antes de continuar—. Creo que sólo es... sensible. Creo que está captando la energía que la gente (incluso la sensible como yo) no puede detectar. —Me miró directamente a los ojos—. Creo que tu cámara ve el futuro.

—¿Su cámara no puede ver el futuro! —insistió Delilah, pero sonó más asustada que segura.

—Está viendo algo, —dijo Rose.

—He tenido la cámara dos años, y nada extraño había pasado antes de la reparación, —dije.

—No fue la reparación, —dijo Rose—. Es la energía. Las fuerzas en la sala de atrás estaban fuera de los gráficos el día que dejaste tu cámara. Una noche



inmersa en ese tipo de electromagnetismo debe haber agudizado la sensibilidad de tu cámara.

—¿Pero y si pasa de nuevo? ¿Y si alguien más muestra Lip? —Pregunté, de repente asustada de tomar alguna fotografía más—. ¿Intento encontrar a la persona? ¿Advertirla?

—Tienes que hacerlo, —dijo Delilah.

—Pensaba que no creías en estas cosas, —dije. Salió equivocadamente, como una acusación. En verdad, quería que Delilah se mantuviera escéptica, que me dijera que el mundo tenía sentido. Era una cosa cuando pensaba que mi pequeña Canon podía ver fantasmas. Era más o menos divertido. Ahora se ha convertido en una Parca electrónica, y estaba empezando a asustarme en serio.

—No haría ningún bien, —dijo Rose desde la puerta—. El pasado, el presente, el futuro... están demasiado entrelazados. No puedes detener el futuro porque ya ha pasado.

Delilah no estaba de cerca tan asustada como lo estaba yo. —Tienes que saber que mi madre es infantil, egocéntrica, y mentirosa, —dijo, girando el poste de su sombrilla de playa en la arena. Está vestida para la playa en unos pantalones cortos hasta la rodilla, una camisa de manga larga de lycra y un sombrero de paja de ala ancha, nunca había visto a nadie exponer tan poco piel en la playa. Era como si fuera Amish¹⁹ o algo.

Rebusqué entre mi bolso de playa y saqué una botella de protector solar de marca de la tienda. —Aunque lo que dijo tu madre tenía sentido, ¿no?

—No. —Abrió la sombrilla—. Esa cosa de la energía es ridícula. —Levantó su pálida y pecosa barbilla hacia el cielo y suspiró con frustración—. Ojalá me pudiera sentar al sol como una persona normal.

—Si tu madre se equivoca, ¿por qué esto está pasando? —presioné.

Sacó un enorme par de blancas gafas de sol redondas de su bolso de playa de paja y se las puso. —Tu cámara está encantada. Es la única cosa que tiene

¹⁹ **Amish:** Son una agrupación religiosa cristiana de doctrina anabaptista, conocidos principalmente por su estilo de vida simple, su vestimenta modesta y tradicional y su resistencia a adoptar comodidades modernas.



sentido. —Miró por encima de las gafas—. Pero no le digas a mi madre que dije eso.

Pasamos un sorprendentemente día normal en la playa. Delilah se sentó encorvada bajo la sombrilla mientras yo me cocía en la brillante y caliente arena. El protector solar marca de la tienda dejaba rayas blancas en mi cuerpo, pero olía bien, como a piña.

Cuando mis dedos empezaron a sudar del calor, Delilah manchó sus trocitos expuestos con una capa adicional de FPS, un montón de protector solar y nos dirigimos al agua. Dirigí a mi cintura hacia la espuma helada antes de pararme, saltando y gritando conforme las olas golpeaban mi barriga. Delilah siguió más adelante y se sumergió bajo una ola grande. Nado unas pocas carreras y me hizo señales para que la siguiera. Alargué los brazos en busca de equilibrio y negué con la cabeza: esto era lo más largo que quería ir.

Cogió una pequeña ola y nadó de vuelta a mí. —Cuando el agua está tan fría como ahora, sólo tienes que bucear y seguir nadando hasta que ya no duela más.

Negué con la cabeza. —Yo nado generalmente en piscinas. No es como si nunca hubiera estado en el océano, pero... —Había estado a punto de decir que el agua estaba mucho más caliente en el Caribe cuando me di cuenta de lo desagradable que sonaría. Por encima de nosotras, el cielo estaba azul brillante, pero feas nubes oscurecían el horizonte. Pensé en Duncan en el barco de pesca.

—Sabes nadar, ¿verdad? —preguntó Delilah.

—Sí, —dije—. Por supuesto. —Las olas en realidad no estaban tan mal, pero la corriente arrastraba de mis piernas.

—Sígueme. —Señaló a una boya amarilla a lo lejos, flotando en las olas—. Está muy calmado por allí. —Más allá de nosotras, la boya se sacudió en el mar de fondo.

Una ola me golpeó en el pecho y me salpicó a la cara. Me tropecé hacia atrás.

Delilah me cogió del brazo para estabilizarme. —Vamos. —Se sumergió en el agua y se alejó nadando con movimientos entrecortados. Cuando una ola de gran tamaño cargaba hacia mí, no tenía otra opción salvo sumergirme. Pronto,



estaba más allá de los salientes. Nadé con mi cabeza sobre la superficie hasta que alcancé a Delilah pataleando en el agua.

—¿Ves? —dijo—. Justo como una gran piscina.

No era nada como una piscina. El agua estaba oscura e impredecible, y la corriente hacía de todo para sacarme de mi curso. Mis piernas desaparecían en el agua agitada por debajo de mí; el suelo de océano podía ser dos pies hacia abajo o veinte. Podía ser salpicado con dólares de arena o removida con anguilas. Ansiosa, escaneé la superficie agitada por aletas. Nunca debería haber visto “Shark Week²⁰”.

Cuando finalmente alcanzamos la boya flotante, me icé, jadeando por el esfuerzo y el miedo. Desde aquí, la costa soleada no parecía tan lejana, pero el horizonte se había vuelto más oscuro todavía, convirtiendo el agua en el borde de la tierra a un gris acerado. El viento soplaba en ráfagas violentas. Mi piel húmeda se puso de gallina.

—¿A cuánto de lejos iba Duncan? —pregunté.

—Bastante lejos, creo, —dijo Delilah—. Nadie reservó el barco para hoy, así que pueden estar fuera tanto como quieran. —Cuando vio mi expresión, añadió—. El barco tiene un radar. Cuando ven que hay tormenta, se dirigirán a su alrededor o volverán pronto. La lluvia no es un gran problema.

Un grupo de chicos pequeños colgaban de la boya, chapoteando y riendo. Un par no podía tener más de ocho años, lo que me hacía sentir como la mayor cobarde por tener miedo. Había algunos adolescentes en bañadores rojos a su alrededor también, incluyendo el guapísimo chico rubio que hizo ruborizarse a Delilah la semana pasada.

—Hey, Nate —dijo Delilah—. ¿Haciendo de socorrista?

Él sonrió, y brotaron hoyuelos en sus bronceadas mejillas. —Campamento de guardacostas; soy consejero infantil. Aunque habíamos terminado por hoy, así que pensé en venir aquí y quedarnos. —Echó un vistazo al oscuro horizonte—. Aunque parece que viene una tormenta.

²⁰ **Shark Week:** Es una semana en la que el canal de TV Discovery Channel emite programas dedicados a tiburones. En antena desde el año 1987.



Delilah sonrió. Asintió. Se ruborizó y se quedó mirando fijamente... muda por una vez. Me giré y me cubrí la boca para que no me viera reír.

De vuelta a la orilla, nos envolvimos en toallas y nos dejamos caer en la sombrilla de Delilah para que el viento no se la llevara.

—Así que supongo que te gusta ese chico, —dije.

—¿Quién? —preguntó, toda inocente.

Bufé de la risa, ella sabía exactamente de quién estaba hablando.

—Por supuesto que me gusta, —admitió—. Parecía mutuo.

—Qué va. —Ella rodó los ojos—. Él es amable con todos Nate está completamente fuera de mi alcance... Ése es el punto, realmente no pienso salir hasta que tenga treinta años.

Levanté las cejas. —¿Treinta?

—Tal vez veintinueve. Si me encuentro con alguien muy especial. —Ella me lanzó una media sonrisa antes de caer en sus grandes gafas de sol. El sol todavía brillaba, aún cuando las nubes se hacían cargo del cielo—. Antes de involucrarme con nadie, tengo que terminar la escuela secundaria, ir a la universidad, establecer una carrera, y pagar mis préstamos estudiantiles. No puedo arriesgarme a cualquier distracción. —Era casi como si estuviera hablando con ella, convenciéndose a sí misma.

Ella misma se acercó hacia el agua. —Mi madre tuvo a Leo cuando tenía quince años, y ella me tuvo un año y medio más tarde. —Ella volvió la cabeza—. Con dos padres diferentes.

Traté de no mirarla sorprendida. Y fallé.

—¿Duncan no te lo dijo? —dijo.

—Sólo la edad que ella tenía. Supongo que acababa de asumir...

—¿Que era un chico? No. A pesar de que estaba enamorada, —ella levantó los dedos para indicar entre comillas, —por lo que estaba bien el padre de Leo estaba en el equipo de fútbol... Que, cuando pensaba en Leo, era realmente muy divertido. Él la abandonó tan pronto como ella quedó embarazada. Y



luego sus padres se mudaron a otro estado, lo cual fue muy conveniente para ellos.

—¿Y tu padre?

—El mejor estudiante de la clase. Si te lo puedes creer.

Miré a Delilah; la genética en la acción. —Puedo creerlo.

Ella negó con la cabeza. Tú no pensarías que alguien tan inteligente sería tan estúpido como para tener a su novia embarazada. Mi madre pensó que era su Einstein en brillante armadura... ya sabes, pidiéndole salir a pesar de que tuviera un bebé. Y él se quedó con ella después de que yo naciera... durante casi un año, creo. Pero él dijo que sería mejor para ellos, si tuviera una educación. Así que se fue. Y supongo que sólo se olvidó de volver.

En el agua, el último niño abandonado en el flotador y se dirigió hacia la orilla.

—¿Y ahora?

—Él es un arquitecto. Vive en Seattle con su esposa y sus dos hijos. Max y Sofía. Un niño y una niña... al igual que nosotros. —Así que no era el único por aquí viviendo en un universo paralelo.

A nuestro alrededor, las mamás sacaron las camisetas sobre las cabezas de niños pequeños, mientras que los papás reunían toallas y basura. Delilah y yo nos quedamos plantadas en la arena.

—¿Lo ves? —Presioné—. ¿Envía de dinero o cualquier cosa?

Ella sacudió la cabeza violentamente. Pensé en su negocio de eBay, sus largas horas de trabajo, su pequeño apartamento. —Pero él debería. Él es tu padre.

—No, no lo es. Es sólo un chico. —Ella exhaló con la frustración—. ¿Y mi madre? Ella se arrojó a los niños... Al igual que ella se arrojó a un montón de chicos detrás de ellos Ninguno de ellos incluso se preocupaba por ella y ahora ella tiene Larry, que haría cualquier cosa por ella... que haría cualquier cosa por Leo y por mí... y ella simplemente lo empuja lejos. Ella dice que no puede permanecer en un lugar, pero ya dijo que va a quedarse si ella se casa con él. ¿Su verdadero problema?

Ella se niega a crecer. Si ella se casa, quiere decir que no es una niña. —Su voz creció temblorosa—. Ni siquiera piensa en lo que el resto de nosotros queremos.



—¿Crees que Larry y Duncan se van a ir? —Pregunté, esperando que ella dijera que no.

Ella buscó por debajo de sus gafas de sol para frotarse el ojo. —Si no se pone en sus sentidos, entonces, sí... ellos se irán; le Duncan sabe que puede quedarse con nosotros, pero creo que tiene miedo de que si no va con Larry, nunca lo veremos. De nuevo.

La lluvia comenzó rápidamente, con ira, las gordas gotas como golpes en la piel. Metimos nuestras cosas en las bolsas de la playa y corrimos por la calle.

En Foto Psíquica, Leonardo se sentaba detrás del mostrador, los ojos cerrados, el mentón inclinado hacia arriba, escuchando un reproductor de CD portátil. Cuando oyó la puerta, se arrancó los auriculares, tirándolos al taburete, y se dirigió a la puerta principal. —Mamá está en la parte de atrás, haciendo una lectura para un nuevo cliente. Gracias por hacerte cargo de mí, Dee tengo algunas cosas que tengo que hacer. Hola, Madison: te veo luego.

Se confundió con la lluvia antes de que Delikah pudiera decir: —¡Pero tengo que cambiar mi ropa!

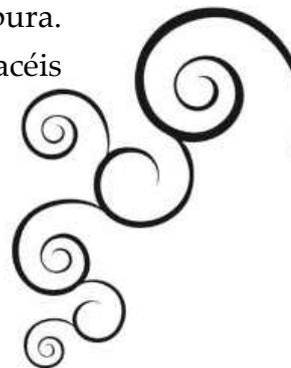
—¿Quieres que me quede aquí mientras te duchas? —Le pregunté—. No. Mi mamá debería salir pronto.

Yo esperaba que Rose saliera de la habitación de atrás con un tipo de canto, con un vestido floreado como la señora Voorhees, quien había chorreado sobre la energía y el karma y la transformación. En cambio, la mujer salió arrastrando los pies unos minutos más tarde tenía una cara de Tearstained y los hombros caídos. Llevaba pantalones cortos de jean y una camiseta azul. Su pelo rubio colgaba alrededor de su cara.

—Ojalá lo hubiera sabido antes, —dijo Rose—. Me he mostrado lo más paciente. Más comprensiva.

—No es demasiado tarde, —dijo Rose—. Ve con él. Que sienta tu energía, tu amor. Tú puedes hacer la conexión en esta vida aún más fuerte de lo que era en el pasado.

La cara de Delilah se volvió tan roja que era prácticamente de color púrpura. Cuando la mujer rubia salió de la tienda, ella explotó: —Vosotros no hacéis regresiones a vidas pasadas, ¿recuerdas?



Rose habló en voz baja. —Este fue un caso especial.

—¿Quién era ella en una vida anterior... ¿La reina Isabel? ¿Betsy Ross? ¿Alguna vez has notado que sólo la gente famosa consigue reencarnarse? ¿Por qué no los esclavos y los campesinos nunca tienen una segunda oportunidad?

—No se trata de la fama, —dijo Rose—. Se trataba de la relación de Jennifer con su marido. Él siempre actuó tan impotente a su alrededor. Pensó que podría haber sido culpa de ella, algo que estaba haciendo, pero me ayudó a ver que su dinámica era el resultado de una relación anterior.

—¿Ellos se casaron en otra vida? —Delilah aventuró.

Rose negó con la cabeza. —Su marido... era su hijo.

—¡Ew! —Delilah y yo dijimos a la vez... y luego nos echamos a reír.

—¡No es divertido! —Rose se quebró, silenciándonos con su ferocidad—. Han traído un alma en su matrimonio: Ella va a tener un bebé y que la realización ha cambiado a su marido de una manera fundamental. Ella no vino aquí para hablar de vidas pasadas, sino para aprender sobre su futuro, su esposo está en estado de coma. Ella quería que yo le dijera si iba a vivir o morir.

—No, —susurró Delilah.

Rose asintió con la cabeza. —Jennifer es la esposa de Ronald Young. Los médicos esperaban que hubiera recuperar la conciencia por ahora. No se ve bien.

Por supuesto: Delilah y yo había visto antes a la mujer, cuando ella vino a ayudar a su esposo en la impresora de fotos.

—Entonces, ¿qué le has dicho? —Delilah le preguntó.

Rose levantó los hombros. —Que no sabía qué iba a suceder. Traté de mirar hacia adelante, pero no pude ver nada. Así que le dije lo que sentía acerca de su relación pasada. Y yo le dije que lo amó. Eso fue lo mejor que podía hacer.

Delilah estaba en la puerta delantera conmigo. La lluvia no había cesado, pero yo ya estaba empapada, un poco más de agua no haría ninguna diferencia.

—¿Vas a estar más tarde? —Le pregunté.

—Sí.



—Si deja de llover, voy a volver con mi cámara. Realmente tenemos que mirar las fotos de nuevo.

Yo esperaba que Delilah dijera algo sobre la esposa de Ronald Young. En cambio, ella se cruzó de brazos y miró a sus pies. —No le hagas daño a Duncan. Ha pasado ya por muchas cosas.

Traté de responder, pero las palabras no me salían.

—No goteará por toda la alfombra, —dijo mi madre cuando irrumpió en la habitación, empapada y enlodada del océano, el viento y la lluvia.

—¿Dónde está papá?

—En la ducha.

—¿Sabes dónde puso mi cámara? —Oh, Dios, ¿y si él hubiera conseguido que se mojara?

—Puedes preguntarle cuando salga. —Ella tomó una olla limpia de la rejilla de secado y la puso en la caja con un sonido metálico—. Lexie llamó, —añadió por casualidad.

Me sentí como si hubiera sido golpeada. —¿Cómo sabía dónde estábamos?

—Ella llamó a mi teléfono móvil. —Con un poco más de estrepito guardó el resto de los platos—. ¿Quieres usarlo para llamarla luego?

No le respondí.

—¿Madison? —Se volvió para ver si la había escuchado—. Tal vez más tarde, —dije.

De repente, la sala se estremeció con un enorme boom. Grité. —Sólo es un trueno, —dijo mi madre—. Es mejor acostumbrarse a ello, si vamos a vivir aquí.

Me senté en el sofá y esperé a que mi madre me dijera que no me sentara en el sofá con un traje de baño mojado. Sorprendentemente, no lo hizo.



—¿Qué dijo Lexie? —Murmuré.

—Ella dijo, '¿Está Madison allí?'

—Gracias, —le dije—. Eso es muy útil.

El trueno retumbó de nuevo, esta vez más fuerte, cuándo mi padre, vestido con una simple camiseta blanca y pantalones de chándal gris, salió del baño frotándose el pelo con una toalla.

—¿Has oído las noticias? —le preguntó.

—Sí, —dije, pensando que quería decir la llamada Lexie.

—Las cosas se ven bien, —dijo, más derecho de lo que había estado desde hacía algún tiempo.

—¿Huh?

—Y hay un montón de espacio para el crecimiento. —Tiró la toalla a través de la puerta del baño abierta.

—No tengo idea de lo qué estás hablando, —le dije.

—Tu padre consiguió un ascenso, —dijo mi madre—. Capataz.

—Genial, —le dije—. ¿Dijo Lexie algo más?

—Es un nuevo proyecto, —dijo mi padre—. Una remodelación. Probablemente empezaremos en la próxima semana o dos. Y después de eso ¿quién sabe?

—No hay vacaciones pagadas, —dijo mi madre—. Y en seis meses, seguro de salud, incluso dental. —Ella me sostuvo la mirada—. Esto significa que definitivamente vamos a permanecer en Sandyland. Voy a pasar por la mañana por la escuela secundaria, y conseguir que te inscribas. Y vamos a empezar a buscar duramente un lugar para vivir.

Asentí con la cabeza, aceptando lo inevitable. En realidad no importaba lo que Lexie hubiera dicho.

—Papá, ¿dónde está mi cámara?

—En mi mochila, —dijo—. En el cuarto de baño.



La cámara estaba enterrada en una sudadera de colores, que olía mal que intenté, sin éxito, no tocar. Apagué la luz del techo, me senté en el borde de la bañera, y presioné el botón de encendido. No había ventanas en el baño, con las luces apagadas, era tan negro como una noche sin luna.

En primer lugar me encontré con fotos de mi padre: una zanja, una colina, un muro de bloques de hormigón... cosas emocionantes. Yo comprimí de nuevo hasta que llegué a las fotos del apartamento de Delilah, con miedo de lo que pudiera ver. Si halo azul del joven Ronald había desaparecido, todo el mundo me había estado mintiendo.

Pero ahí estaba, todavía bordeado por la luz fantasmal. Yo saboreaba el alivio por sólo un instante antes de la ansiedad tomara su ya familiar residencia en mis entrañas. Examiné las otras fotos de ese día, pero no encontró nada fuera de lugar.

Mi madre llamó a la puerta, —arriba torbellino. Necesito ir al baño. —(Así que formal: una sola vez me gustaría oír a mi madre decir: —Tengo que hacer pis.)

—Un segundo, —le dije.

En mis manos, las fotos en la pantalla se sucedían como destellos de relámpagos. Cuando llegué a las fotos que había tomado la noche anterior, un escalofrío me recorrió. Las fotos alrededor del túnel estaban turbias, la sombra ominosa. Eran estas imágenes que realmente daban miedo, ¿o acaba de proyectar mi ansiedad recordándolas? Todavía oía el correteo de las ratas, el olor de la orina, sentía el viento.

Cuando llegué a la escena final, mi ansiedad se convirtió en terror. La luna, libre de nubes, brillaba en el cielo nocturno: una brillante, una cara feliz bordeada en azul.

En la esfera vi dos ojos, una nariz, una boca. Pero el rostro sonriente hacia mí no era el hombre en la luna.

Era Duncan.



Capítulo 21

Página | 160

Traducido por Virtxu

Corregido por Feldy



Más allá de la puerta delante de Foto Psíquica, las luces de la impresora brillaban como luciérnagas. Detrás de mí la lluvia caía en agujas.

Rose estaba en el mostrador. Debí haber parecido una loca, todavía en mis pantalones cortos y la parte superior del bikini, el pelo hecho un desastre por la sal y la lluvia, el rostro surcado de lágrimas y mocos. Pero Rose era buena con la gente loca. Ella me llevó a la habitación de atrás sin decir una palabra y buscó a través de algunas de las cajas de eBay de Delilah hasta que encontró una manta. Me puso en un sofá y se sentó a mi lado, silenciosa, esperando.

—Duncan —dije por fin.

—Él no está aquí —dijo—. Ellos se fueron a pescar, pero estarán probablemente de vuelta a estas alturas de la tormenta...

—¡Él está en peligro! —Lloré. No podía decir "muerto". O "muriendo". Todavía no.

Ella negó con la cabeza. —Tenemos tormentas como estas todo el tiempo. Sé que parecen terroríficas, pero no son gran cosa.

Su voz era tan tranquila y relajante. A medida que levantaba el teléfono para llamar al apartamento de Duncan y Larry, casi llegué a creer que alguien respondería, que todo iba a estar bien.

Pasaron varios segundos. Me olvidé de respirar. Rose negó con la cabeza y colgó el teléfono. —Estoy segura de que están bien.

Las lágrimas hicieron mi visión borrosa, encendí mi cámara y encontré el disparo a la luna. Rose se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos por el

FORO PURPLE ROSE



horror. —No —susurró. Agarró el teléfono y marcó algunos números, ella cerró los ojos, su respiración era entrecortada—. ¿Es el capitán del puerto? Estoy tratando de averiguar sobre un barco alquilado, el Peggy. —Ella asintió con la cabeza y dijo—: Correcto, el barco de Ray Clarke. Se lo llevó esta mañana, junto con Larry Vaughn y su hijo, Duncan.

Sus rasgos estaban apretados por la frustración. —No soy su esposa, soy su... soy una amiga. No sé dónde estaban planeando ir, pero pensé que estarían de vuelta a esta hora, y... —Su mirada se posó en la caliente cámara en mis manos.

—¿Puede hablar por la radio con ellos? —Suplicó—. ¿Sólo para asegurarse de que están bien?

Cuando colgó, se desplomó en el sofá junto a mí y se echó a llorar.

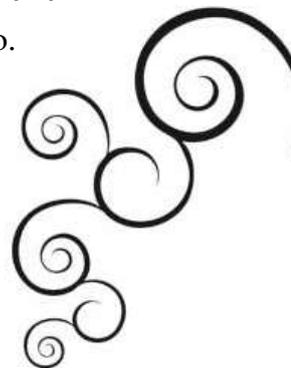
Se oyeron pisadas por las escaleras traseras, y la puerta se abrió: Delilah. Su rostro estaba más pálido que de costumbre. Se veía molesta, pero no sorprendida—ni siquiera un poco.

—¿Duncan? —preguntó con un hilo de voz.

Después de que le hubiera mostrado la foto a Delilah; después de que la patrulla del puerto hubiera llamado para decir que había sido incapaz de ponerse en contacto con el Peggy; después de que Rose hubiera llamado a los amigos de Larry, a sus vecinos y compañeros pescadores y de nuevo al número de su casa—sólo por si acaso—nos amontonamos en el coche de Rose y nos dirigimos hacia Kimberley Cove. En el exterior, el coche era pequeño y gris, rayado y abollado. En el interior, cinta adhesiva mantenía la tapicería de vinilo negro pegada. Un árbol de Navidad de cartón, con su olor a pino ya desaparecido, colgaba del espejo retrovisor.

La lluvia se había reducido a un chispeo. Rose puso el limpiaparabrisas en la posición más baja. Cada vez que pensaba que este se había apagado, ellos chillaban haciendo un arco a través del astillado cristal, dejando un rastro de media luna de la suciedad.

No hablamos. Cuando llegamos a Kimberley Cove, Rose dejó el coche en un alto desigual, saltó y atravesó el estacionamiento lleno de pequeños baches a la intemperie hacia la cubierta gris que era la oficina de la Capitanía del Puerto.



Delilah y yo nos dirigimos al embarcadero, anhelando ver el Peggy rebotando sobre las olas en su camino a la seguridad. Revisé mi cámara. Duncan todavía estaba allí, riendo con el hombre en la luna.

La marea estaba baja. Al final del muelle, una empinada pasarela llevaba a un muelle. Me agarré a la barandilla húmeda y astillada y di pasos de bebé, tratando de no tropezar con mis sandalias.

En la parte inferior, el muelle se balanceaba bajo mis pies. El cielo parecía una doble exposición: un día de tormenta cubriendo a uno soleado. Rayos de sol se colaban entre las nubes, como proyectores, entre cortinas de lluvia. Si esto hubiera sido una semana antes—o incluso un día antes—hubiera sacado mi cámara y disparado a la vista.

Los barcos se anclaban desordenados por el puerto, pero las grandes y redondas amarras del Peggy se balanceaban alrededor como pelotas abandonadas por un niño. Los otros buques se tambaleaban sobre las olas, los altos asientos del capitán se sumergían aquí y allá, como los conducidos en los parques de atracciones. Por supuesto, en un parque de atracciones, estarían atados. Una imagen dentelleó en mi cerebro: Duncan en lo alto de la torre de vigilancia, analizando el agua en busca de peces, haciendo caso omiso de las olas hasta que una grande la lanzó fuera de su percha y al mar lleno de tiburones.

Debí de haber hecho algún sonido porque Delilah dijo, —¿Qué?

—Tal vez el barco esté bien, pero él cayó al agua. Desde lo alto.

Ella me sostuvo la mirada por un momento, con sus ojos grises empañados de dolor y pérdida, antes de volver su mirada hacia el horizonte. —A veces, antes de que algo malo suceda... tengo un sentimiento. Nada específico, sólo este... sentimiento.

—¿Y? —Susurré.

Ella negó con la cabeza. —Nada.

—Pero tú lo sabías —dije—. Cuando me viste en la tienda, sabías que estaba allí por Duncan.

—Podía sentir tu miedo —dijo—. Eso es todo.



Unos minutos más tarde, mojadas y temblando, Delilah y yo nos acercamos a la oficina del capitán del puerto. Rose estaba en la puerta abierta, dejando entrar la lluvia.

—¿No puedes enviar a alguien a buscarlos? —Le preguntó al hombre de pelo gris que estaba sentado detrás de un gran escritorio de acero.

El capitán de puerto se frotó sus apagados ojos azules. —Señora, yo no estoy tan preocupado. Un par de barcos acaban de llegar, y dijeron que no era tan malo.

—¿Qué pasa con la Guardia Costera? —Presionó Rose—. ¿Podemos pedirles que busquen?

—Un miembro de la familia podría llamarlos —dijo encogiéndose de hombros.

—Somos como familia —dijo Rose.

El capitán de puerto levantó una ceja ante el "como", pero llamó de todos modos.

—Van a buscarlos —dijo una vez que hubo colgado—. Ellos me dieron todo tipo de argumentos por enviarlos sin ninguna razón, pero van a buscarlos.

Pero no lo hicieron. Unas agonizantes horas más tarde, el sol se abrió paso de verdad, justo a tiempo para salpicar las nubes con pintura naranja. No había ninguna señal del Peggy. El capitán de puerto cerró la oficina, murmurando que ya se había quedado suficiente después del cierre.

—Probablemente estén bien —dijo Rose. Todos querían creerlo.

En el húmedo muelle, en nuestra ropa húmeda, vimos al sol esconderse bajo algunas nubes más y luego salir de nuevo antes de chocar contra el horizonte. Entrecerramos los ojos contra el resplandor naranja, buscando, buscando la embarcación.

Rose estaba en silencio. De vez en cuando ella cerraba los ojos y susurraba:

—Sabría si estuviera herido.

Y tal vez Duncan, todavía estaba vivo. El joven Ron no había muerto—al menos no todavía. Tal vez podríamos salvar a Duncan, si tan sólo supiéramos dónde estaba.



Cuando el menor borde de rosa desapareció en el cielo oscuro, Delilah dijo:

—Deberíamos irnos a casa.

—Pero no podemos. —Rose y yo le dijimos al mismo tiempo.

—Si ellos oyen algo, nos van a llamar. Leo se estará preguntando dónde estamos.

Cuando el color finalmente fue drenado del cielo de la noche, comprobé la cámara una vez más, mis manos temblaban tanto que apreté el botón, captando una imagen del agua oscura, sin fin. Pasé las fotos de la construcción de mi padre hasta que llegué a la imagen de Duncan, sonriendo a través de la luna. —No te vayas —le susurré.

Le pedí a Rose que me dejara en la playa, en el camino de regreso. No estaba lista para volver a la habitación del motel.

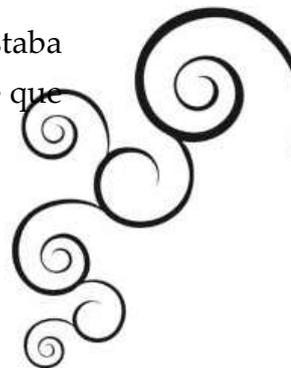
Moviéndome a través de la arena, me sentí extrañamente desconectada. Era como si estuviera caminando sobre las piernas de otra persona, y a través de los ojos de otro. El mar estaba negro, salpicado de rayos de luna. Una solitaria sandalia, con dibujos de flores, estaba medio enterrada en la arena. Una línea de conchas brillaba como la sonrisa torcida de un gigante.

¿Cómo podía sentirme tan miserable en un mundo tan hermoso? ¿Había sido siempre así?

La empapada arena estaba blanda y fría bajo mis pies. El aire salado se sentía húmedo y vivo. Las estrellas brillaban como alfileres: muchas eran soles, a años luz de distancia. Éramos tan pequeños, en realidad, y nuestro tiempo en la tierra tan breve.

Me senté en la arena mojada y cerré los ojos. Y qué si ya no teníamos una casa grande. Ahora vivía en un lugar con aire dulce y puestas de sol de acuarela, donde las nieblas fantasmales de por la mañana daban paso a las doradas tardes. Todavía tenía a mis padres. Tenía amigos. Iría a la escuela y trabajaría duro, y dentro de unos años iría a la universidad—había becas. Todo iba a estar bien.

Las lágrimas empaparon mi rostro antes de que me di cuenta que estaba llorando. Entendía a Duncan. Él sabía que nada importaba más que la gente que



querías. Había aprendido a vivir cada día como si fuera a ser el último, al parecer.

Por último, me levanté y me sacudí la arena sucia de mis piernas.

Sobre el mar, la luna, un poco borrosa, se elevaba sobre el horizonte, saliendo entre las nubes. Ya no podía mirar la luna sin pensar en Duncan, sin preguntarme si él estaba allí en el cielo, mirándome de vuelta.

A partir de ahora, yo tendría que vivir por nosotros dos.

Cuando volví al motel, mis padres estaban descansando en la cama viendo una comedia de situación. Ellos me sonrieron distraídamente antes de volver su atención a la pequeña pantalla.

Me dirigí hacia el cuarto de baño. En la ducha, nadie me oiría llorar.

—Lexie llamó otra vez —gritó mi madre. Me detuve en la puerta.

—La llamaré mañana. —Lo haría.

Cuando salí de la ducha, mis padres estaban viendo la televisión. Agachando la cabeza, agarré el teléfono de mi madre y mi cámara y salí corriendo al patio, donde me derrumbé en una silla de plástico blanco y escuché los ruidos de la noche. Divertido: nunca había notado antes cómo la cantidad de tráfico que pasaba sonaba como el océano.

En primer lugar, llamé a Foto Psíquica, sintiéndome mal cuando oí a Rose ansiosa. —¿Hola? —No tenía la intención de romper sus esperanzas. Duncan y Larry seguían desaparecidos aún.

A continuación, volví a mi cámara, casi miedo de lo que pudiera ver. ¿Larry estaría en una foto, sonriendo con su hijo? ¿Podría Ray Clarke, el capitán del barco, aparecer? Los clientes de Rose pagaban para que les dijera su futuro. ¿Pero qué tenía de bueno saber lo que iba a suceder si no había nada que pudieras hacer para cambiar el resultado?

La Canon se sentía aún más caliente de lo normal, como si el metal pudiera quemar mis manos. Busqué la fotografía de la luna, con una chispa de esperanza aún latente en mi pecho. Y entonces la chispa se apagó. Duncan todavía estaba allí, atrapado en la pequeña pantalla, maldecido por la luna.



Revisé las fotos de la construcción de nuevo, por si acaso. Duncan seguía siendo Duncan, él pudo haber logrado colarse en una foto diferente. Él podría estar jugando con palas, cavando en la tierra. Pero él no podía estar jugando con palas ni cavando en la tierra. Si no estaba allí.

Había una foto que no había visto: el disparo que había tomado en el muelle, cuando mis manos temblorosas habían liberado accidentalmente el disparo. Era del tipo de poca luz y borrosa que normalmente había borrarlo, sin un segundo vistazo. Cuando apreté el botón, no había nada en la parte frontal del objetivo, sólo el mar oscuro, entrecortado.

Pero mi cámara había visto otra cosa. Justo debajo de la superficie del agua, una persona flotando, con los brazos y las piernas hacia fuera como una estrella de mar y con los ojos mirando al cielo.

No era Duncan. Ni Larry. Y no era Ray Clarke.

Era yo.



Capítulo 22

Página | 167

Traducido por Virtxu

Corregido por marzeDoyle



No lloré. Ni grité. Es casi como si estuviera esperando verme en la cámara. Así que aquí es donde termina la historia. La apagué y la puse en mi regazo. Me quemó las piernas desnudas, pero no la moví. Mi madre abrió la puerta de vidrio.

—Es tarde. Debes entrar.

No le respondí. Había tantas cosas que quería decirle, pero ninguna de ellas haría las cosas mejor.

—¿Me oyes?

—Pronto.

Debería decirle que la quiero. Ella deslizó la puerta cerrándola. Aquí es donde termina.

El sueño me eludió. Me quedé sobre mi espalda en el áspero sofá, con las lágrimas silenciosamente deslizándose en mis oídos. Lloré por mí misma: las cosas que nunca haría, la gente que nunca conocería. Lloré por la dulce pérdida de Duncan. Lloré por la tonta niña que solía ser. Lloré por mis padres y el dolor que esto les causaría. Lloré por Lexie, a la que nunca volvería a ver.

¿Cómo sucedería? Las posibilidades se empujaban en mi cerebro: un coche de delincuentes saltando a la acera. Un pedazo de perrito caliente atrapado en mi tráquea. Un escape de monóxido de carbono, una bala perdida, un meteorito. Había muchas maneras de morir. Tal vez acabe ahogándome, como Duncan probablemente hizo. Dicen que no hace daño. Tal vez me gustaría entrar en coma como Ronald Young. ¿Había recuperado la conciencia ya? De alguna manera sabía que no lo había hecho.



En algún momento después de 4 a.m. me di por vencida con el sueño. Me bajé del sillón y salí de puntillas por la habitación, haciendo una pausa para estudiar a mis padres durmiendo. ¿Estaban soñando con nuestra vieja casa? ¿O con claveles y zanjas? Con el teléfono de mi madre en la mano, abrí la puerta de cristal y salí al patio. Por un momento, mi corazón se aceleró cuando me imaginé a un psicópata con cuchillo en mano saliendo de la oscuridad. Pero luego pensé: No, no voy a dejar que el miedo gobierne el resto de mis días. El resto de mi vida. ¿Era lo mismo? Yo normalmente no llamaría a Lexie, ó a alguien, en medio de la noche, pero este no era un día típico. Tenía que hacer las cosas bien antes de la hora llegara. El teléfono sonó cuatro veces antes de ir al buzón de voz. Colgué el teléfono y pulsé de nuevo el número. Y otra vez. Después de cinco intentos, finalmente se levantó.

—¿Madison? —dijo ella con voz ronca.

—Hola. —No me había figurado en realidad lo que iba a decir.

De repente, ella parecía muy despierta.

—He llamado antes... ¿te lo dijo tu madre?

—Sí.

Sus palabras cayeron hacia fuera.

—Tenía que decirte que me siento, como increíblemente mal por lo sucedido... ya sabes, con Rolf y todo eso. Él es un tipo genial y realmente me gusta, pero tu amistad significa mucho más que cualquier cosa. Si la única manera en la que podemos seguir siendo amigas es si rompo con él, lo haré... Te lo juro, sé lo dije esta noche y él estaba desanimado, pero no importa, tú eres mi mejor amiga, y tengo que saber que no me odias.

Su voz se quebró. Al otro lado del cerro, un camión retumbó. Un poco más abajo, un bebé comenzó a llorar. Le dije:

—Por supuesto que no te odio. Vamos a ser las mejores amigas... por el resto de nuestras vidas. Y Rolf... —traté de recordar por qué nunca pensé que él importaba—. No me importa si sales con él. Quiero decir, creo que es una especie de imbécil, así que ten cuidado. Pero si quieres darle una oportunidad, adelante.



—Celia es una vaca total —dijo Lexie—. Decirle a todo el mundo que yo se lo robé a ella, eso no es cierto. Ella incluso llamó a Melissa para decirla que...

Mi atención vaciló. Pensé en Delilah y su ropa loca y su arte funky. Pensé en la bola de discoteca de Leo.

—...así que yo puedo, como, hablar con mi mamá —dijo Lexie.

—¿Huh?

—No creo que ella te deje vivir con nosotros para siempre, pero tal vez por algunos meses. ¿Crees que eso les daría a tus padres el tiempo suficiente para arreglar las cosas?

—¿Quieres que viva contigo? —dije, sorprendida.

—No hay garantías, pero puedo preguntar.

—Gracias —le dije—. Pero... estoy feliz, aquí tengo amigos, y tengo.... —¿Debo decirle eso? Oh, por qué no. Yo estaría con él muy pronto—. Tengo un novio.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tienes que contármelo!

—Más tarde, tal vez —dije—. El sol saldrá pronto. Creo que voy a ir a la playa.

Cuando mis padres se despertaran, se iban a encontrar una nota sobre la pequeña mesa de la cocina.

Mamá & papá:

Fui a la playa a hacer algunas fotos. Va a ser un día hermoso.

Madison

PD: Los quiero mucho.

Con suerte, volvería de la playa ilesa. Pero yo iba a captar un amanecer, incluso si esto me mataba.

El callejón detrás Foto Psíquica estaba en penumbra. Algo se deslizó y yo salté, pero era un animal (un gato, me dije, aunque sospechaba que la "c" debía ser)



una "r"). Puse cuatro bolsas de plástico al lado de la morada puerta de atrás, tratando de mantener el susurro a un mínimo. No había necesidad de despertar a Delilah. No había equivocaciones entre nosotras, nada que explicar. De alguna manera, ella me entendía mejor que nadie.

Las bolsas estaban llenas con mi ropa vieja. Estaban un poco desgastadas, pero todos eran buenas marcas. Incluso había puesto mi traje de baño nuevo y mis pantalones vaqueros Seven. No las necesitaba a dónde iba. Tenía la esperanza de que Delilah mantuviera algunas de las prendas para ella misma en lugar de venderlas todas en eBay. Pero la decisión la tomaría ella, cuando entendiera la breve nota que había metido en una de las bolsas.

Delilah:

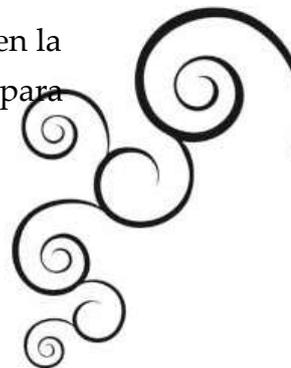
Todo tuyo.

Madison

En cuanto a mí, yo llevaba mis viejos pantalones cortos negros y la camiseta rosa y negra. Mi madre los había lavado finalmente. Revisé la plaza de aparcamiento en frente de la tienda: no estaba moto. Fui andando hasta Kimberley Cove y comprobé el puerto: ningún barco. En el momento en que llegué a la playa, el cielo se había aclarado, pero el agua seguía tranquila y plateada, las largas sombras, las nubes post—tormenta eran una acuarela de color rosa. Las nubes se estaban alejando ya, dejando un limpio, definido, cielo azul. Por una vez, no había niebla.

Parecía inútil, de alguna manera, tomar fotos. Mi cámara no podía detener el tiempo o salvarme. Una fotografía no es la vida real. Es sólo lo que creemos ver. Pero ahora, en vez de estar entre yo y el mundo, la cámara nos acercaba. Me permitía ver realmente la belleza a mí alrededor—no sólo en las formas y las sombras, sino en las cosas que estaban aquí realmente: la arena y las algas, el agua y las rocas. Había pájaros y focas y ocasionalmente algún ser humano.

Había belleza en otras cosas: en una red de voleibol rota, una tela de araña en la acera, las latas favoritas de Delilah. Sólo necesitabas mirar más duramente para reconocer la maravilla de las sombras, el milagro de las formas.



Me hizo sentir mejor saber que el mundo seguiría sin mí, mientras me dolía el darme cuenta lo mucho que me estaba perdiendo. Una brisa me besó en la mejilla, y pensé: Duncan. Su espíritu estaba a mí alrededor, en el aire fresco de la mañana, en la gruesa arena, en el sonido de las olas.

¿Duncan estaba mirando abajo hacia mí ahora? Mi familia nunca había sido muy religiosa, pero de repente me sentí segura de que la muerte no era el final. Tenía que haber algo más, algo que viniera después. Tenía que haber un pedazo de Duncan y una parte de mí que vivieran para siempre.

Cuando los primeros bañistas aparecieron, cargando neveras y bolsas de playa, sillas y sombrillas, me empujé fuera de la arena. En la orilla del agua dejé que la fría espuma lamiera los dedos de mis pies. Algo brillaba en una ola. Me agaché y saqué un dólar de arena. Duncan dijo que traían buena suerte. Lo tiré de nuevo en las olas para que otra persona lo encontrara.

Mientras me alejaba, sentí de nuevo esa sensación peculiar, como si estuviera viendo el mundo con los ojos de otra persona. En el estacionamiento, deliciosos olores ya estaban saliendo de la cabaña blanca y azul de aperitivos. Si yo viviera hasta el almuerzo, me gustaría volver a por una hamburguesa con queso. Pasé la heladería donde Ron Young había comprado su último sorbete y una tienda de burritos que Delilah dijo que era la mejor. Pronto llegué a la tienda de surf. ¿Haber tenido ese traje de baño verde y blanco realmente importaba al final? ¿Esto realmente me habría hecho más feliz? Bueno, sí. Ese traje era impresionante. De hecho, la sola idea de la franja diagonal verde en los pantalones cortos me hizo sonreír a través de mi dolor.

Volví de nuevo al motel sin ningún problema. Mi padre estaba terminando sus cereales, y mi madre estaba metiendo la camisa de polo verde del trabajo en su pantalón negro. Las lágrimas hicieron mi visión borrosa.

—¡Os amo chicos!

Se me quedaron mirando un momento como si me hubiera vuelto loca.

—Te queremos, también, cariño —dijo mi papá, parpadeando las lágrimas de los suyos.

—¿Está todo bien? — preguntó mi madre.

—Sí. No pasa nada yo... Sí.



—Tenemos una noticia maravillosa —dijo mi madre. Tenía los ojos brillantes y felices. Traté de recordar la última vez que la había visto así.

—¿Os acordáis del funeral que hubo recientemente? —dijo—. ¿El de Francine Lunardi?

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Un poco.

—Acabo de hablar por teléfono con su hija. La señora Lunardi era dueña de una pequeña casa: dos dormitorios, un baño y medio no es grande, pero está sólo a dos cuadras de la playa. Ella se la dejó a su hija, pero la hija quiere esperar hasta que el mercado se recupere antes de venderla. Además, la casa necesita una gran cantidad de trabajo.

Asentí con la cabeza, tratando de seguirla.

—¿Y ella quiere contratar a papá? —Quería saber que iban a estar bien.

Mi madre sacudió la cabeza.

—Incluso mejor, ella nos van a dejar vivir allí... gratis. Durante dos años por lo menos, a cambio de que papá la arreglé, pero ella pagará por todas los materiales. Íbamos a ir a verla ahora... ¿vienes?

Estaba tan cansada, que sentía como si alguien hubiera atado una gran banda alrededor de mi frente. Pero me gustó la idea de saber dónde iban a estar mis padres en caso de que no tuviera la oportunidad de verlos desde arriba.

La casa amarilla de la señora Lunardi se veía como algo salido de un cuento (un libro de cuentos felices, nada de brujas o trolls). Había una cerca blanca y un crecido jardín de rosas. Una puerta azul se abría a una sala cuadrada con una chimenea de ladrillos y tablones anchos, con suelo de madera. Había una cocina con azulejos del tipo tablero de ajedrez, blancos y negros, un cuarto de baño con una bañera con patas, y dos dormitorios pequeños bajo un techo inclinado.

—Lo primero que haría es tirar la parte trasera de la casa y añadir una suite principal —dijo a mi padre Joan Torres, la hija de Francine Lunardi—. Luego de inmediato haría una casa de tres dormitorios y dos baños. Mucho mejor para la reventa.



Nos sentamos en la mesa de la cocina para que mis padres y la señora Torres pudieran firmar los papeles. La señora Torres era mayor de lo que esperaba, con raíces en el pelo gris de un tono marrón, y triste líneas alrededor de la boca.

—La casa es encantadora —dijo mi madre, con visiones de cortinas de flores y muebles antiguos probablemente nadando en la cabeza—. Puedo ver por qué es posible que desee volver aquí alguna vez.

La señora Torres negó con la cabeza.

—No es eso. Es sólo que... esta casa significaba mucho para mi madre, y no estoy dispuesta a dejarla.

Ella se mordió el labio antes de continuar.

—Mi madre y yo no nos hablábamos desde hace más de veinticinco años. Ha sido culpa mía. Yo era... una chica mala. Alcohol y drogas, y... robé algunas cosas. Pero mi madre se mantuvo perdonándome, una y otra vez, hasta que... — Su voz se cortó.

—Debe extrañarla —dijo mi madre.

La señora Torres asintió con la cabeza, con ojos llorosos.

—Robé su anillo de compromiso —espetó ella—. Cuando yo tenía diecinueve años. Mi padre acababa de morir. Empeñé el anillo y no pudimos recuperarlo.

Mi padre miró su reloj. Mi madre se tapó su anillo. La señora Torres se aclaró la garganta.

—Yo crecí, limpié mis actos, pero mi madre no podía dejarlo pasar y luego, hace un par de semanas, era como si alguien hubiera apretado un interruptor. Ella llamó para decir que me perdonaba... y que esperaba que yo pudiera perdonarla. Volé aquí de inmediato, y pasamos el par de días más sorprendentes que he tenido. Era como si estuviéramos empezando de nuevo.

Mi madre no sabía qué decir. Mi padre, que odiaba este tipo de cosas sentimentales, dijo:

—Te prometo que voy a hacer un buen trabajo en la casa. —Y—. Yo realmente debería volver al lugar de trabajo.



Me quedé clavada en la pesada silla de madera, deseando que la señora Torres explicara por qué una persona tenía que enfrentarse la muerte para poder tener la clase de sabiduría que había llegado a tener por fin Francine Lunardi y ahora yo. Dejamos a mi padre en el sitio de construcción.

—¿Está bien si tomo prestada la cámara de nuevo, Maddy? —preguntó él, saliendo del coche.

Dudé. ¿Qué pensaría si viera la imagen de mí flotando en el agua? Pero luego decidí que estaba bien. Tal vez podría tener sentido para él algún día.

—Déjame ver una cosa. —Mi pelo negro colgaba sobre la pantalla como una cortina de privacidad mientras miraba la foto del agua oscura. Yo todavía estaba allí, flotando como una estrella de mar justo debajo de la superficie, con mis ojos redondos como los dólares de arena. Apagué la cámara y se la entregué a mi papá. —Quédatala todo el tiempo que quieras.

Mi madre me dejó en el motel y luego se fue a hacer algunas diligencias. Tenía ganas de hundirme en la gran cama marrón, pero no podía estar segura de que me fuera a despertar. Estábamos a cuatro días de que mis padres pudieran entrar en la casa amarilla. El riesgo de morirme en su cama me pareció desconsiderado.

Mientras me sentaba en el sofá, deseaba haberme puesto ropa más elegante. Si era mi hora de dejar esta tierra, me gustaría poder hacerlo en algo más que mi atuendo de Chica Gótica. Pero a medida que me quedaba dormida, me di cuenta que eso realmente no importaba.



Capítulo 23

Página | 175

*Traducido por kuami**Corregido por Mona*

Su respiración, fría y mentolada, me despertó. —Charles, —susurró. Abrí mis ojos y vi la cara de Duncan, luz detrás de él era tan brillante que tuve que entrecerrar los ojos. Me sentía segura, no teniendo miedo en absoluto. A partir de ahora, todo estaría bien.

Él sonrió, revelando la astilla en su diente. Por lo menos eso era lo mismo. Por otra parte se veía diferente: su pelo era corto y sus aretes habían desaparecido. ¿Habría un código de vestimenta en el más allá?

Se inclinó hacia delante y puso su boca en la mía, sus labios eran frescos y suaves. Sabía a menta y a té dulce. No era para nada como besar a Rolf. Nada como algo que yo hubiera sentido alguna vez antes.

Así que esto es por qué lo llaman el cielo.

Se echó hacia atrás y sonrió con su boca roja ahora.

—¿Estamos muertos? —susurré.

Quedó con la boca abierta. Y luego se echó a reír, mientras me sentaba en el sofá y echaba una mirada alrededor. El cielo se parecía a nuestra habitación en el apartamento Suite Home por la tarde, con una rendija de luz solar entrando a escondidas a través de la ventana del frente. Uno pensaría que Dios creó la primavera para mejorar la alfombra.

—¿Estás vivo? —le dije—. ¿Ni siquiera estás herido?

Abrió los brazos. —Claro parece que es así.

—Pero... ¿qué? ¿Cómo? —Negué con la cabeza—. Estabas en mi cámara.



—Delilah me lo dijo. —Él se sentó a mi lado en el sofá y puso un brazo alrededor de mis hombros—. Estoy muy contento de no haber visto la imagen. Me habría asustado como un loco. Aunque Ronald Young salió de su estado de coma ayer por la noche... oí a algunas personas en el muelle hablando sobre ello.

—¿Lo hizo? ¿Realmente? Pero... ¿casi se muere, no? —pregunté—. ¿La tormenta era muy mala? ¿Se cayó del barco o algo así?

Negó con la cabeza. —No fue gran cosa. Apenas recibimos un poco de lluvia y viento. Y de todos modos, estuvimos en tierra todo el tiempo.

Parpadeé con la confusión. Él guardó un mechón de pelo negro detrás de mi oreja.

—Hay una pequeña isla, —explicó—. Al sur de aquí y a una veintena de millas de distancia. Es una reserva natural... ni siquiera se supone que puedas desembarcar a menos que tengas un permiso especial. Qué nosotros no teníamos. Es un lugar ideal para acampar: totalmente desierto y hay toneladas de pescado. Estábamos anclados con el barco en esa pequeña cala escondida y con la radio apagada.

—¿Por qué? —Recordé las súplicas frenéticas de Rose, los esfuerzos del capitán de puerto al contactar la radio.

—Así nadie sabría donde estábamos. Entonces esta mañana estábamos arrastrando tanto pescado que no lo creerías, y ¡un helicóptero “maldito” nos sobrevoló! —Él empezó a reírse—. Pensé que Ray Clarke, ya sabes, el propietario de la embarcación, se iba a orinar en sus pantalones. Ahora él tiene que pagar todas esas multas porque no tenía permiso. Él está cabreado con Rose.

—¿Qué pasó con tu pelo? —Todavía no estaba completamente convencida de que él estuviera vivo.

Rodó sus ojos verdes como si pudiera ver la cima de su cabeza. —Lo hice por ti. Bueno, para tus padres, de todos modos. —Sus ojos se dispararon hacia puerta de vidrio corrediza. Mi padre estaba sentado allí, frente a la colina. Él debía de haber dejado entrar Duncan.



—Pero me gustaba tu pelo, —le dije, mientras extrañando los enredos salvajes, y los toques de rubio.

—¿En serio? —Parecía sorprendido—. Siempre puedo dejarlo crecer. Es sólo pelo.

—¿Qué sobre sus aretes?

—Están en mi bolsillo.

—Bueno. —Tenía una pregunta más—. ¿Quién es Charles?

—Soy yo, — dijo con sencillez.

Negué con la cabeza. —Pero no hay nada malo con ese nombre. ¿Por qué no quiere que nadie lo sepa?

Él respiró hondo. —¿No podemos simplemente volver a besarnos?

—Pronto. Pero primero quiero oír hablar de Charles.

La madre de Duncan lo llamó Charles después de su propio padre permitió se instala con él cuando ella quedó embarazada.

—Creo que era más fácil proponer un nuevo nombre, —dijo Duncan—. Ella había salido con mi padre durante un par de meses, pero ellos se separaron. Él ni siquiera supo de mí.

Ella no era la peor madre del mundo. No le pegó o le quemó con cigarros. Ella simplemente, se olvidó, que tenía un hijo.

Algunos días no lo alimentaría. O lo cambia. Cuando salía por la noche, ella lo dejaba solo. Asistentes sociales hicieron preguntas, pero no había ningún lugar para que él pudiera ir. Cuando Duncan tenía tres años, su abuelo se murió. —Era un borracho total. Así era mi madre también, creo. Tengo en la memoria imágenes de botellas rotas y un olor muy desagradable. Yo nunca tocaré ese material.

—¿La genética, ya sabes?

—¿Fue entonces cuando se unió a la secta? —Le pregunté—. ¿Después de que tu abuelo murió?



Duncan se cubrió el rostro. —No hubo ninguna secta, —admitió admitió, por fin—. Nadie hizo nada. Cuando tenía tres años de edad, se localizó a mi padre.

Vivía en una casa alquilada en este barrio de mierda. Ella me dijo que fuera a jugar en el patio trasero. Cuando regresé dentro ella se había ido.

Le miré fijamente. —¿Ella simplemente te dejó?

Él asintió con la cabeza, y sus fosas nasales se movieron un poco. —Mi padre no creía que yo fuera su hijo. Así que ella dijo que sacaría el certificado del nacimiento de su automóvil, pero en cambio de pronto desapareció.

—Ningún secta, —reiteré. Una secta realmente hubiera tenido más sentido.

Negó con la cabeza. —Mi padre me preguntó cómo me llamaba.

Pero alguien, tal vez mi madre, aunque lo dudo, una vez me dijo que si un desconocido me preguntaba el nombre, no se lo dijera.

Pasé una mano por el pelo espinoso y trague el nudo en mi garganta. —¿Qué nombre le dijiste a tu padre?

—Al principio él me llamó Buddy. Y entonces él dijo que yo podía escoger mi propio nombre.

—Y usted escogió Duncan?

Él sonrió. —Flash.

—Flash

—Sí. Pero cuando cumplí ocho años, decidí que tal vez no era tan bueno. Así que pasé por un montón; Jake, Ricardo, Dean, hasta que encontré uno que me sentaba bien. He sido Duncan desde que tenía doce años.

—¿Alguna vez le dijiste tu nombre real a tu padre?

—Oh, sí. Cuando tenía cinco años, mi padre necesitó un certificado del nacimiento para la escuela. El pueblo donde nací sólo había un hospital, así que era bastante fácil de localizar. Luego hubo algunas cosas más legal de mi padre tuvo que hacer para obtener la custodia oficial y cambiar mi apellido por el suyo, pero no fue difícil desde que mi madre había abandonado y nadie me quería.



—¿Por qué simplemente no volviste a llamarte Charles, entonces?

Sus labios se apretaron. —Era el nombre que ella me dio. Y no quise nada de ella.

Pensé en el padre perdido de Delilah. ¿Dónde está tu madre, ahora?

Se encogió de hombros. —No lo sé. Ni me importa.

—¿Ni siquiera un poco?

—No. —Él miró durante un rato, para ver algo que no estaba allí—. Mi padre tiene sus defectos, pero él nunca me dejaría. —Volvió la cabeza y me miró a los ojos—. Eso es lo que comprendí cuando estaba en la isla.

Agité mi cabeza confundida.

—Desembarcamos y me di una vuelta alrededor de la orilla y tierra adentro un poco porque tuve que... bueno, da igual. De todos modos, más tarde comencé a explorar, mirando los acantilados, las plantas y esas cosas, y perdí la noción del tiempo. Y mi padre vino a por mí. Le oí gritar, y parecía totalmente asustado. Quiero decir, realmente aterrorizado. Lo encontré y su cara... —Él mordió su labio recordando.

—¿Qué?

—Estaba muy pálido y sus ojos... parecía había estado llorando. Y él era todo, 'Oh, mi Dios, no sabía dónde estabas.' Y fue entonces cuando me di cuenta. Que quiero quedarme aquí, y él dijo que no se marchará sin mí.

—Te quedas, —le susurré—. Estás vivo y te vas a quedar, ¿es así?

Retiró su brazo de alrededor de mis hombros y sostuvo mi cara entre sus manos. Hay algo más. La otra noche... pensé sobre lo que me dijiste, sobre ayudarme con mis tareas escolares.

Si estás todavía en ella... y estoy allí.

—Tú decidiste que... ¿la noche en que me acompañaste a casa?

Se ruborizó. —Me sentí como si estuvieran tratándome como si fuera tonto y esa manera me molestó. Pero después que te fuiste de pronto me di cuenta: 'Tío, no te enojas con ella. Es totalmente por tu culpa'. Al igual que, tal vez si me presentara a clase, yo podría aprender algo realmente.



Me imaginé a Duncan de camino a su apartamento en Home Suite: la calle oscura, los árboles susurrando, el túnel bajo la carretera. Me imaginé la evolución de las nubes y la luz nocturna de la luna.

El alivio burbujeó dentro de mí. —¡No voy a morir!

—¿Eh?

—¡La cámara! ¡Las fotos! No predicen la muerte en absoluto. ¿Cómo es esa cosa sobre la que Rose seguía hablando? ¿La experiencia de transformación?

Negó con la cabeza. —Me has hecho perder.

Rose dijo que si tenemos suerte, vamos a tener momentos de transformación en nuestras vidas... hechos que nos cambiará para siempre. Y durante la transformación, una persona pierde la vieja energía. Creo que mi cámara captó esa la energía... ¡como si se tratara de captar la luz!

—Todavía no lo entiendo.

Está bien. Primero fue Francine Lunardi. Todos sabíamos que ella murió. Lo que no sabíamos es que se había dado cuenta de lo mucho que había amado a su hija. Había conseguido finalmente a ir más allá de algunas cosas malas que sucedieron hace años.

Duncan asintió con la cabeza.

—Y entonces estaba Ronald Young, —continué—. Su esposa vino ayer a ver a Rose. Resulta que, tan pronto como se enteró de que iba a ser padre, se volvió más responsable, más maduro. Ahora tú me estás diciendo que has decidido cambiar tu vida. ¿No lo ves? ¡Todos os habéis transformado!

Duncan me miró fijamente.

—¿Estoy empezando a sonar como Rose? —pregunté.

—Peor.

—Bueno, quizá eso no sea una cosa tan malo. —De acuerdo, realmente lo es.

—Pero no lo entiendo, —dijo—. ¿Por qué usted pensabas que ibas a morir? —Y entonces él entendió—. Espera. ¿Estabas en una fotografía?

Me levanté del sofá y agarré su mano. —Te la mostraré.



Mi padre todavía estaba en el patio. Él se volvió y sonrió. Espera hasta que a Duncan le creciera su pelo. Puede que entonces no haya tanta sonrisa.

—Eh, Papá, ¿puedo recuperar mi cámara? La boca y la nariz mi padre le temblaba. Su rostro enrojeció. Algo estaba mal.

—Sí, umm. Tu cámara. Lo que pasa es, que yo, umm...

—¿Qué?

—Se me cayó, —admitió—. Estaba subiendo por la pendiente rocosa para poder conseguir una imagen del edificio. Mis pies resbalaron y se... —Suspiró—. Está en el centro de compras de la cámara. Va a tomar un tiempo para arreglarla... tres o cuatro semanas.

Cerré mis ojos con irritación. —Es una broma, ¿no?

Duncan y yo casi lo había hecho a la Fotografía Psíquica cuando me di cuenta. —¡Mi ropa!

Se detuvo y miró mi pantalón negro y mi camiseta negra a rayas de color rosa. —Me gusta lo que estás usando. Es lo que llevabas la primera vez que te conocí. —Él pensó por un momento—. Y también el segundo y tercero.

—No, —dije—. ¡Mi ropa buena!

Cuando Duncan y yo caminamos por la puerta de entrada púrpura, Delilah resplandecía de orgullo. —Hice una lista de todo lo que me dio como mucho, ya sabes, todos ellos se venden juntos por un solo precio. Ahorra en el envío. Ya has tenido tres ofertas. ¡Estás en veintinueve dólares!

—¡Oh, no! —Apoyé la cabeza sobre el mostrador..

—No te preocupes, —dijo el Delilah—. Es una subasta de siete días. Apuesto que llegarás a cincuenta dólares cuando haya terminado. Quizá más. —Hoy Delilah llevaba un vestido rojo con lunares blancos. Su pelo oscuro en dos coletas altas. Parecía una Minnie Mouse punki.

—¿Sabes cuánto costó esa ropa en el centro comercial? —Le pregunté.

Ella rodó sus ojos. —Algo ridículo. Yo no puedo creer lo que la gente va a pagar cuando puedes encontrar exactamente lo mismo en la tienda de segunda mano por casi nada. ¿Recuerdas cuánto cosas geniales encontré la semana pasada?



—¡Sí, porque eran toda mi ropa! ¿No podemos bajar la inscripción?

Ella negó con la cabeza. —No una vez usted tiene ofertas. ¿No querías que los listara? Yo pensé que por eso me las diste a mí.

—Y lo hice. Lo era... Sólo... es complicado. —Delilah no sabía que me había visto en la cámara. No me sentía muy dispuesta a hablar sobre ello, para explicar lo mucho que había cambiado. Y de todos modos, cambiada o no, Todavía quería que mi ropa—. ¿Puedo pujar por el lote? ¿Y luego tomar las cosas de nuevo?

Delilah lo consideró. —Se puede configurar una cuenta de PayPal, si tienes una cuenta bancaria o una tarjeta de crédito.

—De modo que sería un no.

Ella alzó las manos derrotada. Y entonces se acordó de algo. —Salvé una cosa para ti, sin embargo.

¿Mis pantalones tejanos Seven? ¿Mis pantalones cortos? Casi me daba miedo mirar, pero cuando levantó la monstruosidad de color naranja yo tuve que reírme. —Mi camiseta Dennis Building Supply. ¿Cómo lo sabías?

Ella sonrió. —Me gusta. Tiene este sombrero duro entero lo chic pasando. Me imaginé que estaría desilusionada si la vendiera.

Quizá ella no era psíquica, después de todo.



Después

Traducido por Virtxu

Corregido por Selune



En septiembre comencé mi segundo año en Sandyland High School. Era una escuela regional, lo que significa que aquí los chicos eran recogidos en autobús desde todas partes. Como de cuevas subterráneas. Y de la cárcel. Bueno, no realmente, pero algunos de estos niños daban verdadero miedo, hombre, con los ojos muertos y el pelo grasiento y, lo juro por Dios, el cuello tatuado. Hacían ver como si Delilah acabara de salir de Nordstrom.

Mayormente, sin embargo, todavía me iba con Duncan y Delilah. Y Leo, por supuesto, el cual vendió su bola de discoteca por veintiocho dólares en eBay, (figúrate) con un anuncio de que ya era hora de pasar a la década de los ochenta. Estamos viendo una gran cantidad de neón y licra estos días, esperando que los años noventa estuvieran a la vuelta de la esquina. Después de comprobar el periódico de la escuela y declararlo malísimo incluso para repararlo, Delilah y yo lanzamos una revista de arte y literatura llamada Flash. (Eso fue sugerencia de Duncan.) Dejamos entrar a todos los interesados en formar parte del staff porque queríamos ser globales. Bueno, y también porque sólo se inscribieron tres personas más, de los cuales uno fue Duncan, que mayormente nos proveía de bocadillos.

Duncan ha hecho progresos notables. Está leyendo a un nivel de undécimo grado, estudiando cálculo, y aprendiendo latín.

¡Ja! Como si fuera posible. Pero después, de como, veinte horas de práctica intensiva, creo que por fin sabe cómo utilizar las comillas. Por lo menos, la mayoría de las veces. Cuando piensa en ello. A continuación vamos a hacer frente a los apóstrofes. Casi no puedo esperar.

La verdad es que ambos nos sentimos frustrados a veces. A menudo. Casi todo el tiempo. Pero hay momentos de triunfo y sé que todo ha merecido la pena. La



semana pasada hizo una prueba relativa a los periodos (no ese tipo de período), y lo hizo todo bien. Estaba tan orgullosa de él que fotocopieé la prueba en la tienda (como la hija de un empleado pague... el precio completo), y luego ambos lo pegamos en nuestros frigoríficos.

Sí, tenemos un frigorífico ahora: tamaño completo. También hay una estufa y un horno de verdad, que mi madre no sabe cómo utilizar, pero existe al menos la posibilidad. Casi todos los días se ve muy cansada, y no me gusta decirlo, pero parece mayor que cuando vivíamos en Amerige. Pero se levanta todos los días y va a trabajar, y luego vuelve a casa con su familia. No es una vida perfecta, pero es una vida.

Y, por cierto, tenía toda la razón acerca de su decoración de la casa con cortinas de flores y muebles antiguos.

Mi padre tiene mejor pinta de lo que ha tenido en años, aunque sólo sea porque está fuera de todo el día recibiendo sol y ejercicio. Además, está tratando de ahorrar dinero al llevarse su almuerzo, el cual guarda en un refrigerador del tamaño de Nueva Jersey. Mi mamá le da bolsas de ensaladas y fiambres que han pasado su fecha de caducidad, lo cual es exactamente lo que les voy a decir a los doctores en la sala de emergencias en el inevitable día en que sea trasladado con intoxicación por alimentos.

Después de la mini—perdida de nervios de Rose cuando pensaba que Larry estaba muerto (no me culpes, yo sólo estaba usando la información que tenía disponible en ese momento), todos pensaron que se casarían, pero no es así. Lo extraño es que ahora es Rose, quien está haciendo todo tipo de cosas buenas para Larry y rogándole para que se comprometan. Él hace cosas buenas de vuelta, creo que no puede ayudarse a sí mismo, pero quiere asegurarse de que ella esté a largo plazo. O tal vez sólo quiere enfocar sus energías en Duncan. O tal vez sólo le gusta escuchar su ruego. ¿Se le puede culpar?

Aproximadamente un mes después de que nos mudáramos a la pequeña casa amarilla (que mi madre, y no es broma, le ha dado por llamar "La Casita Rosa"), Lexie vino durante un fin de semana. Era extraño. Cuando se bajó del tren, mi primer pensamiento no fue lo mucho que la había echado de menos o acerca de lo nerviosa que estaba, sino: Me gustaría tener su camiseta. Era de color azul pálido con una foto de un cerdo rosa con alas blancas.

Le dije; —Me gusta tu camiseta.



Ella dijo; —Es de Glamour Kills. Tuve que pedirla por internet porque no la tenían en el centro comercial.

Y uno pensaría que yo estaría por encima de todo esto ahora, después de mi gran transformación, que me daría cuenta de que las camisetas no son importantes, pero este pequeño vacío interior dentro de mí tenía que reconocer que la quería. Es una sensación desagradable, y me molesta más de lo que quisiera. Tal vez mi transformación no fue completa, o tal vez nunca realmente dejamos nuestro viejo yo, sino que sólo descubrimos las mejores partes que estaban allí desde el principio.

Lexie y yo nos encontramos con Duncan, Delilah y Leo en la playa. A pesar de que estaba empezando a crecer, el pelo de Duncan era todavía cortito, lo que hizo que sus nuevos pendientes de cráneo (setenta y cinco centavos en una venta de garaje) fueran mucho más fáciles de ver. Me sonrojé de vergüenza ante mi extraño novio, y luego enrojecí de vergüenza ante mi vergüenza. La ropa de Delilah y Leo era relativamente normal, pero Delilah lucía un mechón rosa—magenta en el pelo, mientras que los brillantes mechones naranjas de Leo habían sido cubiertos de gel y peinados como una estrella de pop de los ochenta.

Más tarde esa noche, después de que Lexie se hubiera metido en una suave camiseta blanca y unos pantalones cortos de flores mientras yo me puse, párame ahora, mi camiseta Dennis Building Supply, ella dijo; —Me gustan tus amigos. —No me miró a los ojos.

—Sí, están bien, —dije, con la esperanza de que fuera todo lo que tenía que decir sobre el tema. Habíamos pasado ya unas dos horas hablando de Rolf (quién ¡sorpresa! estaba resultando ser un debilucho), pero pensé que nosotras estábamos a kilómetros de Celia.

—Son... diferentes de nuestros amigos en casa.

—Mmm —le dije, pensando, que ya no son "nuestros" amigos más. Suspiró con tristeza—. Son mucho más interesantes.

Puse mis brazos alrededor de ella. Nos abrazamos y tuvimos una buena llorera de chicas. Dije; —Tú siempre serás mi mejor amiga.

Y ella dijo; —Tú siempre serás mi mejor amiga, también. —Y las dos sabíamos de alguna manera lo que quería decir, aún cuando sabíamos que no era cierto.



Después de que Lexie se fuera, me encontré con la camiseta del cerdo volador con una nota que decía: "Para mi mejor amiga." Pero no podía tomar la caridad de Lexie, así que puse la camiseta en un sobre acolchado y se la envié de nuevo.

Oh. Dios. Mío. Por favor, dime que no te creíste eso. ¡Por supuesto que me la quedé! Se veía fabulosa en mí.

No llevó tres o cuatro semanas para arreglar mi cámara. Larry la tenía de nuevo al día siguiente, junto con una nueva tarjeta de memoria. Dijo que la vieja estaba frita, las fotos habían desaparecido. Al principio estuve molesta por la pérdida de la tarjeta de memoria porque yo hubiera querido imprimir las fotografías de Duncan y de mí, pero lo superé. A veces hay que seguir adelante.

Mi cámara de fotos va a todas partes conmigo. Delilah me permite descargar mis fotos en su ordenador, y las estudiamos juntas. En otoño, cuando no hay casi nunca niebla, la luz de Sandyland es tan clara que es casi mágico.

Nada extraño ha aparecido desde que mi cámara pasó otra noche en Foto Psíquica. Estoy bien con eso.

Les dejo con una foto final.

Estoy a la orilla del océano en la tarde, los colores son profundos y las sombras fuertes. Con las olas de agua espumosa, listas para salpicar, y... ¡foto! Cojo el mismo instante en que los dedos de mis pies tocan el mar, mientras lo seco se vuelve húmedo y lo caliente se enfría. Pero todos sabemos que el tiempo no se detiene. Es sólo una foto, después de todo.

... FIN



Sobre la Autora...

CAROL SNOW



Su sueño de pequeña era llegar a convertirse en una gran... camarera. Fantaseaba de pequeña tomándole los pedidos a sus padreS y a la edad de diecinueve años cumplió su sueño; sólo para darse cuenta que era demasiado nerviosa y patosa como para serlo.

A los veinte descubrió que quería ser escritora de ficción, pero antes de dedicarse profesionalmente a ello estudió Psicología en la Universidad de Brown y maestría en la Universidad de Boston.

Creció en Madison, Nueva Jersey; y pasó los veranos de su infancia en Cape Cod. De adulta ha vivido en muchos sitios: Massachusetts, Connecticut, Utah y Arizona. Actualmente vive en el sur de California con su marido y sus dos hijos.

En su tiempo libre le gusta ir a la playa, hacer fotografías, leer y cocinar. También le gusta ir a restaurantes, donde suele dejar siempre una buena propina.

PARA SABER MÁS, VISITEN SU PÁGINA WEB:

<http://www.carolsnow.com/>

FORO PURPLE ROSE



VISÍTANOS EN...

<http://purplerose1.activoforo.com/>



FORO PURPLE ROSE

